

En nuestra historia, recién empieza Allende.



ALLENDE. VISIÓN DE UN MILITANTE

JAIME SUÁREZ BASTIDAS

OCHOYMEDIO



El Ministro Jaime Suárez observa aquí al Presidente Allende en el momento en que éste firma, hace algunos días, el decreto del nuevo precio del pan.

JAIME SUÁREZ BASTIDAS

ALLENDE

VISIÓN DE UN MILITANTE

OCHOYMEDIO



JAIME SUÁREZ BASTIDAS

Nace en San Bernardo (1931) y fallece en Santiago (1993). Estudió en Osorno y posteriormente en Concepción. La mayor parte de su vida transcurre en el sur, donde ejerce funciones como profesor y realiza intensa actividad política y sindical.

Desde 1962 se radicó en Santiago desempeñándose como profesor e investigador en el Instituto Pedagógico Técnico de la Universidad Técnica del Estado y en la Universidad de Chile.

Miembro del Partido Socialista de Chile desde 1950, asumió como ministro Secretario General del gobierno del presidente Allende en 1970, quien luego lo designó, en 1972, ministro del Interior.

En su gestión se rompe con la tradición de los secretarios genes-

JAIME SUÁREZ BASTIDAS

ALLENDE

visión de un militante

JAIME SUÁREZ BASTIDAS

ALLENDE
visión de un militante

JAIME SUÁREZ BASTIDAS

ALLENDE
visión de un militante

ALLENDE. Visión de un militante
Jaime Suárez Bastidas

©Jaime Suárez Bastidas
Segunda edición: noviembre de 2008
Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 85.035
ISBN: 978-956-8018-59-7

Diseño: Ocho Libros Editores
Portada: Carlos Altamirano

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.

Hecho en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema, sin la expresa autorización de los propietarios del copyright.

OCHOYMEDIO

*El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.*

Miguel Hernández
Canción última

ÍNDICE

Presentación, <i>por Bernardo y Cecilia Suárez</i>	9
Prólogo, <i>por José Miguel Insulza</i>	11
Desde esas discusiones	15
En el camino de la unidad	27
El Río Kwai y la conspiración de los verdes	45
Sierra Maestra: Territorio libre	54
Socialista o masón	60
La prueba de Valparaíso	68
Un triunfo, no una victoria	75
El difícil periodo para el liderazgo	87
<i>El Mercurio</i> miente	112
Desde Chillán a La Moneda	120
Agotamiento del FRAP	142
La última campaña	162
Inconclusión	189
Homenaje	191
Fotografías.....	200

PRESENTACIÓN

Hay hombres que traen la marca indeleble de la justicia, que traen la marca de la solidaridad, la marca de la fraternidad, pero que por sobre todo traen la marca de la lucha.

Son esos hombres que saben disfrutar las cosas simples que la vida nos entrega a diario. Son hombres que aprenden a encontrar lo trascendente en el hacer de cada día. Los que tienen la capacidad para reconocer la esperanza y la honestidad en una sonrisa o en una mano hermana que se estrecha con confianza.

Esos hombres que en el oír y el decir, en el leer y en el escribir, desnudan su alma y sin prejuicios se dejan invadir por los grandes ideales.

Son hombres de gestos sencillos, pero profundos.

De esa estirpe era nuestro padre, amigo y compañero Jaime Suárez Bastidas.

Un luchador infatigable: desde la sala de clases, donde construía a diario nuevos sueños y nuevos luchadores; en la palabra justa del profesor y en el silencio profundo del maestro.

Lejos de la ambición personal, su vida fue ejemplo de entrega y perseverancia en el desarrollo del ser humano para que todos viviésemos en una sociedad justa.

Supo de la humanidad y precariedad de nuestra pobre enseñanza secundaria pública de la época, hasta el prestigio de la academia que brinda la universidad, tanto en la Chile, como en la gloriosa Técnica del Estado.

Ingresó al Partido Socialista en el año 1950 y prontamente se destacó por su liderazgo. Acompañó a Allende en su larga lucha por llegar al gobierno, hasta que en el año 1970 ingresó con él a La Mo-

neda en calidad de su ministro Secretario General de Gobierno, cargo que desempeñó hasta el año 1972, cuando asumió como ministro del Interior.

En las parlamentarias de marzo de 1973 postuló en representación del PS como senador por las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín, y fue elegido con la segunda mayoría.

En eso estaba, sirviendo a su pueblo, cuando fue perpetrado el golpe de Estado.

Inició un largo e itinerante exilio; Perú, México, la Unión Soviética, Argentina, entre otros países, le vieron pasar. Por su actitud irreductible ante la dictadura fue privado, junto a su amigo y compañero Orlando Letelier, de su nacionalidad...

El 28 de octubre de 1993, cinco meses después de la partida de nuestra madre y su compañera de toda la vida, Lilia, la pena le quitó el hálito necesario, pero lo dejó respirando entre nosotros, para que nunca dejemos de luchar por la justicia, tan necesaria cada día.

Los que viven luchando, descansan en paz, porque saben que los pasos que ellos dieron por los caminos de la vida, no fueron en vano.

Bernardo y Cecilia Suárez Indart
28 de octubre, a 15 años de tu partida

PRÓLOGO

Conocí a Jaime Suárez, primero, como dirigente del Partido Socialista durante los críticos años sesenta y luego como miembro del gabinete del presidente Allende. Sin embargo no llegué a intimar con él sino hasta nuestro exilio, durante inolvidables veladas en su casa o en la mía en cualquiera de los muchos lugares a los que nos llevó nuestra diáspora de aquellos años. De esos encuentros puedo evocar su voz ronca de fumador empedernido, pero mucho más la sonrisa franca que hablaba de un hombre que no obstante las circunstancias enormes que le tocó vivir, trágicas algunas, trascendentes las más, no perdió nunca el amor por la vida e hizo del goce de existir una práctica cotidiana.

Esa imagen de Jaime Suárez ha vuelto a mi memoria al leer su interesante libro, porque pocas personas como él, que fueron actores principales de uno de los periodos más importantes y dramáticos de nuestra historia, lo hicieron al mismo tiempo con la alegría auténtica de quien no sólo se consideraba construyendo el futuro sino además disfrutando cada minuto del presente; una manera de ser que se tras-pasa sin filtros a cada página de su obra.

No es de extrañar, por ello, que su visión de Salvador Allende sea, por encima de todo, vigorosa y alegre. La imagen que de él nos prodiga es la de un hombre de un valor a toda prueba, capaz de enfrentar los escenarios más adversos –desde congresos del Partido Socialista en los que estaba en absoluta minoría hasta reuniones del Senado de la República en los que sabía que su mensaje sería no sólo rechazado sino que abiertamente repudiado– para exponer su pensamiento con una transparencia que hoy sería quizá considerada ingenua, sin retoques ni concesiones de ningún tipo, con la verdad como

única guía. También la de un político que sabía que los triunfos sólo se consiguen merced a la perseverancia y al tesón; que son el trabajo aplicado y no la audacia o los golpes de mano los que conducen al logro de los objetivos perseguidos. Y al mismo tiempo la imagen de un hombre que jamás renunció a su compromiso con los trabajadores, con los más pobres y los más vulnerables, pero no por ello dejó de ser “atildado” en el vestir o abandonó una “galantería muy desenfadada” de la que, según Suárez, hacía gala constantemente.

La “visión de un militante” que Jaime Suárez nos deja de Allende es, también, la de un hombre que nunca perdió la curiosidad ante lo nuevo, que nunca dejó de dialogar y de respetar la opinión de los jóvenes y que nunca dejó de entender y adaptarse a los cambios que traía consigo la evolución de la sociedad en que le tocó vivir. Esa permanente capacidad de renovación le permitió a Allende participar en divisiones y refundaciones del socialismo chileno, ser masón y socialista; ser, como nos recuerda Suárez, al mismo tiempo un “político frío, parlamentarista, partícipe y protagonista de un régimen democrático burgués” y tener la “sensibilidad y el valor moral de asumir en plenitud los objetivos anhelados entrañablemente por los revolucionarios”. Y pudo ser ese hombre multifacético, capaz de renovarse a sí mismo permanentemente porque, como Suárez nos muestra una y otra vez a lo largo de las páginas de su obra, nunca dudó de sus ideales. Porque nunca se apegó a las formas y siempre se preocupó de los contenidos. Porque, por encima de todo, fue un hombre consecuente.

El texto que el lector ahora tiene en sus manos también nos habla, y mucho, de su autor. No sólo porque a lo largo de sus páginas Suárez no escatima una información autobiográfica que nos habla de quien, habiendo llegado al socialismo “...como respuesta a la injusticia... o porque nos invitó un amigo o vaya a saber por qué...”, terminó por convertirlo en los cuatro puntos cardinales de su existencia, sino también porque las semblanzas y bocetos de otros políticos –socialistas o no– de los que es pletórico el texto, no sólo

retratan a los retratados sino también al retratista: su generosidad en el juicio de los demás, su carencia de rencores y su buena voluntad para con todos.

Creo que ser socialista como Allende significa vivir como él. Permanentemente consecuente con los principios, pero siempre abierto a los cambios y a los tiempos. Sin dejar nunca de mirar al futuro, pero con los pies firmemente asentados en la realidad del presente. Son muchos los que viven orgullosos de ser socialistas como Allende y creo que serán muchos, también, los que después de leer este libro dirán además, y socialistas como Jaime Suárez.

José Miguel Insulza

DESDE ESAS DISCUSIONES...

Chile era una larga vía férrea. El tren circulaba por su columna vertebral como parte de su propia naturaleza. De norte a sur, de sur a norte, dislocándose en algunos ramales para empujar hacia la cordillera o para arrancarse a respirar el aire de la costa. El tren estaba encajado en la vida nacional.

Viajar en tren en 1950, desde Osorno a Concepción, no era la gran aventura. Sin embargo, en esa ocasión, para mí, era la circunstancia más espectacular de mi vida: partía a la universidad.

Marzo. Se visten con visillos de agua las ventanas opacas del sur. Húmeda por lagos, lluvias, penas, Osorno era una moneda de trigo. Por siempre, gustada y antigua quedó la trama de mi adolescencia incrustada en la piel de esas tardes.

La neblina se acostaba –ancha y densa– en la fuente rectangular de la Plaza de Armas y nosotros, en los asientos, manos y ojos tomados, nos embarcábamos, chiquilla, en los primeros deseos y en las grandes angustias.

Ahí quedaba Osorno. Los años de interno en el liceo, las trasnochadas de iniciación, las fugas por el portón de calle Freire, las casas de cena, las otras, los afanes, las primera grandes y decisivas lecturas.

Concepción era la gran capital del sur. Centro de atracción industrial, su siderurgia, la actividad textil y los yacimientos de carbón eran, en el inicio de la década del cincuenta, la imagen nerviosa y vital de una región en pleno proceso de despeque, mientras, la explosión demográfica de los centros urbanos, otorgaba también los signos de sus problemas inseparables.

La universidad era la comarca clave, visceral, palpitante, de una generación que daba fisonomía a la ciudad, a la lucha social, a todo el quehacer urbano de la época.

A poco andar como “mechón” –alumno de primer año– vivimos la experiencia de nuestra gran huelga. Se trató de defender la Universidad de Concepción...

Mediante la ley de la Lotería de Concepción se obtenían beneficios para distintas instituciones tales como la Universidad de Chile, la Universidad Católica, la Beneficencia Pública, hospitales Naval y Militar y un porcentaje –que sin ser excesivo– le permitía a la Universidad de Concepción enfrentar el desafío mínimo de mantenerse, pero experimentando el deterioro de un alto costo de la vida y de limitaciones para su desarrollo. En circunstancia en que la Universidad de Concepción ya había solicitado revisión de la ley de la Lotería, el Presidente de la República –Gabriel González Videla– impulsó un nuevo tributo a la Lotería con lo que desfinanciaba definitivamente a la universidad penquista. La crisis fue inevitable: se articuló una máxima e impresionante movilización para defender la universidad y derogar la ley 9545.

El cierre del comercio, de todas las industrias, la paralización absoluta de la ciudad acompañó a una de las marchas populares más grandes que recuerdo. El primer contingente de la universidad, seguido por todos los estudiantes secundarios y un bloque compacto de empleados y obreros cerrando las treinta cuerdas del desfile, estremecieron a Concepción y al país en su manifestación de defensa de la universidad. Aquello ocurrió un 19 de abril de 1950. Ya en la noche, en medio de una muchedumbre fervorosa, escuché a los oradores y, entre ellos, a Salomón Corbalán, presidente de la FEC y a Fernando Vargas, presidente electo de la federación.

Después de 17 días de huelga indefinida el movimiento estudiantil penquista logró que se derogaran las disposiciones de la ley de la Lotería que afectaba financieramente a la universidad.

El 4 de mayo la Cámara de Diputados eliminó el impuesto creado a favor de la Fundación de Viviendas de Emergencia, reemplazándolo por un impuesto del uno por mil a las importaciones de ciertos artículos.

El grado de organización de esa lucha estudiantil, su capacidad de convocatoria, el nivel de eficiencia de sus dirigentes fue una experiencia notable. Entre ellos David Tejada, aprista, exiliado en Chile, Gilberto Grandón, Broker, Gándara, Samuel Fuentes, Mario Benavente, Mario Duvauchelle, Gastón Palma, todos ellos de distintos domicilios políticos. En la Escuela de Derecho, Emilio Carabante destacaba como un dirigente socialista de efectiva influencia en los mechones. Sólido, de elocuencia ponderada, argumental, transmitía además, una calidad humana cordial, valiosa. Figuras como él y el “maestro” Ihle en Ingeniería nos aproximaban a dilucidar nuestras definiciones.

Desde esa huelga nos asomamos a otro mundo. Sentimos una solidaridad vigorosa. Apasionadas asambleas en Lirquén o Tomé, en Huachipato o Puchacay nos enseñaron la amplitud de una territorialidad universitaria, sin fronteras.

Esa Universidad de Concepción fue inolvidable comarca de rebeldía.

Ingresé al partido ese año 1950. ¿Por qué? Lo sentía como un reto insoslayable o por sueños desplazados de liberación asumimos por lectura, o como respuesta a la injusticia, o por indignación ante el gobierno de González Videla o por la represión contra los mineros del carbón, o porque nos invitó un amigo o vaya a saber por qué... pero ahí estaba, en el partido.

El referente teórico del Partido Socialista Popular planteaba la concepción estratégica de una República democrática de los trabajadores. Declaraba en sus principios la aceptación del marxismo como método de interpretación de la realidad, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del devenir social. Postulaba, revolucionariamente, el socialismo por ser este antiimperialista y antifeudal que atribuía sólo a la clase trabajadora la autoridad histórica para cumplir sus objetivos.

Concebía la revolución como democrática, humanista y latinoamericana.

Su dimensión democrática residía en la transferencia del poder

económico, de manos de minorías enriquecidas a manos de la sociedad, para ampliar de manera efectiva la soberanía popular y perfeccionar la democracia.

El rasgo humanista era inherente a la autenticidad revolucionaria de un proyecto animado por lo esencial del socialismo: la dignificación del hombre.

Latinoamericana, porque siendo el signo común de nuestras patrias su atraso y su condición de dominadas por el imperio, la respuesta necesariamente debería hermanar a los pueblos del continente.

El líder del Partido Socialista Popular era Raúl Ampuero Díaz, figura de un carisma sorprendente.

A su lucidez, a su oratoria densa pero elegante, incisiva pero pedagógica, se sumaban en Ampuero los rasgos de una personalidad atípica para el medio político tradicional. Poseedor de una inteligencia superior, de una coherencia implacable en la dialéctica, dio batallas memorables para reconquistar la confianza de las masas, afirmando la autonomía del socialismo chileno y rescatando sus grandes valores morales.

La mística que creaba en la juventud, por ningún motivo nos hacía pensar en él como “candidato presidencial”. Nos asistía la convicción de que Raúl Ampuero estaba destinado a ser el conductor de un proceso revolucionario hacia la Federación de Repúblicas Socialistas, meta de la concepción internacional del partido.

De pie, con el puño apretado o con la mano extendida, grabando con fuerza las ideas que con voz metálica transformaba en banderas, Ampuero era la figura de un socialismo que emergía para alzar multitudes. Verbo hecho nervio, lucidez de líder y honestidad ejemplar.

Es uno de los más grandes oradores que ha tenido Chile. Lucía, con una argumentación implacable, en los debates del Senado. Sin embargo, sus más brillantes y apasionados alegatos se dan al interior del partido.

Incisivo, irónico, convincente, pero siempre con una armazón conceptual sólida, hará decir a Eugenio González: “¡Qué gran profesor le quitó la política a la universidad!”.

La estatura de Ampuero signó a toda una generación del socialismo chileno. Débiles para asumir nuestro propio pasado, abusadores de principismo y susceptibles a resentimientos, tenemos una deuda pendiente con quienes con acierto y errores, en la trayectoria dialéctica de avanzar, negar y superar, construyeron un partido cuyas dimensiones reales deben permanecer en la memoria histórica del pueblo de Chile.

El pensamiento político de Ampuero, si bien no ha sido recogido de manera sistemática, se ha difundido parcialmente y sus ideas –expuestas por él siempre con particular brillo– se citan con frecuencia en ensayos y estudios sobre el partido.

Sin embargo, la misma fuerza de la adhesión que concitaba Ampuero y aquellos “genes” partidarios del orden casi fisiológico, fueron factores que contribuyeron con posterioridad a un áspero proceso interno.

Rasgos sustantivos del aporte de Ampuero al socialismo –casi premonitorios– fueron su constante reflexión sobre el problema de las Fuerzas Armadas, en términos de la inserción real de aquellas en el proceso nacional de cambios estructurales para edificar una realidad más justa. El estudio de su composición, la comprensión de sus necesidades, la urgencia de otorgar respuesta a una redefinición de las doctrinas institucionales, etc., fueron algunos de los puntos cruciales que analizó Ampuero como político y parlamentario, miembro de la Comisión de Defensa del Senado. Tal vez, en la izquierda chilena nadie como él tuvo mayor lucidez y visión para cuestiones esenciales de valor estratégico para un proceso revolucionario.

El otro aspecto que significaba un aporte decisivo de Ampuero al perfil del partido, en la época, era la ruptura de esa especie de cordón umbilical que unía al socialismo con el radicalismo. Distintos factores, además –del pasado Frente Popular– concurrían a crear como una suerte de complejo izquierdista para generar tales delimitaciones. Quizás nuestra insuficiente estudiada “cultura de Liceo”, tan importante en la formación de nuestra clase media; la influencia

del laicismo y la masonería; la lucha contra el nazismo y la Segunda Guerra Mundial, etc., influían para estimar como una alianza natural, “per se”, la de socialistas y radicales.

Las elecciones presidenciales de 1952 constituyeron un meridiano relevante, que junto con terminar con la administración radical de González Videla crearon condiciones para una movilización popular y el surgimiento de nuevas demandas y correlaciones de fuerza.

El Partido Socialista Popular proclamó como su candidato a Carlos Ibáñez del Campo.

Como militante de la Brigada Universitaria de Concepción y sin tener aún derecho a sufragio decidí negarle “mi apoyo”, sumándome así a muchos universitarios que adoptaron esa posición.

Viajó a Concepción Felipe Herrera, profesor de Política Económica de la Universidad de Chile para defender la decisión del partido, inspirada en la opción revolucionaria que podría significar una candidatura que por su arraigo popular propiciara cambios estructurales y terminara la represión del gobierno de González Videla. Sin embargo, pese a todas las argumentaciones persistí en marginarme de esa campaña, cuestión que sinceramente a nadie importó en lo más mínimo.

Uno de los efectos más importantes que tuvo la decisión del partido al proclamar a Ibáñez, fue el rechazo a esa candidatura por parte del miembro del Comité Central y senador por Magallanes, Salvador Allende Gossens.

La actitud de Allende provocó su expulsión del Comité Central del Partido Socialista Popular.

El 25 de noviembre de 1951, Salvador Allende, de 43 años, era proclamado candidato presidencial por el Frente del Pueblo, constituido principalmente por el Partido Socialista de Chile (ps de Chile) y el Partido Comunista de Chile (pc de Chile).

He aceptado complacido la colaboración del Partido Comunista para luchar por puntos de vista esenciales que estimo beneficiosos para la democracia chilena. No es un programa socialista ni un programa comunista, es

un programa que acentúa y, no poco, el progreso del régimen democrático burgués en que vivimos.

El análisis de esos acontecimientos y la discusión de las ideas políticas alimentaban la actividad social penquista, la vida de pensión, la bohemia universitaria.

Y ese era el pan de cada día —o nuestra pilsener de cada noche— en las apasionadas conversaciones, que forjaron amistades por siempre, tales como con Humberto Millapán, o Jaime Mendoza, Camilo Reyes, en fin, todos confundidos en el esfuerzo de asumir las opciones de humanismo vital que ofrecía la Universidad de Concepción.

Desde ahí, el mundo político chileno real, estaba a distancia. Mediante diarios, publicaciones partidarias y noticias informales, “copuchas” y “chismes” se lograba acceso a los dirigentes nacionales respecto a sus opiniones y a sus conductas. Así, íbamos desarrollando simpatías, adhesiones y rechazos.

Allende se transformó en tema obligado en nuestras discusiones. Él era, en 1951, la expresión de un político parlamentario neto y también la limitada alternativa de una izquierda, electoralmente utópica, pero con definidos perfiles programáticos por transformaciones de justicia impostergables.

Atacado con dureza por su postulación presidencial, la derecha, el ibañismo y el gobierno mismo lo hacían objeto de una campaña destinada a ridiculizarlo, en un medio político tan sensible a esa arma política tan chilena.

La trayectoria del senador de Magallanes exhibía una línea “frente populista” que originaba en sectores universitarios, en proceso de radicalización, una tendencia a caricaturizar su trabajo político y su vida personal. Desde joven, su forma atildada para vestirse y su reiterada manifestación de una galantería muy desenfadada, provocaban una caracterización próxima a la frivolidad y, en lo político, se le atribuía una posición parlamentarista ajena a consistencias “teóricas” profundas. Sin embargo, ese “pije” Allende dio en esa época, en

el Senado, las grandes batallas con un pensamiento medular para la realidad del Chile de 1951.

En las ideas centrales de su campaña electoral planteaba la necesidad de un gobierno democrático, de avanzada nacional, derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, reforma electoral, reforma agraria, recuperación de las materias primas.

Respecto al cobre distinguía una etapa previa para la incorporación de los minerales básicos y una etapa definitiva, con la nacionalización, lo que aseguraba independencia económica y efectiva soberanía. Su reiteración por perfeccionar la democracia impactaba a los sectores progresistas.

La gente en este país vive con salarios misérrimos, vive explotada, no tiene destino, posibilidades ni perspectivas, pensará que el régimen democrático burgués consagra privilegios los cuales algunas personas gozan en exceso, y también consagra injusticias, que otras personas sufren intensamente.

No hemos estado discutiendo el problema de fondo. Defiendo la legalidad democrática; pero no creo en la democracia inerte, sin contenido, sin expresión vital.

Su Señoría nos habla de delitos; y muchos de los senadores que llegan al Congreso son delincuentes, porque han llegado cohechando, comprando votos.

Por desgracia, este es un vicio general, y la ley lo condena como delito, aunque ya aceptado y tolerado. Y la inflación, indiscutiblemente, perjudicará a muchos de esos señores senadores, porque hasta eso va a subir en el mercado.¹

En política internacional, partidario de establecer relación con todo el mundo, era un defensor de los perseguidos por las dictaduras de este continente.

En sesión del Senado del 6 de junio de 1951 leyó el siguiente cable:

Senadores Salvador Allende y Frei Montalva. Cámara. Senado. Santiago. Situación política venezolana extremadamente tensa. Más de 4 mil ciuda-

¹ Allende, S. *Diario del Senado*, 4 de junio de 1952.

danos encarcelados. Ocupadas por tropas universidad e institutos segunda enseñanza. Coronel Pérez Jiménez ordenó policía disparar a matar a doctores Ruiz Pineda y Alberto Carneval, líderes resistencia civil, al ser localizados. En las cárceles torturase a prisioneros políticos. Invoco probados sentimientos solidaridad democrática ustedes elevar voz en Senado chileno denunciando estos hechos verídicos y pidiendo respeto para la vida heroicos dirigentes vastísimo Frente Nacional empeñado restablecimiento libertades públicas mi país amigo. Comité Junta Defensa Democrática.

El año 1952 tuve ocasión de conocer a Salvador Allende cuando pasaba mis vacaciones de estudiante en la ciudad de Osorno.

Ese domingo provinciano, extrañamente generoso en sol, tenía su sello habitual en la Plaza de Armas, su paseo, retreta de banda y salida de misa a mediodía.

Entre los muchachos amigos, alguien comentó: "...el que viene ahí, en ese grupo, es Allende".

Allende avanzaba, rodeado por cuatro o seis dirigentes políticos locales. Entre ellos, el regidor Santiago Rozas Angulo, a quien yo conocía. Allende caminaba con seguridad, casi con parsimonia, consciente que estaba provocando la atención de los vecinos. Al estar el grupo frente a nosotros, Rozas me llamó.

Saludé a cada uno de mano, pero al interiorizarse Salvador que era universitario, me invitó a que les acompañara esa tarde a Pilmaiquén, planta de energía hidroeléctrica, a 40 kilómetros de Osorno.

Sorprendido por una expectativa tan inesperada, en la tarde me incorporé a la delegación que se dirigió al pequeño poblado inmediatamente anterior a Entre Lagos. Viajar con Allende y dos o tres políticos más, pese a la brevedad del trayecto, fue un episodio significativo en mi verano.

Me sentí "importante". Allende en el recorrido me preguntó sobre la situación en la universidad penquista y habló sobre la juventud y sus recuerdos universitarios.

Sin embargo, la escena más nítida de esa experiencia fue el mitin político en el mismo poblado de Pilmaiquén, fuera de la planta.

En ese modesto caserío con el lago Puyehue y el volcán Osorno al fondo asistí a la primera proclamación de Allende, en mi vida, como candidato presidencial. ¡Nunca imaginé la cantidad de concentraciones y actos públicos que con él, como candidato, me depararía el destino!

Sobre un cajón de azúcar, con un megáfono, entre banderas chilenas, chiquillos, banderas de los partidos Socialista y Comunista, intervinieron los oradores. La voz profunda y el pelo blanco de Elías Lafferte, su silueta vigorosa antecedió al orador de fondo, el candidato presidencial. Era febrero de 1952.

Intervino con un lenguaje didáctico y apasionado. Quien sólo hubiese escuchado su discurso no se habría imaginado jamás el escenario y la audiencia que alcanzaba a 40 o 50 personas, incluyendo los dos carabineros. La situación podría haber parecido ridícula pero constituía, ese marco casi epopéyico, una demostración de la voluntad y la vocación política de Salvador.

Allende, en esa ocasión, dio un ejemplo imborrable: “Y ustedes compañeros, que viven al lado de la Central Pilmaiquén, no tienen luz eléctrica, tienen que alumbrar sus casas con velas. Esa es la injusticia del sistema”.

La campaña de 1952, Allende la realizó con una dedicación de misionero. En 283 días de campaña recorrió el país de norte a sur con el eslogan “El pueblo a la victoria con Allende”.²

El sentido político de la campaña de 1952 se ha desdibujado en el tiempo en una mayor valoración a la pertinacia y la voluntad de liderazgo de Allende que al antecedente real de un proceso de unificación popular. Si Allende logra, en esa elección, una calidad real de postulante a la presidencia, es menos meritorio, tal vez, que la magnitud del proyecto político que empieza a forjar.

2 Los resultados de la elección del 4 de septiembre de 1952 fueron los siguientes:

Ibáñez	Matte	Alfonso	Allende
436.345	257.066	187.044	52.348

Con los votos en blanco y nulos (3.213) sufragaron 936.016 de un total de 1.105.029 inscritos. La abstención sólo fue de 16 por ciento.

El Frente del Pueblo será recordado de manera reiterada, por el propio Allende, como el antecedente más decisivo del Frente de Acción Popular, FRAP.

Para algunos universitarios, su figura –pese al perfil de parlamentario tradicional– adquiriría una capacidad de convocatoria y un eco significativo en un Chile que en 1952 vivía inevitables tensiones sociales.

Como era previsible, la victoria aplastante de Ibáñez y la derrota del gobierno de González Videla, provocó un resultado altamente favorable para las fuerzas ibañistas en las elecciones parlamentarias de marzo de 1953.

El Partido Socialista Popular incrementó su representación en ambas ramas del Congreso. Además de Ampuero, el líder, Galvarino Palacios, Aniceto Rodríguez y Carlos Alberto Martínez llegan al Senado donde ya se encontraba Eugenio González Rojas, elegido en 1949.

Para la Cámara de Diputados son numerosos los socialistas elegidos. Entre ellos, la figura más notable es Salomón Corbalán.

Allende fue elegido senador pese a la marejada electoral ibañista. Continuaba así una vida parlamentaria iniciada en 1937.

FICHA PARLAMENTARIA DE ALLENDE

- 1937 Diputado por la Sexta Agrupación Departamental "Quillota y Valparaíso".
Participa en la Comisión de Trabajo y Legislación Social. Participa, como reemplazo, en la Comisión de RR.EE.
- 1945-53 Senador por la Novena Agrupación Provincial "Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes".
- 1945-49 Participa en la Comisión de Higiene, Salubridad y Asistencia Pública. Participa, como reemplazo, en la Comisión de Gobierno.
- 1949-53 3 de julio de 1951. Vicepresidente del Senado. Participa como presidente de la Comisión de Higiene, Salubridad y Asistencia Pública. Participa, como reemplazo, en la Comisión de Gobierno.
- 1953-61 Senador por la Primera Agrupación Provincial "Tarapacá y Antofagasta".
- 1953-57 26 de mayo de 1953. Vicepresidente del Senado. Participa como presidente de la Comisión de Higiene, Salubridad y Asistencia Social.
- 1957-61 Participa en la Comisión de Salud Pública.
- 1961-69 Senador por la Tercera Agrupación Provincial "Aconcagua y Valparaíso".
- 1961-65 Participa en la Comisión de RR. EE. Participa en la Comisión de Salud Pública.
- 1965-69 27 de diciembre de 1966, presidente del Senado. Participa en la Comisión de Gobierno. Participa en la Comisión de Salud Pública.
- 1969 Senador por la Décima Agrupación Provincial "Chiloé, Aysén y Magallanes".

EN EL CAMINO DE LA UNIDAD

A partir de la segunda mitad de la década del cincuenta se constata una recuperación orgánica y política del movimiento popular. En ese marco, el perfil de Allende se enraíza directamente con el ascenso, la unidad y las luchas sociales de la época.

Un acontecimiento de incidencia significativa es el surgimiento de la Central Única de Trabajadores de Chile, CUT.

Los días 13, 14, 15 y 16 de febrero de 1953 se efectuó el Congreso Constituyente, en el cual 2.355 delegados representantes de 952 organizaciones sindicales de tipo local y nacional definieron la organización, los objetivos, las reivindicaciones y la posición frente a los problemas nacionales e internacionales de la CUT, cuyo primer presidente fue Clotario Blest, figura moral de extraordinario relieve.

En la declaración de principios planteó:

... La Central Única de Trabajadores tiene como finalidad primordial la organización de todos los trabajadores de la ciudad o del campo, sin distinción de credos políticos o religiosos, de nacionalidad, color, sexo o edad para luchar contra la explotación del hombre por el hombre hasta llegar al socialismo integral...³

En secuencia casi natural se forma el Frente de Acción Popular, FRAP, en febrero de 1956 como producto del entendimiento entre el PC y el PS.

El FRAP surge por el acuerdo entre el Partido Socialista Popular y el Frente Nacional del Pueblo (integrado este último por el PS de Chile, claramente minoritario, y por el PC).

3 Barriá S., Jorge. *Historia de la Central Única de Trabajadores de Chile*, Ed. Pla., 1971.

Las condiciones del acuerdo entre comunistas y socialistas para la generación del FRAP fueron fruto de los congresos realizados los años 1955 (PSP) y 1956 (PC).

El Partido Socialista Popular en su XVI Congreso General realizado en Valparaíso, después de la discusión de un extenso documento denominado “La situación económica social y las tareas de la revolución chilena”, formuló las líneas básicas para una política popular y revolucionaria. Los acuerdos –a juicio de Julio César Jobet– conforman las bases teórico-ideológicas de la línea partidaria conocida como Frente de Trabajadores.

El FRAP constituyó una inyección de vitalidad para una izquierda que pedía acción unitaria en el trabajo político de la gran mayoría postergada.

En provincia, celebramos la constitución del FRAP multiplicando la actividad en el frente sindical y campesino.

El desarrollo del proceso unitario del pueblo se evidenció con una importante presencia del FRAP en las elecciones municipales de abril de 1956. Se ubica como una de las primeras fuerzas del país.

Allende, en esa campaña, se prodiga sin descanso dando su apoyo en concentraciones y actos en las más variadas comunas, pequeñas o importantes. Más allá de la Primera Agrupación que representaba en el Senado, asiste a innumerables proclamaciones del FRAP en el resto del país.

Tuve oportunidad de escucharlo en Concepción. Reiterativo en la unidad de las fuerzas populares, insistía en las transformaciones de estructuras y en la defensa de los recursos naturales. Su oratoria, apoyada en citas estadísticas, impactaba en los medios independientes de izquierda, particularmente en un ambiente intelectualizado como el penquista.

Sin embargo, al interior del Partido Socialista Popular –donde yo militaba después del retiro del partido del gobierno de Ibáñez– la reticencia, las reservas a Allende eran manifiestas. No se olvidaba su candidatura disidente de 1952, se cuestionaba su autenticidad como

efecto inevitable de una campaña hábil, sistemática, realizada, en su contra por círculos recalcitrantes de la derecha. Su condición de masón también era objeto de críticas ideológicas despiadadas en un instante en que el Partido Socialista Popular experimentaba un proceso de radicalización.

El Partido Socialista Popular había logrado desarrollar un proyecto para la revolución chilena con una singularidad y madurez que lograba creciente respaldo de los trabajadores. Pero la más elemental interpretación de la realidad exigía avanzar en la consolidación de la unidad socialista después de la voluntad expresada en las elecciones del 56.

Viví el proceso de la unificación en Osorno. Además de corresponder de manera real a una aspiración partidaria, las condiciones generadas de la sociedad provinciana exigían aumentar las fuerzas para oponerse a diario a injusticias monstruosas de una realidad que excedía estadísticas, discursos, artículos, crónicas.

Era un gran “collage”: a los campesinos se les robaba el pago de sus asignaciones familiares por parte de gran cantidad de patrones agrícolas; a los indígenas de San Juan de la Costa se les arrebataban las tierras a tiros; la justicia, mejor dicho las leyes, protegían a una minoría implacable con trabajadores castigados en sus ingresos y discriminados por autoridades e instituciones.

Los profesores teníamos que realizar huelgas y sufrir detenciones para defender, periódicamente, nuestras reivindicaciones.

La cotidianeidad nos impuso querer la unidad política de los trabajadores. Mientras, campesinos, obreros e intelectuales de esa ciudad, me enseñaron el socialismo.⁴

Concurrí encabezando la delegación de Osorno al Congreso

4 Socialistas como Raúl Guzmán Llanos, por ejemplo, el magistrado más honesto que haya conocido en mi vida, que dio una lucha sin cuartel contra los usureros de la ciudad; Juan de la Roza Parra, activista campesino que con estampa de profeta difundía las ideas de la Reforma Agraria; Olga Rozas de Casanova, organizadora de mujeres y de núcleos partidarios en los rincones más inauditos de la provincia.

Nacional de Unidad realizado el 5 de julio de 1957. Los delegados habían sido elegidos por la militancia en los diferentes organismos de base del país a través de los Congresos Regionales de Unidad.

Me faltaban neuronas para registrar los detalles de la ceremonia en el Salón de Honor del Congreso Nacional. Observé expectante las figuras del socialismo. Capté a un Óscar Schnake de regreso al partido, a un Rodríguez Corsi que fue jefe de las milicias socialistas, a Julio César Jobet, Manuel Mandujano, Mario Garay, Óscar Núñez, Ramón Sepúlveda Leal, etc.

Intervinieron Salvador Allende, como secretario general de Partido Socialista de Chile, y Aniceto Rodríguez, en representación del PSP. El gran ausente fue Raúl Ampuero, quien se encontraba fuera del país.

Allende se refirió al congreso como: "La cita por tanto tiempo esperada".

Pasajes marcados de su discurso fueron:

El último acto del PS, de su Comité Central y su secretario general, es el de poner en el primer y único lugar del orden del día: la consolidación de la unidad del socialismo.

...Que nuestra ideología marxista la utilicemos acertadamente en la interpretación de la propia realidad nacional de Chile.

...Habíamos vivido un proceso de aparente perfeccionamiento institucional; pero cuyo proceso, en el fondo, se torna ficticioso y aborrevativo. Nuestras fórmulas jurídicas ya no constituyen, por sí, base propicia para dar solución a los problemas de carácter social que un Estado moderno ha de encarar.

...El PS tiene sobre sus hombros la tarea nítida y trascendente de hacer de Chile una democracia moderna, efectiva y acorde con las finalidades propias de éste. Hay que hacer de nuestro país una gran democracia popular.

En el marco de esa atmósfera unitaria Aniceto, por su parte, destacó:

El caudillismo y los personalismos deben ser reemplazados por un trabajo colegiado y de equipo en todos los niveles de la organización, particularmente en la dirección nacional. Los hombres que se destacan por sus merecimientos humanos, en último término no pueden ser sino el trasunto o

la expresión de una política colectiva, democráticamente decidida por las bases. Que nadie, en el futuro, tenga temor de expresar su pensamiento crítico.

...Mientras muchos callaron y siguen callando, nosotros cometimos el pecado de haber llamado a las cosas por su nombre. Así hemos tenido el valor de pronunciarnos contra una democracia falsa que vive sólo en el papel.

...El FRAP se debe vitalizar, para no servir de trampolín a nadie. El FRAP tiene fuerzas y vitalidad propias suficientes para proyectar su acción hacia el porvenir.

Durante el desarrollo del congreso me correspondió integrar la Comisión Política. Mi participación se limitó a escuchar y aprender de los debates que allí se produjeron en torno a los aspectos medulares a resolver en el evento.

Centralmente, se preveía el problema de las alianzas para la elección presidencial, en el limitado espacio de maniobras que permitiría la formulación de la política de Frente de Trabajadores, política que contaba con el respaldo de la aplastante mayoría de los congresales.

La resolución de la comisión así lo traduce:

En consecuencia, el socialismo chileno:

Reafirma su más decidida y resuelta oposición a la gestión política social y económica del actual gobierno, lo denuncia como mero instrumento del imperialismo y de la reacción chilena, y lo acusa de haber defraudado las esperanzas populares y traicionado el programa que ofreciera realizar.

Traduce, concretamente, esa oposición en su decidido propósito de trabajar incansablemente por el fortalecimiento del Frente de Acción Popular y la más amplia movilización de masas a su alrededor, sin sectarismo ni exclusivismos de ninguna especie, a fin de convertirlo en el eficaz instrumento para la toma del Poder por los sentidos populares.

Desestima las tentativas de los partidos centristas para encabezar el movimiento político popular y recuperar el poder del Estado, por considerarlas fuerzas interesadas en el mantenimiento del "statu quo", dóciles a la influencia del imperialismo y de la reacción.

Afirma que las próximas elecciones presidenciales ofrecen la oportunidad para que los trabajadores puedan expresarse como clase social mayoritaria

dispuesta a iniciar el camino hacia la conquista del poder, con un personal de sus filas. Ante tal evento el FRAP debe llevar su propio candidato surgido de una amplia y democrática convención del FRAP y de los diversos organismos económicos y sociales de las clases asalariadas nacionales, de acuerdo con su línea de clara independencia política, de independencia de clase en su lucha revolucionaria por la conquista del poder.

Manifiesta, igualmente, que las perspectivas de este esfuerzo dependen, en gran medida, de la mantención de la unidad de la clase trabajadora y de la creciente comprensión entre los partidos obreros, a través de un proceso de honrada autocritica de sus actuaciones y de un sincero propósito de superar sus debilidades.

Pero, como era previsible, el proceso de elección de secretario general y de miembros del Comité Central generó la mayor tensión.

Las postulaciones a secretario general de Eugenio González y Salomón Corbalán tuvieron características muy atípicas a las de todos los congresos restantes que asistí en mi vida. Los que apoyaban una perspectiva de flexibilidad y de menor principismo se identificaban con la candidatura de Eugenio González (Óscar Weiss, Clodomiro Almeyda, Agustín Álvarez, etc.). Pero no lograron convencer a su candidato de que asistiera al congreso.

Allende –que inicialmente había manifestado su apoyo a Eugenio González– apoyó en definitiva a Corbalán. Sin embargo, en lo político fue crítico a las posiciones ortodoxas y su respaldo a Corbalán se entendió que había sido provocado por la ausencia de Eugenio González a las deliberaciones del congreso.

Eugenio González Rojas, tenía la estampa de la dignidad académica y el lenguaje irrenunciable de un socialista auténtico. Frente a él uno se sentía frente a la historia.

Había sido ministro de Educación Pública de la República Socialista de junio de 1932. En esta función se promulgó el decreto ley que señalaba como un “deber primordial en todo Estado socialista el propender al desarrollo de la cultura pública en sus más variados y complejos aspectos”; por eso, se nombró una comisión en la que figuraban entre otros Armando Carvajal, Domingo

Santa Cruz, José Santos González Vera, Mariano Latorre, Domingo Melfi, etc. Esta comisión elaboraría un proyecto de organización y financiamiento de acciones culturales del Estado, tales como el teatro del Estado, la editorial del Estado, la radiodifusión del Estado, la organización de la enseñanza artística, etc.

Esa natural solemnidad adquirida en las aulas y en la reflexión con una constante capacidad de asombro ante el pensamiento y la vida, no afectaban su humor, su chilenidad, su pasión –sin arrebatos– por un partido que él amaba pero que él sabía, también, hacerlo objeto de sus ironías.

–Usted, Jaime –me decía– se coloca gafas oscuras en las sesiones del congreso del partido y aparte de parecer atento a las cosas que se están repitiendo por undécima vez, puede dormir con toda tranquilidad.

De excelencia en la polémica y en la cátedra tenía una modestia tan grande como su talento. Cuando el presidente Allende le ofrece ser embajador en Estados Unidos, declina, risueño, argumentando que no domina el inglés.

A un importante personaje norteamericano que invitó a don Eugenio, siendo este rector de la Universidad de Chile, a visitar los Estados Unidos, después de agradecerle con mucha cortesía, le dijo:

–Le ruego comprenda por qué no le acepto, ¿qué podría hacer en el gran país del norte? Todos nuestros países llegarán a esas etapas de desarrollo con la modernidad de la urbanización, de las carreteras, de los edificios ... ¡No mi amigo, sinceramente lo que más me atraería conocer a mí en Estados Unidos sería la tumba de Buffalo Bill...!

La privilegiada circunstancia de ser amigo de su hijo Daniel me permitió frecuentar algunas veces los almuerzos tradicionales del día sábado que, hombres como Yolando Pino, Carlos Valencia, Ismael Roa y otros compartían con don Eugenio hablando de lo divino y lo humano, en tertulias inolvidables. Una figura característica era Parmenio Yáñez, con su sombrero y su diario debajo del brazo, en una actitud de invariable modestia de quien fuera notable biólogo con extraordinaria cultura filosófica.

Como yo en esa época era dirigente del partido, don Eugenio narraba algunas de sus exquisitas anécdotas referidas a sus experiencias en él.

Así por ejemplo, su espectacular viaje a Linares. Recién elegido secretario

general, había viajado en tren acompañado de Mario Garay. Éste, al entrar el convoy a la estación, le dijo emocionado:

—Camarada, ya veo las banderas, ahí las masas nos esperan, va a tener que hablar, compañero.

Agregaba don Eugenio que al llegar a la puerta del vagón verificó la gran recepción: estaban Enrique Belmar, Luis Belmar, Raúl Guzmán Llano y Mario Dueñas. Junto a ellos una gran cantidad de niños de la escuela primaria de Belmar con sus banderitas chilenas de papel. Todos ellos, los únicos camaradas que lo recibían, vociferaban entusiasmados:

—¡Que hable el camarada González!

—¡Que hable el secretario general!

—Entonces yo, —concluía don Eugenio—, desde la misma escalinata les dije:

—Manden a los niños a sus casas y les hablo en el bar más próximo.

Modestia y talento. De una consistencia ideológica en trayectoria como ministro, parlamentario, escritor, maestro universitario, nada lo hace perder jamás su identificación con las fuerzas y los valores morales del socialismo. Rector de la universidad, rechazará la condecoración de Rómulo Betancourt por la conculcación de los derechos existentes, en ese momento, en Venezuela.

Retirado de la actividad política después del golpe militar del 73, no silenciará su voz: en carta al director que publicó en *El Mercurio* invocará la constitucionalidad del presidente Allende y, en la medida de sus posibilidades, ofrecerá su activo apoyo a los perseguidos, particularmente al joven dirigente socialista que fue detenido y fusilado, Arnoldo Camú.

Eugenio González pertenece al socialismo chileno, al que le entregó referentes vitales para su reflexión, su crítica moral y el enriquecimiento de su acervo.

Salomón Corbalán triunfa en el congreso con una actitud personal de significativa consecuencia en la vida del partido y en los acontecimientos inmediatos. No calló, ni en la Comisión Política, ni en la plenaria, su reserva al texto de la resolución con plena conciencia de que aquello, no sólo podía electoralmente restarle respaldo sino, además, generarle oposiciones anticipadas y duras.

La elección del Comité General que acompañaría a Salomón en su gestión como secretario general, no correspondió, seguramente, a las expectativas que se había forjado Salvador. Si bien ocuparía desde ese momento un papel importante Manuel Mandujano, un hombre de excepcionales condiciones personales y de absoluta confianza política de Allende, no tenían participación otros camaradas que él hubiera aspirado a que quedaran integrando la dirección.

Tal fue, por ejemplo, el caso de José Tohá.

Siluetta inconfundible. Elegante perfil de una época. Socialista como parte del símbolo, como si hubiese estado siempre inserto en el signo partidario.

Lineal en su estatura y en su integridad.

Hecho de una pieza. Con una sensibilidad más cercana a la poesía que a la política. De verbo fluido y elegante, su humor fino y sus imágenes empuñaban el tiempo.

Tohá fue, lejos, sin discusión, el político más estimado por Salvador Allende. Correspondía así, a una lealtad a toda prueba, a una adhesión que no conoció vacilaciones.

Dirigente universitario, de oratoria apasionada y generosa, asoció a partir de ese periodo, definitivamente, su nombre y su conducta política, con el destino de Allende.

Su transparencia, su cultura y los valores morales que daban forma a su concepción de la vida, deben haber constituido las dolorosas dimensiones de su tragedia.

Su acentuada tendencia a la melancolía, su vocación por la reflexión especulativa, no cancelaban el ejercicio del humor o los recuerdos que permitirían desatar una risa comunicativa y generosa.

Compartimos más de una anécdota divertida. Y reímos siempre, con todas las ganas, de la situación vivida el año 1964 en Chillán, a la llegada del “tren de la victoria”. El retraso de dicho tren, en el que llegaría Allende, orador de fondo, había obligado a José a ocupar la tribuna mucho más tiempo de lo programado y Tohá, entonces, hacía maravillas para extender su discurso. Una multitud, entusiasmada, atendía en rincones, calles, árboles y ventanas próximas a la estación. Con profundo alivio Tohá se percató

de la llegada de Allende, cuya presencia provocó el previsible fervor de la masa. Allende, al lado del orador, saludó a la espera de que éste terminara su intervención.

Tohá, enfervorizado con el clima reinante, luego de indicar que ahí estaba el futuro presidente, dijo:

“Entonces ahora, compañeros, a hacer la revolución, a hacer la revolución con el cuchillo y el fusil...!”

Al escucharlo Allende le pegó un codazo y Tohá finalizó:

“...con el cuchillo de la unidad y el fusil de la organización!!!”

Sin embargo, su rapidez mental no pasa inadvertida por un compañero que, desde la copa de un árbol, le gritó:

“...¡Se te aconcharon los meados, oon!”

Presumía buena fe en los demás, casi místicamente. Era de una bondad superior. En el ejercicio de su ministerio, existió una paradójica armonía entre su calidad humana y la felonía de aquellos generales florentinos que lo martirizarán, después, en su cautiverio.

En esas circunstancias y en ese año de 1957, la unidad lograda, y su proceso de consolidación, no permitía mirar con optimismo las posibilidades de que el proyecto de Allende, al prosperar, fuese a tenerlo a él como su líder.

Sin embargo, no existía en la personalidad de Allende espacio para admitir derrotas sin combate previo. La correlación de fuerzas adversas a sus posiciones, existentes en el Comité Central, no le amilana, porque tenía una enorme confianza en los alcances de su trabajo en las masas.

La primera prueba que debe enfrentar Salomón Corbalán como secretario general es la elección parlamentaria de Valparaíso el 21 de julio. En tal oportunidad el FRAP eligió como diputado al Dr. Alonso Zumaeta (PS) con una votación espectacular, pero empezó a “penar” el cura de Catapilco.

Con extraordinaria intuición, el periodista Luis Hernández Parker apuntaba, con posterioridad a la elección de Valparaíso:

Catapilco: Los diarios de Volpone, en forma sincronizada, están levantando la rechoncha y discutida figura del diputado Antonio Zamorano Herrera, cuya originalidad, hasta el presente, consiste en que colgó las sotanas y habla en un lenguaje directo y cachazudo, que a veces limita con lo insolente. Primero fue el FRAP, y ahora Volpone, los que están formando este “Frankenstein político”, que mañana puede darles muchos dolores de cabeza a los partidos organizados, con disciplina, tradición y futuro, porque desperta arraigo popular.

Catapilco, como CIC, es el mismo. Sin pasado ni responsabilidad en el porvenir.⁵

En esa victoria que todo Chile celebró como un triunfo premonitorio de la izquierda, como lo anticipa Hernández Parker, la sombra del cura de Catapilco, Antonio Zamorano Herrera, tendrá incidencia fugaz pero importante en los acontecimientos políticos de los años 57 y 58.

Un accidente automovilístico castiga con dureza al partido. Muere Salomón Corbalán, el 11 de marzo de 1967, cuando regresaba de cumplir con sus actividades parlamentarias en su zona. Frente a su urna Allende comentará:

–“Era el mejor de todos nosotros”.

Salomón tenía el aspecto de un retrato antiguo. Severo, reflexivo, estu-
dioso. Con cuello y corbata parecía predestinado para una galería de ilustres.

En el partido se le quiso profundamente pero, tal vez, no se le valoró en sus dimensiones más significativas: en su calidad humana y en la autenticidad con que servía sus principios.

Se le bautizó como “don Sata”. En ningún caso por una presunta capacidad represiva o por una probable vocación para amenazar e imponer con penas del infierno la disciplina partidaria. No. Salomón imponía la autoridad “per se”, por su inflexibilidad para exigir el cumplimiento de las tareas en base al ejemplo de su propia abnegación y responsabilidad. La meta que él cumplía era siempre alta.

5 Encilla, 24 de julio de 1957.

Recién elegido recorrió todas las provincias del sur. Usaba una libreta negra y voluminosa, en que en forma manuscrita tenía su propio registro de la organización. Ahí figuraba el regidor de Los Queñes como el secretario sindical regional de Magallanes, con sus direcciones exactas y actualizadas.

En ese proceso de censar al partido llegó a Osorno. Tuvimos, los miembros del Comité Regional, una reunión de trabajo con él a puertas cerradas. Para nosotros constituía un hecho insólito. El secretario general inició la reunión con evidente inspiración didáctica.

—Usted —me preguntó a mí— ¿Qué funciones cumple como secretario regional?

Explicé cómo realizaba mi trabajo de secretario regional e insistí, en el acento típico de todos los regionales —por lo demás cuestión muy justa— en que existía abandono y desinterés en la capital por el trabajo político y orgánico que realizaban las direcciones regionales.

Siguió interrogando a cada uno. Pero lo inolvidable es lo ocurrido cuando le tocó su turno a don Sixto Barría, hombre fundador del partido que contaba con un profundo respeto de todos nosotros.

—Y usted, camarada Barría, ¿qué hace como secretario de finanzas del partido?

—Bueno, yo vendo las estampillas de las cotizaciones a los seccionales y recibo algunos pesos que pueden dar algunos amigos del partido, sí, eso es lo que hago.

—¿Nada más? —preguntó Salomón.

—No, eso es todo— contestó don Sixto que hablaba siempre mirando hacia la cubierta de la mesa.

—No, pues compañero— le dijo Salomón, usted no está cumpliendo bien... Un secretario de finanzas debe tener iniciativa, debe hacer un plan de finanzas, debe... hacer esto y lo otro.

En fin, se entusiasmó Salomón dando instrucciones y criticando la gestión de la secretaría de finanzas. Intertanto, Barría se iba enrojeciendo de ira hasta que explotó, poniéndose de pie.

—¡Qué mierda se ha imaginado, compañero! usted es un mocoso... que

me va a venir a enseñar cómo se trabaja en el partido. Yo me formé en la calle combatiendo a los nazistas, fui compañero de Grove, he hecho todo en el partido cuando éramos como cinco aquí y usted viene a enseñarme ahora; no, compañero, si quiere otro se hace cargo de esto, de las finanzas, que le guste amargarse porque hay que estar en la joda de andar detrás de los seccionales...! ¡Claro, es muy fácil decir hagan esto y lo otro, pero cuando la militancia no cotiza hay que andar tras ellos, ahí ¿qué pasa?, ¿ah? ¿Ustedes en Santiago funcionan con las cotizaciones? ¡No, a mí no me vienen con historias...!

Salomón lo escuchó con tranquilidad y luego le dijo:

—Compañero Barría, si lo he ofendido no era mi intención, discúlpeme. Yo, como cualquier militante, le tengo mucho respeto por su pasado en el partido. Mi intención no fue ofenderlo y si así usted lo ha interpretado, le pido delante de todos los camaradas, le repito, me disculpe. Mi propósito era ejemplificar con las funciones de un secretario de finanzas, porque soy el primero en reconocer lo difícil que es el trabajo en provincias...

Salomón significó en la vida del partido un cambio cualitativo que nunca se ha reconocido debidamente.

Supo distinguir entre su admiración profunda por Ampuero y las urgencias que exigía el momento para otorgar liderazgo a Allende.

De una modestia campechana y una transparencia con gran riqueza humana, no vacilaba en el rigor y la habilidad para defender sus posiciones.

Ingeniero químico, logra, mediante el estudio disciplinado que se autoimponía, formación en materias económicas, en el campo de las ciencias sociales, en los problemas de la realidad nacional y en la política internacional. Al momento de su muerte, en su despacho de senador existían, sistematizadas, más de 150 carpetas de los más variados tópicos actualizadas y con sus observaciones, de su puño y letra.

Para Salomón el dirigente político tenía la obligación moral de ser un hombre de su época y de su realidad, sin eufemismos ni sutilezas ajenas a nuestra nacionalidad.

Era necesario tener las ventanas abiertas. Mirar y conocer el mundo. Se comprometió con la Revolución Cubana, estudió la experiencia yugoslava y

no vaciló en conocer Israel y saber qué alcances tenía la organización sindical y cooperativa en ese nuevo Estado.

Adquieren, en nuestros días, particular vigencia sus reiteradas afirmaciones, como las contenidas en un informe al congreso del partido:

La actitud del socialismo chileno no puede ser más clara y más nítida y coincide con quienes, preocupados por la lucha de los pueblos, por el socialismo en distintos países, practican una solidaridad constructiva, pero no aceptan el carácter de “infalibilidad” de ningún Estado, ni de ningún sistema, ni de ningún partido.⁶

No sólo aprendí de él en materias partidarias. Lector incansable y conocedor del mundo literario europeo, comentábamos los autores de posguerra, particularmente los del realismo italiano como Moravia, Pratolini y Malaparte. Recuerdo que a Salomón lo impresionaba particularmente la biografía de Lenin escrita por Gerald Walter, mientras, un documento político que lo conmovió fue el Testamento de Togliatti, toda una premonición indispensable para entender —tal vez— el pensamiento del eurocomunismo de Berlinguer, realidad o desarrollo que Salomón no alcanzaría a conocer.

Si tuviera que contestar cuál es el socialista más humanista que conocí en mi militancia, no vacilaría en decir Salomón Corbalán.

El día mismo de su elección como secretario general del partido, tuve el privilegio de conversar extensamente con él. En tal oportunidad, con entusiasmo me describió la estrategia que, a su juicio, podría permitir un incremento significativo de la potencialidad de la izquierda chilena. Me explicó la necesidad de un gran evento que pudiera hacer confluir las fuerzas, no sólo políticas sino también sociales, en una democratización efectiva del proceso de nominación del candidato a la presidencia. Salomón quería no buscar simplemente la autenticidad en la nominación sino que, además, evitar los riesgos de tentaciones y fraccionalismos en torno a la elección presidencial.

6 Cita hecha por Allende en el homenaje que le rindió en el Senado a Salomón Corbalán, el 15 de marzo de 1967.

Luchando contra el tiempo, Corbalán logró materializar su proyecto.

La Convención Presidencial del Pueblo se realizó en el Congreso Nacional y en su forma como en su contenido creó una situación política nueva.

Cerca de 3 mil delegados coparon la convención.

Estaban presentes los partidos Socialista, Comunista, Radical, Doctrinario (Rudecindo Ortega), y Democrático del Trabajo. Además asistieron la Alianza de Trabajadores de Mamerto Figueroa y el Partido Nacional de Izquierda de José Fonca; tenían derecho a participar todos los chilenos y chilenas que desempeñaron o desempeñaban cargos de responsabilidad pública y que adherían a los fines de la Convención. Así, asistieron ex ministros, ex parlamentarios, dirigentes sindicales, directores de diarios, etc.

Fuerzas políticas y sociales, instituciones culturales y religiosas respondieron al llamado del FRAP.

La proclamación de Allende como candidato en la mañana del domingo 15 de septiembre de 1957 sorprendió al propio PC; lo avasallaron las bases que desde distintos confines traían el mandato de apoyar de manera resuelta la candidatura de Allende.

Luis Hernández Parker vio así la convención:

Yo no le saco el sombrero a los resultados de la convención frapista; se lo saco a las 3 mil personas que durante dos días repletaron salones, pasillos y oficinas del Congreso Nacional y mantuvieron un comportamiento, una disciplina, una paciencia y una atención que nunca vi antes en un torneo semejante.

Esta clase de espectáculos, cualquiera que sea el partido o la combinación que lo presente, siempre son movidos, vocingleros, desordenados y hasta arremolinados. La política chilena se hace a gritos y en ninguna parte se “aúlla” más que en estas reuniones inmensas y que sólo dos o tres oradores pueden exponer razones, y el resto, aprobar o rechazar con demostraciones en que las cuerdas vocales quedan destrozadas.

Se suponía que esta convención del FRAP quebraría todos los records de bullicio por la cantidad de personas que acudirían, y por la heterogeneidad de intereses presidenciables que chocarían. En efecto, aparte del

número, llegarían militantes socialistas y comunistas acostumbrados a la paciencia y a recibir órdenes. Pero también otros que no tienen ningún hábito. Avanzarían las fuerzas de Mewes, de Mamerto Figueroa, de Pancho Cuevas Mackenna, de Alejandro Serani, de Rudecindo Ortega, de Guillermo del Pedregal. ¿Qué harían estos ácidos y estas sales químicas cuando estuvieran juntas en un mismo matraz? Seguramente saldría una réplica de la bomba H.

Hay que informar que nada extraordinario ocurrió. Creo que un cónclave de monjas carmelitas habría tenido mayor vaivén. En el FRAP no voló una mosca mientras algún orador habló. No se quebró un vidrio, ni llegó un "curadito" ni por equivocación.

(*Ervilla*, 18 de septiembre de 1957).

La nueva situación política creada por el desarrollo de la convención se perfiló no sólo por la originalidad de la convocatoria y la modalidad de su desarrollo sino además por el contenido medular que Allende, marxista confeso, otorgó a toda la campaña, desde la tribuna, al aceptar la postulación.

La intervención de Allende es, tal vez, una de las más representativas de la asunción de su liderazgo histórico:

Hablo con el lenguaje de un hombre honrado.

...Comprendo la tremenda responsabilidad que significa ser candidato de una convención tan limpia, tan democrática y tan representativa como esta, después de haberme resistido obstinadamente a postular a esta distinción... Tengo en mi poder el documento de mi partido en el que se me impuso la obligación de ser candidato.

...No es que no comprenda el honor que esto significa. Es que pienso que otras personas con más méritos tal vez que yo, pudieran haber sido proclamados.

...He repasado cuidadosamente mi vida en estos últimos días. Me he hecho un profundo examen de conciencia. Y creo decir con orgullo que he tenido la satisfacción de comprobar que ha existido consecuencia y lealtad entre las palabras y las acciones que haya podido desarrollar en la vida pública.

...Tal vez a esto se deba que hayáis querido depositar en mi persona tanto honor y tanta responsabilidad.

...Pero nadie sabe lo que cuesta mantener esta lealtad, que se debe a los

principios y a la doctrina, en una época en que lo común es la deslealtad y la traición.

...Por eso es que nuestra tarea tiene que ser de un nuevo tipo.

...Tenemos que actuar de manera diferente, empleando procedimientos distintos.

...De ahí que yo me niegue en este instante a formular un juramento, como se acostumbra y como se han hecho tantos en este mismo recinto... No quiero imitar a esos jureros profesionales que han prometido solemnemente aquí y que luego han estafado al pueblo... Y me niego, además, porque mi vida entera es un juramento cumplido de lealtad a Chile y a su pueblo.

...He dicho y sostenido que en una verdadera democracia no puede haber sectores de la ciudadanía al margen de la ley y de sus derechos cívicos... Y he dicho, también, que es necesario restablecer al Partido Comunista la plenitud de sus derechos.

...He afirmado que no soy, no he sido, ni seré comunista, pero comprendo que en una democracia no puede haber parias, ni ciudadanos marginados de sus legítimos derechos.

...La unidad socialista-comunista debe ser la piedra angular de este gran movimiento que se ha puesto en marcha... Y esta unidad tenemos que ir la extendiendo cada vez a más amplios sectores, sin sectarismos... La plataforma que hemos elaborado nos facilitará extender esta unidad, porque ella tiene un amplio sentido nacional y patriótico.

...Esta unidad nos permitirá alcanzar la victoria... Y, mañana, cuando la voluntad del pueblo nos lleve a ocupar la presidencia de la República, la ciudadanía de este país que fue políticamente estafada, empezará a cobrarse de esta estafa, porque el señor Ibáñez se verá obligado a entregarme la banda tricolor... Este será su castigo, y este será para él un nuevo latigazo de la historia.

...Tenemos por delante una tarea dura... La campaña que vamos a emprender no será fácil... La plataforma que vamos a cumplir no se conseguirá sin sacrificios... Yo cumpliré con el deber de dar cuenta al pueblo de todo lo que hagamos y de todo lo que no podamos hacer, para estudiar en conjunto la manera de superar las dificultades que se nos presenten.

...Y que nadie piense que este es un saludo a la bandera.

...Saludaremos la bandera de la patria con emoción cuando entremos a La Moneda.

...Y la seguiremos saludando con cada una de las realizaciones que hagamos, con cada una de las conquistas que logremos a favor del progreso, de la

cultura, del bienestar de nuestro pueblo, de su independencia económica, de la soberanía nacional.

...Somos la avanzada del progreso de Chile... Somos la conciencia viva de la nación que se ha puesto en marcha.

...Estamos aquí para reafirmar nuestra indomable voluntad de luchar.

Salvador Allende finalizó con las siguientes palabras:

...Amigos y compañeros: venceremos en esta lucha porque hemos elaborado una plataforma para Chile y los chilenos.

...Venceremos, porque constituimos un movimiento renovado que se propone cambiar la fisonomía política, económica y social de nuestra patria.

...Venceremos, porque contamos con la adhesión de lo más representativo que hay en nuestra tierra.

...Venceremos, porque a nuestro lado llegarán todos aquellos que deseen sinceramente el progreso y el bienestar para nuestro pueblo.

...Venceremos, porque nos acompaña la emoción y el deseo de hacer una patria más grande de justicia, progreso y libertad.

Los pronósticos, dada la correlación de fuerzas, otorgaban a este cuarto candidato, también, la última ubicación.

Sin embargo, en ese septiembre se estremecían las organizaciones populares y se iniciaba un proceso de magnitud trascendente.

La campaña electoral más hermosa en que me tocó participar, en mi vida, fue la de 1958. Ni cuando fui candidato a diputado, ni cuando fui elegido senador, ni cuando con Allende se ganó la elección de 1970. No. La campaña de Allende, en 1958, estremeció socialmente a Chile como prólogo apasionante de la década del sesenta.

EL RÍO KWAI Y LA CONSPIRACIÓN DE LOS VERDES

La definición programática, la dirección en perspectiva revolucionaria de la campaña por apuntar a la modificación de las estructuras, el lenguaje, la vitalidad de Allende en su contacto con el pueblo fue desarrollando un vasto y activo movimiento que excedió la práctica tradicional de las campañas.

“Ahora le toca al pueblo” como eslogan central de la campaña se transformó en una exacta interpretación de un profundo anhelo de relevar el gobierno de un país por una efectiva democratización. Que el pueblo al fin gobernara.

La existencia de una agudizada contradicción social se expresaba en las candidaturas presidenciales.

Jorge Alessandri Rodríguez, candidato de una derecha fortalecida en las conquistas empresariales por la política económica del gobierno de Ibáñez pero que entendía estar amenazada por el desarrollo democrático que habían significado la reforma electoral y la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia.

Salvador Allende era la expresión de una izquierda unida, de nuevo estilo, sin la hegemonía del Partido Radical. Adquiría un singular poderío por las formas creativas y novedosas de la organización de la campaña.

Las candidaturas de Luis Bossay, por los radicales y la de Eduardo Frei, por los demócrata cristianos no lograban interrumpir la polarización creciente que en el curso de la campaña generaran las posiciones de Allende y Alessandri. El tristemente célebre cura de Catapilco⁷ completó la lista de candidatos como factor de dispersión para restar votos a la izquierda.

⁷ El vaticinio de Luis Hernández Parker del 57 desgraciadamente se cumpliría.

Me correspondió ser secretario general de la campaña de 1958 en la provincia de Osorno.

Después de la Convención Presidencial del Pueblo nos abocamos inmediatamente a fortalecer las débiles estructuras del partido en la provincia, que no tenía militancia en los sectores medios pero sí mucho apoyo de fuerzas obreras y numerosos dirigentes campesinos.

Por mis funciones me correspondía una mayor vinculación y una información más frecuente de las actividades en el Comando Nacional dirigido por Salomón Corbalán. Y, por supuesto, en el contexto de esa campaña de 1958, mi comunicación personal con Allende se hizo más regular.

En uno de sus viajes al sur, conversamos telefónicamente cuando él se encontraba en Valdivia. Al día siguiente viajaría a San Pablo, que era comuna de esa provincia, pero que estaba muy próxima a Osorno.

—Vaya mañana a la proclamación en San Pablo y aprovechamos de conversar.

—De acuerdo, doctor.

Sin embargo, el viaje para mí no era cosa sencilla. Tuve que empezar desde las tres y media de la tarde a buscar “en el centro” alguien que fuera a San Pablo. Así fue como conversé con Edmundo Vásquez Becker, agricultor de San Pablo, connotado radical, hombre cordial y gran señor y rajadiablos. Vásquez accedió a llevarme a San Pablo en su auto pero de manera inmediata, de tal forma, que llegamos muy temprano a la plaza del pueblo. Recién se empezaba a juntar gente para un acto que se había programado para las siete de la tarde. Edmundo quiso dar por terminado su favor y dejarme ahí.

Le pedí que me acompañara y luego cuando llegara Allende, obvio, si quería se iba, o lo escuchaba. Para abreviar, cuando llegó Allende, al saludarlo le dije discretamente, que mi amigo era radical. Allende ni corto ni perezoso, no sólo lo saludó sino que lo tomó

del brazo y todo el recorrido lo hizo con él a su lado. Después de la concentración, en la comida realizada en el hotel del pueblo en una intervención de sobremesa, Allende dijo:

“Y una de mis primeras medidas como presidente será cambiarle el nombre a San Pablo...: Se llamará San Edmundo”.

Entre risas y aplausos Edmundo Vásquez se incorporó a la campaña y además, a una amistad de por vida con Allende.

La campaña se realizó con apasionamiento inusitado. La violencia, que con tanta majadería se atribuye a la izquierda, fue como siempre iniciativa de los reaccionarios.

De los tantos incidentes en que las candidaturas de Allende, Frei y Bossay fueron objeto de acciones de matones y mercenarios llevados a la zona, uno tuvo repercusión nacional.

En la noche del 16 de agosto, asaltaron la Casa Presidencial del Pueblo en donde numerosos compañeros nuestros fueron víctimas de grupos de choque alessandristas y debieron ser hospitalizados.

Esa misma noche, esas brigadas asaltaban además la Casa Frei, destruyendo también sus instalaciones. Al amanecer, la Plaza de Armas fue escenario de un enfrentamiento entre alessandristas y nosotros con un saldo de heridos a bala y arma blanca.

Esos hechos ocurrieron horas antes de que llegara el domingo 17 de agosto. Jorge Alessandri sería proclamado en Osorno. La indignación existente, por la banda de afuerinos que había cometido los desmanes en la noche, se expresó de manera generalizada y espontánea en una contramanifestación a la marcha del candidato derechista.

En tales circunstancias la prensa y el comando de Alessandri trataron de aprovechar el incidente denunciando que Jorge Alessandri había sido víctima de un atentado con “ácido”.

La vida provinciana se alteró con esta notoriedad nacional de los incidentes políticos de la Plaza de Armas. La designación de un general de Carabineros para que se instalara a investigar los hechos en Osorno, la guerrilla de declaraciones entre los comandos de Frei

y Alessandri, el aprovechamiento para la recepción de Alessandri en Santiago, etc., apasionaron más aún el clima electoral.

De estos sucesos, *El Mercurio* tenía que editorializar responsabilizando de manera inmediata al FRAP.

Ya tenemos el primer fruto de estas consignas en la agresión alevosa al candidato don Jorge Alessandri, que por sí sola indica que los partidarios de la violencia han precipitado su acción a los extremos más reprobables. Aunque el atentado de Osorno no tuvo las consecuencias que pretendían sus autores, es necesario ver en él el índice de lo que puede ocurrir si no concurren de inmediato las medidas gubernativas y las disposiciones de las propias candidaturas a reprimir estas manifestaciones odiosas.

Desgraciadamente, en el seno de nuestra convivencia democrática ha vuelto a adquirir expansión el totalitarismo comunista y por eso estamos viviendo días semejantes a los que alcanzamos a ver en las primeras etapas del Frente Popular, que obligaron a dictar una ley que diera garantía de libre manifestación de la voluntad popular, mediante la enérgica vigilancia de las Fuerzas Armadas.⁸

Pero esto provocó sanciones y traslados en el cuerpo de Carabineros de Osorno, quienes pagaron los platos rotos. El prefecto coronel Salazar fue llamado a retiro y asumió el coronel Héctor Higuera, continuando en su cargo como subprefecto el mayor René Montero Lorca, oficial de extraordinaria calidad humana y quien fuera posteriormente uno de los principales protagonistas de los acontecimientos que siguieron, en Osorno, al 4 de septiembre.

Allende llegó desde Valdivia en el "tren de la victoria" a una ciudad tensa por los sucesos recientes que habían causado conmoción nacional. Allende, con quien habíamos estado en constante contacto telefónico para entregarle información pormenorizada de lo que estaba ocurriendo, arribó a Osorno con su aplomo habitual y sin dar muestras de cansancio en el tramo final de una agotadora campaña.

Nosotros temíamos una provocación. El ambiente hacía razonable tal presunción. Pero, desde luego, procuramos otorgar con

⁸ 20 de agosto de 1958.

una gran movilización la mayor seguridad al desarrollo de su visita a Osorno. (El saldo interesante y novedoso de ese episodio fue la significativa definición de los oficiales y suboficiales de Carabineros a favor de la candidatura de Allende).

La concentración superó nuestras expectativas. Sin embargo, pese a que nosotros teníamos certeza en un segundo lugar en Osorno —lo que constituía un gran avance— nuestras dudas se planteaban a nivel nacional.

Una superioridad electoral de Alessandri no correspondería —a nuestro juicio— a una realidad auténtica por la deformación de la voluntad nacional que originaba la inequidad en la propaganda, la diferencia en los recursos; la marginación de aquellos sectores sociales como la franja de analfabetos y los jóvenes de 18 a 21 años discriminados en el ejercicio del sufragio; la subsistencia de mecanismos de control sobre el electorado, etc.

El posible cuadro que anticipamos en Osorno (estrecha mayoría de Alessandri sobre Allende) podría corresponder a un resultado nacional. En tal caso: ¿Era legítima la victoria de Alessandri, por un estrecho margen sobre Allende? ¿Eran o no objetivas las prácticas antidemocráticas de la derecha en la región, como en todo el país? ¿No era, acaso, el cura de Catapilco la mejor expresión del propósito de impedir la victoria de Allende?

Los dirigentes regionales, esa noche después del acto público, no callamos nuestras dudas a Allende, sintetizada en dos preguntas cruciales: ¿Cómo vamos a defender su triunfo en un eventual primer lugar? ¿Cómo vamos a defender ese mismo triunfo distorsionado por un cómputo de aparente segundo lugar?

Allende se dio perfecta cuenta de que existía una decisión muy resuelta —de parte de los dirigentes provinciales— por transformar la contienda electoral en una situación política definitiva.

Nos manifestó que ese era un criterio generalizado en los comandos regionales pero que a él, como abanderado del FRAP no le correspondía, entregarnos, al respecto, instrucción alguna. Que exis-

tía una dirección política del FRAP y que él respetaría la decisión de los partidos, fuese la que fuese.

Corría agosto de 1958. Existían criterios distintos para atender las opciones probables. Por lo menos así lo veíamos desde el sur: por una parte, el PC en el marco de una política de Frente de Liberación Nacional no violentaría situaciones post electorales. Y nosotros, por otra parte, impulsaríamos una defensa de la victoria de Allende (en el caso de una estrecha ventaja de Alessandri, inválida, por espuria) para crear una situación de hecho.

El 4 de septiembre, desde el inicio de los cómputos una estrecha diferencia entre Allende y Alessandri, otorgó una dramática mezcla de expectativas e incertidumbres al pueblo de Chile.

Desde la Plaza Bulnes esa tarde, Allende dijo:

Agotaremos todas las reservas los dirigentes de los partidos políticos populares e independientes, para impedir que la derecha arrebatase un legítimo triunfo al pueblo de Chile ... Les hago un llamado a mantenerse vigilantes para impedir que esto ocurra.

... No deben, por motivo alguno, disolver los comités de bases ni las organizaciones y deben mantenerse unidos férreamente alrededor de las directivas... He contraído un compromiso con el jefe de la plaza que desde aquí todos se retirarán tranquilos a sus casas... Les ruego que así lo hagan... Pero mañana lean, escuchen y preocupense cuidadosamente de lo que ocurra y estén dispuestos a acudir a nuestro llamado para respaldar y defender la victoria.

Mientras se desarrollaba el acto público en Santiago, en Osorno ya conocíamos los resultados locales: (Alessandri 8.310, Bossay 5.526, Zamorano 161, Allende 5.534, Frei 2.777. En las elecciones de 1952, Allende había obtenido 477 votos).

Los resultados nacionales fueron los siguientes:

Alessandri	389.909
Allende	356.493
Frei	255.769
Bossay	192.077

Zamorano	41.224
Nulos	15.160
Blancos	4.556

La diferencia entre Alessandri y Allende era de 33.416 votos, cifra elocuentemente reveladora si se considera que el cura de Capilco obtuvo 41.224 votos. Se debe consignar que los 15.160 nulos configuraban un resultado de victoria espuria para la derecha.

Conocidos los resultados finales, en la noche, reunidos en una casa particular, nos dedicamos a estudiar en detalle nuestro plan de "defensa de la victoria".

Estaba concebido a partir de una marcha a Santiago, desde Osorno. El objetivo de la movilización sería ir a proporcionar a Santiago el respaldo a Salvador Allende.

La Prefectura de Carabineros asumiría la función de dar seguridad a la columna proporcionando personal suficiente para apoyar a los trabajadores que ya estaban organizados y dispuestos a salir el día cinco en dirección a Santiago.

Se estimaba que iniciada una actividad de esa magnitud, a medida que avanzáramos, se irían incorporando, pacíficamente, nuevos y más numerosos contingentes de trabajadores.

Fue una noche conspirativa intensa. Entre los carabineros, el subprefecto René Montero organizaba, con pasión, el rol que ellos asumirían. Un compañero partió a Valdivia. Nos reunimos con dirigentes de los sindicatos y organizaciones, a nuestro juicio, más aguerridos: cerveceros, salud, panificadores y, obviamente, el magisterio. Nos contactamos con una emisora de radio que iría permanentemente despachando "flashes informativos" desde el instante que saliéramos de Osorno.

Aproximadamente a las cuatro de la mañana, hablé por teléfono con Allende. En ese instante se encontraban entre otros, Santiago Rozas Angulo, Raúl González Llanos, el mayor Montero. Un ambiente tenso, expectante, en una circunstancia para nosotros decisiva:

“Doctor, le habla Suárez de Osorno, lo llamábamos porque aquí, ahora, está toda la dirección reunida, y queríamos decirle que, para nosotros, Ud. es el legítimo presidente y queremos defender este triunfo”.

Allende agradeció tranquilo y nos dio, implícitamente, una esperanza:

“Las direcciones nacionales resolverán la actitud a asumir en la mañana de hoy, esperen instrucciones...”

Desconocíamos los pormenores de las decisiones que se adoptaban o se dejaban de adoptar en Santiago. Un profundo desencanto abatió a muchos de nosotros cuando las mencionadas instrucciones no llegaron jamás.

Allende, definitivamente, en cadena parcial de radio entregó la opinión del FRAP el 9 de septiembre en un discurso que junto con conmovernos fortaleció nuestra voluntad partidista:

Conciudadanos:

Si cada chileno pusiera su oído en la tierra, escucharía el mensaje que recorre hoy el mundo: los pueblos quieren independencia y no vasallaje; cooperación económica y no explotación; progreso y no estancamiento; horizontes más amplios para vivir con dignidad y alegría.

...Esto es lo que se encarna en nuestro movimiento. Hemos recogido este mensaje. Nuestra actitud es, por ello, permanente, no simplemente electoral.

...Nada detendrá el avance del pueblo... Ni la cárcel, ni el destierro, ni la represión... Somos el más vasto, el más serio, el más profundo movimiento político de la historia cívica de Chile.

...No sólo hemos forjado la Unidad Popular y dado un contenido distinto a la nueva izquierda: Hemos formado una conciencia nacional.

...Un presente precario puede haber encontrado el administrador de su agonía, pero el pueblo ya tomó posesión de su futuro.

Y más adelante concluyó diciendo:

Conciudadanos:

Para el pueblo, cada página del calendario es una batalla... Cada batalla tiene un objetivo y, a veces, un nombre.

...En la que acabamos de librar, muchas cosas tuvieron que sintetizarse en el mío.

...Escuché multitudes coreando mi nombre con fe y devoción.

...Las letras de él fueron escritas en las calles de las ciudades, en las maquinarias de las fábricas, en los vagones de ferrocarril, en las entrañas de las minas o en las piedras del campo, en las ruedas de una carreta y en el juguete de un niño. Cada vez que las leí, me hicieron más firme, más chileno y más humano.

...Llegada la hora en que termine el cometido que ustedes me entregaron, me reintegraré a las filas como un soldado más... Y entonces lo comprenderán mejor.

...El compañero Allende estará otra vez junto a ustedes, simplemente como todos... Me encontrarán más entero, más resuelto, más entusiasta, más combativo y más esperanzado... Se los deberé a ustedes.

...Como Presidente de Chile o como militante del pueblo seré siempre el mismo.

Con una mezcla de ira y de esperanza nosotros, allá en Osorno, entonamos la marcha del Río Kwai que había sido el himno de la campaña de Allende.

SIERRA MAESTRA: TERRITORIO LIBRE

Para reemplazar a Jorge Alessandri en el Senado, se convocó a elecciones complementarias en Santiago para el 11 de enero de 1959.

El FRAP postuló a Humberto Mewes Bruna, abogado de dilatada y prestigiada carrera judicial que, como Contralor General de la República había adquirido renombre en tiempos de González Videla por su defensa de las libertades públicas. Militante del Partido del Trabajo, Mewes gozaba de simpatía en amplios sectores independientes.

En visita ocasional a Santiago, en plena campaña, Jaime Ahumada me comentó que esa noche había una comida de profesionales y técnicos con Mewes, en “El Parrón” en Providencia, y que asistiéramos para tener oportunidad de ver a otros camaradas. Fuimos, escuché los discursos, conversé con algunos conocidos y al término de la comida, al retirarse, Mewes y Allende pasaron cerca de mí. Allende me reconoció, me saludó y me dijo que me esperaba esa noche en Guardia Vieja.

—Vaya para la casa, Jaime.

Me sorprendió. No conocía su casa y dudé mucho entre ir o no. Les había frecuentado muy poco. En esas ocasiones nunca pude percibir la personalidad plena de Tencha en el contexto. Obviamente, concurrían dos razones poderosas para que estuviera tan limitada mi visión y mi conocimiento de ella. Una, que mis visitas fueron muy escasas, por no decir inexistentes, y la otra, que, cuando ocurrían, mi atención se centraba en las opiniones políticas de los asistentes. Sin embargo, en ese marco logré observar que la “señora Hortensia” (como yo le decía), manifestaba su mayor interés en todo lo que guardara relación directa o indirecta con materias culturales y artísticas. En esa época,

para mí al menos, estaba claro que ella no tenía una motivación política importante o el tema ocasionaba diferencias con Allende.

Pero lo más evidente era la conjunción de dos personalidades de muy fuerte carácter. Allende, en el cuadro más íntimo de padre y abuelo bonachón, no abandonaba ese rigor en sus relaciones con Tencha y definitivamente, uno optaba por no inmiscuirse ni especular.

Tencha, para mí, empieza a adquirir una estatura insospechada y una calidad notable a partir de 1970.

No es sólo por la dignidad en el ejercicio de una función de por sí delicada, en una época en que se desataban intereses populistas que buscarían en ella una forma de satisfacerse. No. No era tampoco esa particular y tan singular forma de mantener las relaciones con su marido, el Presidente de la República. No. Lo que me impresionaba mucho era su capacidad innata para tener un plan de vida, con claridad y precisión para su actuación pública y privada. Mujer bella, elegante, distinguida, culta, pedagoga, provocaba en los odiosos sectores reaccionarios una indiscutible ira, porque la imagen de la Primera Dama efectivamente proyectaba simpatía y donaire.

Sin embargo, después del golpe militar, la estatura de Hortensia Bussi de Allende logra una dimensión internacional relevante y se transforma en un verdadero símbolo de toda la oposición que Pinochet genera en el mundo. Tencha, menuda, con una salud precaria pero con una voluntad de hierro, recorre el mundo siendo acogida por mandatarios, pueblos y organizaciones, sin descansar, en una actividad que ayuda decisivamente a mantener la solidaridad con la lucha democrática chilena en las primeras notas de la agenda política del más alto nivel.

El quehacer de Tencha no se limita a la reiterada y necesaria denuncia de la violación de los derechos humanos en Chile. Con extraordinario oficio diplomático interviene y promueve relaciones unitarias en torno a la recuperación de la democracia y adquiere un lugar indiscutible en la historia de este doloroso tiempo chileno.

Cuando Tencha regresa a Chile, el pueblo en Santiago le tributó la recepción que merecía como signo de unidad, de valor, de esperanza y también de justicia.

Sin embargo, opté por encaminarme hacia allá, casi al borde de la medianoche.

Cuando toqué el timbre, me abrió la puerta un amigo de Allende con evidente pinta de “pituco”, como decíamos en Osorno. Se extrañó por mi presencia, avanzó hacia la sala y preguntó a Allende por mí. Cuando entré al living; Allende, desde un sillón, me dio por presentado a dos o tres parejas, me indicó un asiento y continuó la conversación. Me sentí incómodo. Los presentes me habían mirado como un intruso o yo había tenido esa sensación. Era notorio que pertenecían al mismo medio de quien me abrió la puerta. Además, las preguntas que le hacían a Allende, sobre los países socialistas, indicaban un snobismo que en otras circunstancias me habría causado risa pero en ese momento me sentía tenso, irritado.

Para colmo, a los 10 o 15 minutos, Allende poniéndose de pie, dijo:

–Bueno, estoy muy cansado.

Eso ya colmaba mi paciencia. Mi molestia empezó a transformarse en indignación.

El grupo empezó a despedirse. Cuando me disponía a hacer lo mismo, Allende me dijo:

–Ud... Jaime, no. Espere un momento...

Regresó Allende de haber acompañado a la puerta a los demás.

–Bueno, ahora póngase cómodo que tenemos mucho que conversar.

Sacó una botella de whisky, un par de vasos, hielo y se sentó en el suelo al lado de la chimenea.

–Jaime, yo seré Presidente de Chile –empezó diciendo. Esta vez –agregó, refiriéndose a la elección del año anterior, de 1958– nosotros, objetivamente, habíamos ganado.

Y con una actitud de viejos amigos me habló de sus impresiones de la campaña, de la situación del partido, de su pronóstico del gobierno de Alessandri, de la Alianza para el Progreso. Preveía el

crecimiento de la DC y los esfuerzos de la derecha, lícitos e ilícitos, para ahogar el crecimiento del FRAP. Estaba consciente que al interior del partido aumentarían en algunos sectores las críticas en su contra. Pero todo esto dicho fríamente, sin descalificación de nadie, en una forma coloquial trasuntando una gran confianza en las bases del partido.

Existía en su tono, en sus análisis, una impresionante voluntad de seguir siendo el intérprete de todos quienes le habían respaldado en septiembre de 1958. Había fuerza y una confianza notable en sí mismo. En un instante, sus palabras fueron particularmente emotivas para recordar la actitud de los compañeros de Osorno.

Algunos días después, le comenté a Salomón Corbalán, con quien me unía una gran amistad, el impacto que me había causado la actitud personal de Allende y la firmeza de su proyecto político.

Salomón, sonriendo, me comentó:

–Me imagino cómo te habrás sentido al principio.

–Sí, muy mal.

–Mira, la imagen del “Chicho” está deformada, es un hombre de gran calidad humana... He aprendido a conocerlo bien por las relaciones políticas con él y a través de Manuel Mandujano, que lo conoce muchísimo. Además, respecto a los proyectos, te diré que Allende es un gran pragmático y un trabajador incansable... ¡Hay “Chicho” para rato!

Las elecciones de Santiago confirmaron el desarrollo y la solvencia del FRAP. Aunque Mewes no fue elegido, su votación de más de 160 mil votos demostró un aumento de un 33 por ciento respecto a la presidencial, lo que constituía una prueba muy evidente de progreso, en tan breve periodo y en el ambiente de iniciación de un nuevo gobierno.

Sin embargo, otros acontecimientos apasionaban ese verano del 59. Y uno de ellos en particular, que abriría una nueva época en la historia de América.

La caída de Fulgencio Batista fue celebrada con júbilo por el

pueblo chileno. La epopeya de los tripulantes del “Granma” y las impactantes transmisiones de la Radio Rebelde que anunciaba sus programas con la consigna “Sierra Maestra, territorio libre de Cuba” eran suficientemente conocidas por la juventud y la opinión pública.

Cuando ese primero de enero cae La Habana en poder de los revolucionarios y se transforma “Cuba en territorio libre de América”, los acontecimientos de la isla, como el proceso que ahí se desarrolla, pasaron a constituir noticias cotidianas en la prensa y, además, a ejercer una objetiva influencia en la realidad política de Chile y el resto del continente.

Salvador Allende, como presidente del FRAP, declaró:

El Frente de Acción Popular comparte el júbilo del pueblo de Cuba por la caída de la oprobiosa y sanguinaria tiranía y el triunfo de la revolución... Está en desarrollo en América, como en Asia y África, un proceso de liberación política y económica y de avance social, que arrasará definitivamente con las fuerzas retardatarias, el colonialismo y la opresión.

...Asistimos a la emancipación de los pueblos largamente sojuzgados y explotados... Con sus propias fuerzas, combatiendo heroicamente, están conquistando su independencia y libertad que la oligarquía y el imperialismo les arrebataron.

...Lo acontecido en Cuba es una nueva expresión del convulsionado despertar de los pueblos latinoamericanos y de su inquebrantable decisión de aplastar las dictaduras, luchar contra el imperialismo, salir del atraso y de la miseria, consolidar el progreso y la libertad.

Sin temor a equivocarme, es posible afirmar que Salvador Allende es impensable desvinculado de la Revolución Cubana.

El partido había iniciado sus relaciones con el Movimiento 26 de Julio cuando Fidel estaba en Sierra Maestra.

Existía una adhesión de principios a la lucha contra Batista. Sin embargo, la opción insurreccional parecía aún una propuesta “tropical”.

Una noche en el restaurante *El Bosco*, en 1956, tuve oportunidad de conocer a José Antonio Echeverría... Los dirigentes uni-

versitarios Víctor Sergio Mena y Jaime Ahumada me lo presentaron. Para nosotros, tan presuntuosos en materias teóricas, nos parecía un demagogo, un “carrilero”, ese muchacho tan locuaz que anunciaba la necesidad de agarrar a balazos a Batista.

Cuando al poco tiempo ocurrió el episodio conocido como “El asalto a la Torre del Reloj” y el cuerpo de Echeverría acribillado se exhibió por la dictadura en los patios de la Universidad de La Habana, sentí una profunda vergüenza por la actitud incrédula y suficiente que había tenido ante ese revolucionario ejemplar.

Después de las primeras manifestaciones de apoyo al triunfo de los revolucionarios, existió, como era natural que ocurriera, incertidumbre e impresiones encontradas por la suerte de ese proceso.

Allende no tuvo ninguna vacilación y sí una resuelta confianza en lo que en Cuba iba a ocurrir.

Asistió, ese mismo año, el 26 de julio a La Habana. Conversó con los dirigentes y regresó difundiendo los propósitos e indicando las primeras dificultades que ya tenía que enfrentar la Revolución Cubana.

SOCIALISTA O MASÓN

El “gobierno de los gerentes” agudizaba la situación económica de los asalariados. En Osorno, se endurecían las autoridades con los campesinos y proseguían los abusos de los grandes agricultores, todos ellos beneficiados ahora con la política económica que impulsaba el gobierno de Alessandri.

El XVIII Congreso del partido se realizó en Valparaíso del 9 al 12 de octubre de 1959. Elegido delegado por Osorno, asistí entusiasmado a un evento que se desarrollaba en circunstancias tan sugestivas de la vida de los pueblos latinoamericanos.

El congreso tuvo, además, una particular connotación internacionalista.

Asistió, entre otros, el dirigente yugoslavo Svetozar Vukmanovic-Tempo, presidente de las organizaciones sindicales y miembro del Comité Central de la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador; Luis Felipe de las Casas, dirigente nacional del APRA, de Perú; los senadores y dirigentes nacionales de Acción Democrática de Venezuela, Luis Beltrán Prieto, Raúl Ramos Jiménez; Roberto Toledo, dirigente nacional del ps brasileño e Isaltino Pereira, dirigente sindical del Brasil. Salomón Corbalán pudo exhibir una organización consolidada en su unidad.

Como era previsible, el problema internacional ocupó el centro de las deliberaciones, acentuado por la presencia de numerosas delegaciones extranjeras. La yugoslava concitó particular interés en un momento en que Raúl Ampuero, con una brillantez polémica espectacular, veía insalvable la defensa de la posición internacional del partido. En debate notable se plantearon él y Manuel Bustos, profesor de Valparaíso.

En materia de política internacional se aprobó una resolución en que subrayaba la adhesión al campo socialista, pero se rechazaba la política de bloques cerrados y beligerantes, manifestando su voluntad por la paz mundial desde el punto de vista de la lucha de clases. Termina la declaración del XVIII Congreso diciendo:

Declara su solidaridad activa con todos los pueblos que trabajan por conseguir su liberación nacional, su desarrollo económico y su emancipación.

Reafirma su decisión de contribuir a la unidad ideológica y orgánica del movimiento obrero en todo el mundo sobre la base teórica del marxismo, respeto a la democracia interna y el reconocimiento de la autonomía de los pueblos para escoger, de acuerdo con su propia realidad, el camino más adecuado para el socialismo.

Mientras, en política nacional, se reiteraba la estrategia de Frente de Trabajadores, fortalecer el FRAP, promover la discusión política en el seno de la clase trabajadora y, particularmente, entre los campesinos.

Allende, de actuación ponderada en el transcurso del congreso, intervino para referirse en política nacional al rol del FRAP y a las perspectivas del ps en las parlamentarias del 61.

Habló como el líder indiscutido de la unidad y de la potencialidad de las fuerzas populares. Sin embargo, en el desarrollo de las actividades del congreso se hizo patente la beligerancia de algunas delegaciones en contra de él.

En una sesión plenaria se informó que había un voto presentado por el Regional de Santiago para que los estatutos declararan incompatible la condición de socialista y de masón.

Puesto en discusión el voto, el primero en pedir la palabra fue el propio Salvador Allende. Argumentó en forma apasionada contra la proyectada disposición. Indicó que tanto los socialistas como los trabajadores de su patria conocían su calidad de miembro de la masonería, cuestión que no afectaba ni afectaría jamás la lealtad a su partido y del pueblo de Chile. Sostuvo, dramáticamente, que él entendía que el congreso era soberano en sus decisiones, pero que

adoptar un acuerdo de esa naturaleza era poner en una seria encrucijada a muchos compañeros y que él creía que nadie merecía ser forzado en cuestiones de conciencia personal.

Su intervención no tuvo un eco de respaldo.

Era notoria la mayoría predispuesta a provocar una situación conflictiva a Allende, para someterlo a prueba.

Ampuero intervino en el debate. Todos conocían de pasadas discusiones en que él, como protagonista, había sido duro crítico a la situación de los militantes que pertenecían a la masonería. Sin embargo, en esta oportunidad consciente Ampuero de la intención del voto, señaló la inoportunidad de él, de la interpretación autojadiza que podría darse a una legítima decisión partidaria y propuso, en cambio, un voto que superaba el incidente: en la ficha se debería mencionar instituciones culturales, filosóficas, o de distinto orden a las que pertenecía el militante como una información necesaria para la organización.

La actitud de Allende respecto a la masonería al interior del partido exhibió la transparencia que no vaciló en tener también al interior de la logia masónica. Un estudio de Renato Verdugo Haz señala, que en un documento, dentro de esa institución, Salvador Allende afirmó textualmente:

...La O.: si adopta tal actitud consecuente con la responsabilidad de nuestra hora, no podrá guardar silencio y enclaustrarse en sus templos... Pero una O.: que nada dice cuando se siembre el terror psicológico masivo sobre la base de la mentira internacional, durante nuestro procesos cívicos, es algo sin vigor espiritual. Una O.: que no reacciona para procurar que no se vulneren la soberanía y la libre determinación de los pueblos, es algo también sin vida.

Allende, con fecha 21 de junio de 1965, solicitó su retiro voluntario de la masonería, planteando una serie de críticas, la mayoría de las cuales se referían a la situación social. Su carta provocó numerosos debates y la logia rechazó su renuncia por la unanimidad de los miembros del taller al cual pertenecía.

El 28 de noviembre de 1970 la Gran Logia de Chile recibió a Salvador Allende siendo Presidente de Chile. En su intervención manifestó que había tenido una sola línea y un solo pensamiento ideológico del cual se sentía orgulloso. Rindió homenaje a Eugenio Matte Hurtado, indicando que no había con-

tradición alguna entre su pensamiento político y pertenecer a la masonería.

Sostuvo Allende que Chile vivía dramáticamente la existencia de un pueblo sojuzgado por la presión foránea, en lo político y en lo cultural.⁹

La reelección de Salomón Corbalán, como secretario general, ocurría en un momento de gran solidez partidaria.

Durante el desempeño de su cargo, había logrado avances notables en la articulación del partido y, de manera espectacular, había logrado un trabajo de concientización en los sectores campesinos.

Tuvo el talento de comprender que la magnitud del liderazgo de Salvador Allende, en su momento, debía ser un caudal potenciador de la unidad del pueblo y en la perspectiva de ganar el poder.

A Salomón le preocupaba al término del Congreso de Valparaíso, actualizar con criterio científico el partido, modernizar su organización, terminar con los malos hábitos y su fraccionalismo. Ajeno a la búsqueda de adhesiones personales incondicionales, Salomón se empeña en una dirección ecuaníme pero, sobre todo, eficiente. Su gestión se constituye en una garantía para Allende, lo que le transforma en el objeto de las más duras críticas, porque le atribuían una hipotética debilidad ante ese "socialdemócrata" de Allende.

Allende, que no había quedado en el Comité Central —organismo al cual no tiene acceso desde 1957 y por el resto de su vida—, apoya con toda su colaboración activa al secretario general.

Surge Prensa Latinoamericana como editorial del partido, se logra la adquisición de un bien raíz, la revista *Arauco* y el periódico *Izquierda* son algunas de las realizaciones que Salomón Corbalán logra en el ejercicio de su mandato. El movimiento campesino se desarrolla con fuerza, liderado por el propio Corbalán. En O'Higgins y Colchagua adquieren logros significativos las organizaciones con el

⁹ El autor —que no es masón— agradece la deferencia de Verdugo Haz de autorizar la cita de esos antecedentes.

trabajo también notable, de un dirigente de la zona, el diputado Joel Marambio.

En Chile, el terremoto es como una institución. Cada generación tiene su terremoto propio.

El año 39, uno devastó a Chillán y Concepción. Pedro Aguirre Cerda, y el Frente Popular, suscitaban una poderosa ola de simpatía en los pueblos latinoamericanos. Lázaro Cárdenas había refundado la Revolución Mexicana y desde esas tierras, la solidaridad con Chile, ante este desastre, fue extraordinaria. Así, por ejemplo, llegó David Alfaro Siqueiros con sus pinceles inflamados de pasión y genio, para pintar sus murales en una escuela de Chillán.

La recurrencia de los terremotos hace que estos sean referentes de pasado, “antes del terremoto de Chillán...”, “pasadito el terremoto de Valdivia”, “en el último terremoto...”.

En 1960 nuevamente un terremoto castigó el sur de Chile, desde Concepción hasta Llanquihue. Como una dramática secuela, el Riñihue amenazó largo tiempo con una posible inundación catastrófica a Valdivia.

La situación que vivió Osorno fue particularmente dramática en los sectores rurales. El trabajo solidario de las organizaciones sociales sustituyó la inoperancia de las autoridades locales y tal vez, más que eso, logró contrarrestar las consecuencias del centralismo y la insensibilidad gerencial del gobierno de Jorge Alessandri.

El Magisterio de Osorno cumplió una intensa tarea de apoyo. Aprendí a valorar el coraje y la abnegación de los maestros de educación primaria, que trabajaban las faenas de rescate en las proximidades del volcán Osorno. Las labores se cumplieron, conjuntamente, con los efectivos del Ejército y de Carabineros. El Regimiento de Telecomunicaciones “Arauco N° 4” tenía un contingente pequeño, pero su comandante, Pablo Schafhausen, otorgó facilidades a todos los planteamientos de atención a los refugiados que organizó el magisterio.

La respuesta de los compañeros del partido, desde Santiago, fue activamente solidaria. Salomón recorrió toda la zona.

Salvador Allende llegó acompañado de una delegación de médicos cubanos que traían medicamentos y ayuda enviada por la revolución. Visitó cada rincón y escuchó y atendió a pobladores y damnificados.

En el curso de la emergencia, constatamos que una población completa de viviendas construidas para imponentes del Servicio de Seguro Social permanecía vacía, mientras que una gran cantidad de imponentes e, incluso, postulantes a las mencionadas viviendas, eran damnificados que no tenían dónde vivir. Organizamos, entonces, una “toma” de esa población y una noche movilizamos a todas las familias y les dimos posesión de esas casas en Rahue.

Recuerdo el hecho porque fue decisivo para mi cesantía en Osorno, en 1961.

Al perder mi trabajo en los liceos, viajé a reclamar a Santiago. Allende, Ampuero y Corbalán me acompañaron a hablar con Eduardo Moore, ministro de Educación. Eran tres senadores preocupados por la suerte de un profesor de provincia. Viejo político, Moore fue cordial pero irónico:

—Coincidió con ustedes en que las referencias como profesor del señor Suárez son buenas. Pero, me encontrarán razón que es un buen dirigente socialista en la zona y que hay problemas no educacionales con él... Si, reglamentariamente, el Ministerio llamó a concurso, legalmente, no se puede objetar que él haya perdido...”

La situación era muy clara. No había dónde perderse y por tanto era necesario empezar a entender que la derecha de Osorno procuraría por todos los medios, cerrar mis posibilidades de trabajo. La actitud y adhesión de Allende, Ampuero y Corbalán en ese momento, eran propias y enaltecían ese carácter solidario del partido.

El terremoto ocasionó un hecho muy serio en mi vida personal. Dejó en evidencia un problema neurológico de mi compañera de siempre, Lily. Debía obtener que la examinaran en el Instituto

de Neurocirugía de Santiago que dirigía esa eminencia que era el Dr. Alfonso Asenjo. En antecedentes de su amistad con Allende, fui un día a la oficina de Salvador en el Senado.

–Doctor –le dije– quiero pedirle un gran favor, que me dé una tarjeta de recomendación para llevar a mi mujer al Dr. Asenjo...

–¿Cómo, que le dé una tarjeta?, me contestó, mirándome molesto. E hizo una pausa con aire suficiente, mientras yo sentía una indignación creciente.

–No, Jaime, tarjeta por ningún motivo... Mañana, a las 8 de la mañana los espero en el instituto a usted y a su señora.

Me desconcerté. Ese día no quise ni comentárselo a Lily pensando que podríamos experimentar una gran frustración. Corbalán me anticipó:

–Allende no les va a fallar.

Y, efectivamente. A las ocho, en la puerta del Instituto de Neurocirugía, Allende nos esperaba para acompañarnos a ver al Dr. Asenjo.

Allende incorporaba el suspenso o el desencanto inicial a una forma de humor muy personal. Esa reacción respecto a mi petición al Dr. Asenjo la apreció en el futuro, en más de una oportunidad.

Por ejemplo, siendo ya presidente, estábamos en el trámite de despacho de los decretos, en que cada subsecretario lleva para la firma del presidente los correspondientes a su Ministerio. Sentado frente a él estaba Julio Benítez, subsecretario del Trabajo, honesto y antiguo militante socialista de una trayectoria ejemplar. Mientras le firmaba los decretos, Allende, sorpresivamente, con voz tranquila y con la vista baja, le dijo así:

“Compañero Benítez, presénteme hoy en la mañana su renuncia”.

Y luego levantó la cabeza y lo quedó mirando fríamente.

Observé que Julio se amostazaba. Era un hecho tan imprevisto y planteado de manera tan brutal que se justificaba plenamente su asombro.

“Si usted lo dice, compañero presidente, así será, pero yo primero debo llamar a la Comisión Política e informarle. Además sería importante conocer el motivo...”

Mientras Benítez hablaba, Allende se había levantado y me había guiñado un ojo en un gesto muy característico. Se volvió a Julio:

“¿Quiere saber el motivo compañero Benítez?” Le preguntó en tono severo. “Bueno, quiero que renuncie inmediatamente porque esta tarde tiene que prometer como ministro de la Vivienda”.

Julio no salía aún de su estupor mientras nosotros lo felicitábamos.

Debí abandonar Osorno.¹⁰

Los camaradas me habían enseñado muchas cosas, pero habían incorporado, definitivamente, una pasión profunda e irrenunciable por la opción del socialismo en Chile.

Cuando dejé la ciudad en 1962, para vivir en Santiago, se estaba iniciando un activo proceso de discusión en todos los medios políticos.

Ampuero era el secretario general del partido. Allende mantenía un indiscutido primer lugar en la oposición a Alessandri y en el liderazgo de la izquierda chilena. Asume, respaldo y apoyo al gobierno y a la Revolución Cubana. Ya, en abril de 1962, Cuba había proclamado el carácter socialista de la revolución y, desde antes, se había iniciado toda la ofensiva norteamericana contra el pueblo del Caribe.

Nuestra generación, lectores de “La historia me absolverá”, interiorizados de cualquier pormenor que estimáramos más significativos de los acontecimientos de Cuba, no podíamos restarnos a la crítica de los procedimientos de conducción en la izquierda chilena.

Parecía que esta gran humanidad había dicho basta.

¹⁰ Conocí la solidaridad de dos amigos de diferentes actividades –Tomás Orstein y Jean Martabid– que fortalecieron mi confianza en el género humano.

LA PRUEBA DE VALPARAÍSO

Con exuberancia, se diseminó el pensamiento y la gesta de la Revolución Cubana por todos los países latinoamericanos. Alcanzó a los sectores intelectuales de Europa Occidental, anhelantes de retos ideológicos y de aventuras en ultramar. Sin embargo, su impacto más auténtico lo acusó la juventud, las masas campesinas y cristianas y, paulatinamente, la izquierda formal de este escenario continental.

Y el partido, como toda la izquierda, debió enfrentar las elecciones parlamentarias de 1961.

La nominación de Allende como candidato a senador por la Tercera Agrupación Provincial de entonces (Aconcagua y Valparaíso), se interpretó, en diferentes sectores, como una maniobra del partido para enviarlo a una derrota que sepultara definitivamente el peligroso virus de “allendismo” que había generado la campaña del 58.

Sin embargo, Allende percibió el desafío con mentalidad de gladiador, consciente de que Valparaíso resolvería su destino político. Con pasión y con una capacidad de trabajo impresionante, se dedicó a construir, en visitas, casa por casa, la victoria que afianzaría su liderazgo.

El resultado electoral de marzo de 1961 consolidó históricamente al FRAP.

Y el gran vencedor de esa jornada fue Salvador Allende. Su victoria reafirmaba su vigencia popular, otorgando un potencial inesperado a su nombre. Venció sobre circunstancias electorales adversas y obtuvo una votación mayor que el candidato comunista, el prestigiado médico de Valparaíso Dr. Jaime Barros Pérez-Cotapos, quien también salió elegido. Armando Barrientos, talentoso socialista y quien

posteriormente fuera gran alcalde de Viña del Mar, comentaba que acompañar a Allende en las actividades de un día era prueba de titanes, por su resistencia y dedicación.

No obstante, no se trató sólo del triunfo de Allende en Valparaíso y Aconcagua que significó la gran sorpresa de ese domingo, sino, además, de la magnitud de la votación del FRAP en todo el país: la derecha obtuvo 428.248 votos mientras el FRAP lograba una cifra de 397.351 votos y constituía un resultado altamente significativo la votación de la Democracia Cristiana (213.836 sufragios).

Es innegable que esa elección parlamentaria constituyó un meridiano, un anticipo de los cambios en el panorama de las correlaciones de fuerza.

Nuevos aires recorrían todas las estructuras y los campos de las ideas, con un definido aumento de voluntades por los cambios. Los observadores políticos de la prensa de derecha tuvieron inmediata noción de los “peligros” que se avecinaban. El día de la elección *El Mercurio* había editorializado:

La respuesta que den las urnas en el día de hoy será decisiva para los destinos del país. Si la votación conjunta de radicales, liberales y conservadores se mantiene en los términos actuales o aumenta, quiere decir que el país da fuerte respaldo a la continuación de la política que hoy se sigue.

La conformación de los bloques que preveía *El Mercurio* en términos de las fuerzas que realmente se aglutinaron en el decenio, correspondió efectivamente a la cristalización observable a partir de las parlamentarias y consagradas posteriormente en el “naranjazo”.

A partir de esas elecciones, el repunte de las fuerzas opositoras al gobierno de Alessandri fue en aumento.

El partido inauguró su propia vivencia de la década con la realización del Congreso General Ordinario de 1961 que efectuó en Los Andes como una evidente demostración de reconocimiento a la victoria categórica de Allende en las parlamentarias.

La dedicación de Allende a su propia candidatura no lo había

hecho descuidar un aporte constante a la campaña nacional del FRAP expresada en su actividad en todas las provincias. Llegó al congreso consciente de una situación solidificada como líder de una izquierda chilena que estaba presentando una evidente potencialidad.

Los días 7, 8, 9 y 10 de diciembre se efectuó el Décimo Noveno Congreso General del ps en Los Andes.

La atmósfera del congreso reflejó la aspiración de las bases del partido, de fortalecer la organización en la perspectiva de potenciar un apoyo popular creciente. La realidad estaba acreditando una respuesta inobjetable. No se limitaba la demostración de esa capacidad de convocatoria a las cifras electorales.

Las características estructurales de la economía chilena, los conflictos, objetivos y latentes, hacían aparecer en escena histórica a nuevos actores sociales y políticos.

Elocuente había sido el primer Congreso Nacional de Campesinos que se había efectuado en mayo –de ese mismo año– con una representación de un millar de delegados de organismos campesinos. La autenticidad de las delegaciones y el nivel de sus intervenciones correspondieron a un transparente prólogo del protagonismo que el campesinado iba a adquirir en la década.

Una tónica de agudo enfrentamiento social provocaba la política económica del gobierno de Jorge Alessandri. Surgían las organizaciones de los pobladores y pagaban tributo en sus luchas frente a la acción represiva. En 1961, seis pobladores de la José María Caro son ultimados por tropas del Ejército.

El congreso enfatizó en sus resoluciones respecto a las reformas Agraria y Tributaria y sobre la nacionalización de las minas y de los bancos, mientras en el plano internacional reiteró su posición contraria a los bloques militares, impulsando la construcción de relaciones socialistas en términos de equidad. Textualmente sostuvo:

El internacionalismo proletario implica una integración democrática de las fuerzas y países que persiguen idénticos fines de transformaciones sociales. Las características y el ritmo de esta lucha deben obedecer funda-

mentalmente a las condiciones específicas de cada país. Ningún partido, ningún Estado o agrupación de estados tiene derecho de hegemonía sobre el conjunto del movimiento socialista universal.

En el desarrollo del congreso –al que concurrí como delegado del Regional Osorno– subyacía un debate que pronto alcanzaría dimensiones significativas en el mundo: la disidencia china, expresada en la tendencia que se reconocería como el “pequinismo”.

Allende asumió el papel de un anfitrión que no escatimó sus atenciones al aspecto formal propio del congreso ni a la actividad de las plenarias en las que participó para expresar sus juicios respecto a la situación nacional e internacional. Respecto a la primera, aparte de calificar con rigor la administración de Alessandri, reiteró su confianza en el proceso de unidad de los sectores populares a través del FRAP y su vocación de poder para la transformación estructural. En cuanto a materia internacional, fue particularmente apasionado para referirse a la Revolución Cubana.

En un documento de la época, muy poco conocido, editado por PLA, en 1960, “Cuba, un camino”, Allende decía:

...Los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo, siente, comparte y vive los ideales de la Revolución Cubana; tal hecho no puede ser extraño para nadie porque en la conciencia del pueblo chileno existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia...

Con la elección de Raúl Ampuero Díaz como secretario general del partido, culminó un congreso que dejaba una línea política transparente y condiciones de desarrollo orgánico promisorio.

No estaba libre de dificultades la unidad interna y la del FRAP. Particularmente, esta última requería probarse a cada momento en los frentes sindicales, en las actividades universitarias, en el ámbito parlamentario, etc.

El eje potencial socialista-comunista subsistía en medio de una franca batalla ideológica de los comunistas y de nosotros. La política

de Frente de Liberación Nacional que impulsaba el PC y que muy sumariamente se expresaba en políticas de alianza con los partidos de la burguesía, era abiertamente contrastante con una política de Frente de Trabajadores que reivindicaba el derecho de estos a conducir a las fuerzas sociales y políticas al poder a través de sus propios partidos, dando por agotadas las experiencias de los frentes populares que habrían significado, invariablemente, un castigo para los sectores populares.

Obviamente, en este cuadro de debate, la situación internacional y el grado de admisión de la política soviética tenían un peso extraordinario.

Ampuero condujo en esta etapa al partido con mano inflexible, pero fundamentalmente cuidó que no hubiera desviación respecto a la orientación de la política internacional y que la alianza planteada ya en términos históricos con el PC no generara una pérdida de identidad del socialismo chileno.

Es notable la experiencia de la discusión pública que, iniciada a raíz de un artículo de Orlando Millas replicado por Ampuero, dio origen a la polémica de ambas comisiones políticas, las cuales, finalmente, en una actitud sin precedentes –en las relaciones mundiales de partidos socialistas y comunistas– resolvieron editar en conjunto todos los documentos de la discusión en un folleto que se distribuyó nacionalmente y originaba los elementos para una discusión política que se realizó intensamente. Existió en la expresión de ambas partes, la voluntad de fortalecer al FRAP. Los puntos más significativos de diferencias radicaban en el rechazo del PS a la condición de “centro o vanguardia” del PC soviético de las ideas avanzadas; a la no admisión de los bloques; al carácter de la revolución chilena, etc.

La controversia teórica y política de ambos partidos, en marzo de 1962, fue una discusión necesaria. Afirmaba Ampuero, en la fase final del intercambio de posiciones:

...Aquello que la polémica no pudo resolver en el campo de los argumentos y de las ideas, tendrá que dejarse a la experiencia misma del desarrollo

social, a la maduración gradual de la conciencia política del pueblo, al devenir de los acontecimientos.

Entre tanto, ¿cuál era la actitud de Allende, en medio de estos embates internos del FRAP?

Allende exhibió una verdadera maestría política en el manejo de las situaciones conflictivas. Consciente de la fidelidad del PC a los soviéticos, no vaciló jamás en defender en el Senado las violaciones a la autodeterminación de los pueblos, en los desacuerdos crecientes entre el gobierno de Cuba y la URSS mantuvo su lealtad plena a la Revolución Cubana. Ante las sacudidas que experimentaba el movimiento comunista internacional, particularmente en la disputa Moscú-Pekín y que tuvo efectos muy menores al interior del PC chileno, Allende no cortó ninguna relación y mantuvo diálogo constante con los sectores incorporados a las diferencias.

Por otra parte, Salvador Allende mantenía un constante protagonismo social en la realidad chilena, que lo hacía ser objeto de permanentes e implacables campañas de los medios de la derecha en su contra. Las elecciones municipales de 1963 proporcionaron otra prueba para el FRAP para medir su fuerza y exhibir el grado de su unidad. El FRAP, con 600 mil votos, se ubicó como la primera fuerza del país, mientras la DC se revelaba como la fuerza promisoría significativa con cerca de un 23 por ciento de la votación nacional. Se empezaban a configurar los tercios de la sociedad chilena y se iniciaba la decadencia del que antes había sido el poderoso Partido Radical.

En esa época, al interior del partido, existían sectores que objetivamente, mantenían celos ante Allende por dudar de su autenticidad y por sus propios enfoques de lo que ellos estimaban una política revolucionaria consecuente. Otros, en la incurable práctica del sarcasmo, optaban por caricaturizarlo. Era muy obvio que la capacidad de Allende por sortear todos los escollos coyunturales que a diario tenía que enfrentar, le estaba significando una indiscutible afirmación de una próxima candidatura presidencial.

Circulaba el chascarro del hipotético comentario que realizarían los “próceres del partido” ante un eventual fallecimiento de Alessandri, presidente en ejercicio:

Ampuero: “Las nuevas condiciones creadas exigen un análisis dialéctico de las perspectivas del socialismo para construir la sociedad revolucionaria, libre y soberana a que aspira”.

Aniceto Rodríguez: “¡Hay que agitar las masas...!”

Eugenio González: “¡Bah... se murió este hombre!”

Y, por cierto, lo que diría Allende: “Para la transmisión del mando, recibiré la banda en traje de calle!”

UN TRIUNFO, NO UNA VICTORIA

Las dificultades internas del partido, cada vez más afectado por las marejadas ideológicas internacionales, no significaban alterar la previsible nominación de Allende para las presidenciales del 64.

El Comité Regional de Santiago, cumpliendo una antigua tradición, fue el terreno de las luchas internas más severas, en vísperas del Congreso General, que con el número 20 se desarrollaría en Concepción. Pese a que en las actividades preparatorias en Santiago se produjeron algunas escaramuzas e incluso unos militantes se tomaron el local del partido en Catedral 1413, en el Congreso Regional de Santiago, las tendencias más fuertemente en pugna –rebeldes y oficialistas– presentaban una coincidencia central: apoyo a Allende, sin objeciones.

En la postulación del año 1964, Salvador Allende dispuso del pleno respaldo partidario, por muchas reservas o especulaciones que se pudieran hacer en instantes de tensiones agudas en la izquierda y de la ofensiva anticubana y antimarxista. Allende, ajeno a las disputas internas por cuestiones posicionales orgánicas y con su reiterado proyecto político de la unidad de las fuerzas populares, recorría incansable el país proyectando las ideas centrales de su programa, tales como reforma agraria, nacionalización de los recursos naturales y, ese año, insistía en la revisión de la deuda externa.

En ese verano de 1964, ocurren hechos de trascendencia decisiva para la próxima elección presidencial.

El fallecimiento de un antiguo luchador socialista, el parlamentario y profesor Óscar Naranjo provocó elecciones complementarias en la provincia de Curicó. El partido nominó de candidato a su hijo, el médico socialista Óscar Naranjo Arias, pediatra, profundamente

enraizado en el cariño de los sectores más desposeídos de la región. Hombre de gran calidez, con una fácil comunicación, concitó una simpatía generalizada en los más vastos sectores.

La campaña la enfrentó el FRAP con todas sus fuerzas, sin escatimar esfuerzo. Generalísimo para la provincia fue designado Aniceto Rodríguez, mientras el PC destacaba a José González, subsecretario de ese partido, en los trabajos de la zona. Al poco tiempo después fallecerá en un accidente de aviación en el extranjero ese dirigente de notables condiciones organizativas. Me correspondió trabajar como responsable del departamento de Curicó, lo que me permitió intimar mucho con Naranjo, con quien fuimos muy amigos.

Allende, en plena campaña electoral, que contaba como generalísimo a Salomón Corbalán, enfrentó con absoluta consecuencia la campaña en Curicó. ¿Por qué esta precisión? Porque era evidente el efecto global que iban a tener los resultados en la presidencial de septiembre. La situación era la siguiente:

El Frente Democrático, con el respaldo de radicales, liberales, las fuerzas de gobierno y con la candidatura de Julio Durán a la presidencia, otorgaron, con entusiasmo, carácter de plebiscito a una elección en que daban por descontada la victoria que a la luz de las cifras parecía irrefutable. El Frente Democrático partía con una preferencia de un 49 por ciento mientras el FRAP exhibía un 30 por ciento y la DC no llegaba a un 22 por ciento en un universo electoral bastante pequeño para lo que era el volumen nacional del electorado.

Ganar en Curicó era ganar la presidencial. El comentario del día de la elección en *La Nación* era el siguiente:

Los totalitarios dicen y sostienen que el Frente Democrático se halla en desintegración... como para ellos dos más dos no son cuatro, sino tres, lanzaron la especie de que Allende no estaba luchando contra el mayoritario Durán, sino contra el minoritario Frei. Y los freístas, en una nueva manifestación de sus tentaciones comunizantes repitieron la estulticia, sumándose a la guerra de nervios contra el Frente Democrático.

Los pronósticos de los “totalitarios” se cumplieron con creces dando origen al hecho político conocido como el “naranjazo”: la victoria del FRAP se expresaba con un categórico resultado del 39,2 por ciento mientras el Frente Democrático, representado por el conservador Rodolfo Ramírez no llegaba al 33 por ciento y Mario Fuenzalida de la DC obtenía una votación que significaba un crecimiento con respecto a los guarismos iniciales.

Un nuevo estilo había caracterizado la campaña de Naranjo. Las juventudes de los partidos del FRAP habían inaugurado un proceso de activismo con guitarras y canciones. Teatros de mimos, coros y orquestas de cámara habían llegado al corazón de una zona campesina, en una movilización cultural nunca antes vista en procesos electorales.

La imagen de la derecha, en cambio, correspondió a la violencia y al cohecho. Obviamente, no fueron estos los factores decisivos de la victoria. Ni tampoco la explica suficientemente el innegable carisma de Naranjo. En esa región, en medio de latifundios, empezaban a manifestarse objetivamente, los propósitos mayoritarios de cambios fundamentales en las estructuras.

Fue un error, tal vez táctico de la derecha, darle un carácter de plebiscito pero, no así en las perspectivas estratégicas de sus intereses, porque el resultado le permitió visualizar que la mayoría real de este país... ¡estaba definitivamente por los cambios revolucionarios!

En medio de una extraordinaria euforia popular, celebramos esa noche, en las calles de Curicó, la elección de Naranjo. Muy tarde, en casa de un compañero, en un medio muy reducido, Allende, que había sido el orador principal en la concentración, nos vaticinó:

“¡Elegimos un diputado pero perdimos un presidente!”

Exhibió una frialdad asombrosa. Podía parecer muy obvia la conclusión pero, la seguridad en sí mismo, pese a la inevitable ofensiva antimarxista que se preveía y al reordenamiento de las fuerzas

para atajar su posible elección, no lo amilanaban. Describió, casi con exactitud, los posibles pasos de los adversarios, demostrando estimación personal por Frei y Durán. Sin embargo, para mí lo más impresionante de esa conversación fue la certeza de que era él el que tenía el mandato popular para realizar efectivamente los cambios y que no fallaría jamás a esa confianza. Esa noche de marzo en Curicó, Allende, al registrar el hecho casi fatal de lo que ocurriría en septiembre, pudo sentir un humano desaliento, pero la voluntad de continuar con absoluta entrega a lo que parecía considerar una misión superior, no sufrió ni el menor roce.

El desmoronamiento del Frente Democrático no se hizo esperar. Diferentes cábalas surgieron esa misma noche en Curicó (¡es notable la capacidad inmediata de repuesta de la derecha chilena, su agilidad y audacia en la iniciativa!). Desde la elección de Frei, si salía segundo en septiembre, pasando por la inmediata actitud de Julio Durán –puso a disposición de sus partidarios, la mantención de su candidatura– hasta una modificación de todo el sistema de elección que los candidatos, a la usanza uruguayo de la época, se presentarían en listas separadas pero, agrupados por tendencia. Así, por ejemplo, los candidatos antimarxistas figurarían en una lista y Allende, solitariamente, en la otra.

La misma noche del 15 de marzo, la derecha inició las maniobras destinadas a una reformulación de las fuerzas que impidiera un eventual triunfo del FRAP. Para ello apostó a enfrentar al país a la falsa alternativa democracia o comunismo.

El maniqueísmo de la situación, por parte de la derecha política y económica, se expresó en una campaña, sin precedentes, con respaldo millonario extranjero, para el desarrollo de una propaganda anticomunista increíble pero que fue eficaz por la condición de disponer, en un momento de voluntad expresa de cambio, de otra opción como “la revolución en libertad” ofrecida por la DC. ¿Era tal vez –al decir de Gramsci– el momento del “compromiso histórico”?

Los obispos de Chile habían dicho, en 1962:

...El cristiano debe favorecer las instituciones de reivindicación social y, si le corresponde, participar en ellas. También tendrá que apoyar cambios institucionales, tales como una auténtica reforma agraria, la reforma de la empresa, la reforma tributaria, la reforma administrativa y otras similares.

...No se construirá la grandeza de nuestra tierra, ni se implantará en ella la paz, si los pueblos hermanos de América, olvidando viejas rencillas y dejando de lado pequeños intereses, no llegan a la unión continental y no reconocen los fines comunes, espirituales y temporales, de nuestra gran comunidad de naciones.

...Tenemos contraída con Cristo la obligación de cambiar con la mayor rapidez posible la realidad nacional, para que Chile sea patria de todos los chilenos por igual. No queremos actitudes violentas y superficiales que dejen intacta la miseria. No queremos tampoco contentarnos, dejando las cosas como están, con vagas promesas de un cambio que nunca llega...¹¹

Con anterioridad al “naranjazo” se había efectuado, en plena campaña electoral, el XX Congreso General del Partido Socialista y todos los vaticinios de un colapso divisionista se frustraron. El clima estuvo cargado de posibles tormentas, pero la aplastante mayoría de quienes apoyaban a Ampuero abortó las perspectivas de agudizaciones mayores. Interrogado Ampuero sobre la existencia de dos corrientes en el congreso respondió: “Suponer que hay dos corrientes es aventurado. Yo diría que son muchas, porque es muy propio que no toda la gente piense de la misma manera”.

Las controversias que asomaron como más amenazantes se referían a la situación de la vía pacífica, cuestionada como opción para acceder al poder, crítica a la democracia interna y el conflicto chino-soviético.

Sería ingenuo, sin embargo, estimar que al término del congreso disidencias y dificultades internas hubiesen sido superadas. El Congreso de Concepción marcó uno de los hitos importantes del desarrollo de una crisis de la izquierda y, particularmente, en el PS.

¹¹ Documento del Episcopado de Chile. 18-09-62.

La elección de Ampuero como secretario general y la mayoría de los sectores que lo respaldaban en el Comité Central, demostró que esta situación de amplio predominio ampuerista no afectaba a la adhesión incontrarrestable que tenía Allende para su postulación presidencial.

Sectores de la juventud y de aquellos que habían planteado que las condiciones existentes en Chile permitían la iniciación de un proceso revolucionario, fueron calificados como víctimas de un infantilismo de izquierda. Y se producen disidencias importantes, las que generan dirigentes como Miguel Enríquez, extraordinario líder, que junto a otros socialistas y ex comunistas concurrirán a la formación del Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR, en 1965. Sin embargo, ni esos sectores más radicalizados se restaron al apoyo a Allende en 1964.

Ampuero, en su discurso de agradecimiento de la reelección en Concepción anticipó:

“A prepararse para la victoria y a prepararse para la derrota”.

“El partido es puro, duro y maduro”.

“Nadie es dueño del futuro”.

“Aquí, hoy se ha dado por terminado el litigio que amenazaba terminar con la unidad”.

Sobre esto último, el tiempo, sin embargo demostraría que se había iniciado un nuevo proceso de división.

En la descripción de la estrategia del partido, al término del XX Congreso, Ampuero anticipó la maniobra que deberían enfrentar las fuerzas del FRAP ante la concertación derechista destinada a hacer abortar cualquier opción de la candidatura de Allende. Para al propósito, el 19 de febrero de 1964 denunció, en entrevista de prensa, que existía ya un documento suscrito por parlamentarios derechistas para votar por quien obtuviera la segunda mayoría relativa si Allende obtenía la primera. Ampuero indicó que parlamentarios demócrata cristianos y algunos radicales se había negado a firmarlo.

En la misma oportunidad, Ampuero se refirió a la violencia

como expediente de la reacción y de los “guerrilleros de fuente de soda”. Negó a la burguesía el derecho de hacer alarde de pacifismo indicando que, por regla general, la violencia popular no nace por generación espontánea, sino que es respuesta a la violencia descargada, en variadas formas, por las clases que se empeñan en mantener el poder.

La campaña de 1964 se realizó en el marco de la “amenaza” de la victoria imparables del FRAP.

Allende denunció en el Senado las prácticas tradicionales, de siempre, de la derecha para obstaculizar la posibilidad democrática de asunción al gobierno de quienes planteaban la justicia social y que, por lo tanto, herían sus intereses:

Jamás ocultaremos lo que somos; nunca hemos negado lo que queremos; sabemos adónde vamos y cuándo vamos a llegar. Hemos fijado una meta clara y precisa: conquistar el poder político para el pueblo. Y, para esta lucha, hemos buscado el cauce legal. Sabemos perfectamente que es más duro y difícil este camino porque hasta ahora, en la historia, en la lucha de los pueblos, no ha alcanzado el poder político por el cauce legal un movimiento como el nuestro; no ha llegado socialista a la magistratura de alguna nación con un programa definido y claro como el nuestro. Pero es que también hemos hecho algo distinto a los otros países, la historia lo está demostrando. En 1937, o un poco antes, el mundo vio una táctica y estrategia que representaba, en lo social, la vinculación del sector proletario con la pequeña y mediana burguesía.

Así nacieron los frentes populares en el mundo. El de España se derrumbó en la tragedia del pueblo español, agobiado por una dictadura que lleva ya más de 25 años. El Frente Popular francés también desapareció, víctima de las vacilaciones de León Blum, que no captó el significado del nazismo y cuya ceguera lo llevó a no entregar las armas adquiridas por el legítimo gobierno de España para su defensa.

...Y Chile tuvo su Frente Popular, el que fue combatido tenebrosa y arteramente —lo demostraré con los antecedentes que tengo acumulados—, tal como se atacó a Arturo Alessandri y a Balmaceda. Pues bien, el Frente Popular chileno, por medio del gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, constituyó la etapa más creadora y progresista de nuestra historia contemporánea.

...¿Qué gobierno realizó más y fue más respetuoso de los derechos y garantías otorgados por la constitución que el de don Pedro Aguirre Cerda?

... He dicho y lo repito: el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, del maestro estadista, no fue un gobierno radical solamente; fue también socialista, comunista y democrático. Fue un gobierno fuerte, pero amparado por la fuerza. Fue un gobierno fuerte por la estatura moral del ciudadano Presidente de la República, por su lealtad al pueblo, a los principios y al programa que había levantado. Tenía la firmeza de lo que se afianza en la lealtad de las masas populares, que en una forma reiterada se expresó, cuando precisamente de esas bancas salió la artera conspiración del 25 de agosto.

...¡Ah, los defensores de la constitución y las leyes! ¡Ah, los demócratas! ¡Ah, cómo utilizan siempre en la desesperación de su derrota cualquier recurso y cualquier método, y son los que primero recurren a golpear las puertas de los cuarteles cuando ven amagados sus privilegios, ventajas y granjerías, su posición de clase! Pero ahí está la respuesta del pueblo, que los marcó a fuego y desbarató la traición con su sola presencia en las calles de Santiago. No fue necesario un balazo ni una violencia; no se rompió siquiera el vidrio de una casa. Con la sola movilización de las fuerzas populares se obtuvo el rendimiento incondicional de los que complotaron, empujados por otros chilenos, contra el legítimo gobierno de Pedro Aguirre Cerda.

...Kennedy, al patrocinar la Alianza para el Progreso, golpeó a la oligarquía feudal de América Latina, y señaló la necesidad de cambios y transformaciones como condición para el pleno desarrollo nacional. De ahí aprendieron algunos oligarcas a entender lo que eran el desarrollo económico, la planificación de la economía y la reforma agraria, hechos que hacía tanto tiempo nosotros estábamos señalando. Sobre esas bases, Kennedy sostuvo la necesidad de no prestar ayuda a los golpes militares que derrocaban gobiernos legítimos, expresiones de la voluntad popular. Estableció el "tanteo", vale decir, la espera por un tiempo, para ver de qué manera se desenvolvía la autoridad.

...Pero el mundo ha despertado bruscamente a una política distinta, emanada de las declaraciones, discursos y actitudes del vicepresidente de Estados Unidos, quien alcanzó la presidencia por la muerte de Kennedy: el señor Johnson.

Allende ilustró sus afirmaciones solicitando el acuerdo de la sala para la inclusión de los siguientes documentos:

Informe confidencial del ministro de Estados Unidos en Chile, señor Egan, al Departamento de Estado, del 17 de marzo de 1891:

Puedo mencionar como un asunto de particular interés, el hecho de que la revolución cuenta con la completa simpatía... y el activo apoyo de los residentes ingleses (y también alemanes) en Chile... muchas firmas inglesas han hecho liberales contribuciones al fondo revolucionario. Entre otros, es sabido que... Mr. John Thomas North ha contribuido con la suma de 100 mil libras esterlinas.

Informe confidencial de Mr. Kennedy, ministro de Gran Bretaña en Chile, al Foreign Office, de 23 de junio de 1891:

...la oposición representa las clases adineradas e inteligentes de Chile, que buscan en Gran Bretaña y Europa el dinero, los barcos, las manufacturas y toda clase de artículos; ellos tienen relaciones con los capitalistas ingleses y desean alentar la inversión extranjera de capitales en Chile, en tanto que el presidente Balmaceda se opone a los extranjeros y al capital extranjero... el triunfo de Balmaceda envolvería serios perjuicios a los intereses comerciales, industriales y financieros británicos.

En su argumentación, Allende se refirió también a la conducta de la reacción chilena respecto a Alessandri Palma, afirmando:

¿Qué dice *El Diario Ilustrado*, en su edición del 16 de junio de 1920? Oigan, señores senadores:

Al fin el país ha comprendido el peligro de la situación en que se encuentra y ha llegado a elegir un candidato a la presidencia de la República que lleva consigo la misión de destruir el marxismo, y, ese candidato, don Luis Barros Borgoño, al aceptar esa candidatura ha aceptado esa misión. Dada la situación creada para la elección del Presidente de la República, en que aparece, por una parte, el candidato proclamado por la Alianza, don Arturo Alessandri, a la cabeza de todos los elementos marxistas que existen en el país y de unos pocos señores, que sin ser bolcheviques, cayeron en la trampa de la Alianza; y por la otra parte el candidato elegido por la Unión Nacional, don Luis Barros Borgoño, a la cabeza de todos los elementos de orden que sostienen nuestro régimen social y constitucional, la batalla del 25 de junio decidirá la suerte del país, decidirá si el Lenin chileno podrá entrar a La Moneda con toda su corte de bolcheviques, para establecer el régimen marxista y hacer tabla rasa de nuestra constitución, de nuestras familias y de nuestros bienes.

¡El Lenin chileno, don Arturo Alessandri Palma...!"

La Alianza para el Progreso, como una respuesta que atenuara los efectos de la Revolución Cubana en la región, no lograba desarticular la potencialidad que manifestaban las fuerzas sociales en los diferentes rincones del continente. En ese contexto, la candidatura de 1964 constituía una amenaza real para los intereses de las clases dominantes chilenas y para los intereses de las inversiones norteamericanas en el país. Para decirlo sin eufemismos, la opción de Allende, después de su votación en 1958, con la demostración de Curicó, con la inquietud social reinante, era objetivamente un peligro para el imperialismo norteamericano. El recurso utilizado en una magnitud increíble, fue “la campaña del terror”, llevada a dimensiones colosales.

En esas circunstancias, Allende no cedió en su discurso ni en sus propuestas programáticas. Sin embargo, en la perspectiva de vitalizar la campaña, Allende acusó sí una óptica equivocada en el desarrollo de las alianzas o de los compromisos. Optimizó, por ejemplo, las posibilidades de entendimiento con sectores radicales llegando incluso a sostener entrevistas con el propio Julio Durán, quien impulsaba definitivamente la derrota de “las fuerzas castro-comunistas”.

Expresión de este enfoque de Allende fue la incorporación a la dirección de la campaña de políticos como Gregorio Amunátegui, ex senador del Partido Liberal y de otras personalidades que teniendo grandes méritos personales restaron potencia a la movilización popular, por las circunstancias históricas que se vivían en ese momento, de agudización de la lucha social. Por otra parte, tales hechos creaban fricciones al interior del partido donde se estimaba que la campaña estaba perdiendo su contenido revolucionario.

¿Por qué Allende permitió e incluso impulsó estas formas de obtención de apoyos que según algunos sectores, perjudicaban el respaldo activo popular?

Tal vez, la explicación puede encontrarse en su necesario afán de sumar y sumar fuerzas, o en un sesgo de su parlamentarismo que lo hacía buscar acuerdos de “comités”. Existía además una indudable

tendencia a valorar las posibilidades que podría tener en el “pueblo radical” su trayectoria, no sólo de libre pensador y masón sino, además, su participación en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda.

La campaña de 1964 tuvo, sin embargo, una poderosa convocatoria popular. La polarización entre las fuerzas del FRAP y la candidatura de Frei no se observó con las dimensiones reales que tendría en los resultados de las urnas. Hábilmente la alineación de las fuerzas de derecha en torno a la postulación de la DC se realizó con lo que pudiéramos llamar casi como un maquiavélico pudor. Obvio, que los dirigentes y los iniciados en la política nacional veían la magnitud de lo que urdían los estrategas del Frente Democrático, destinado a impedir de cualquier forma el triunfo del FRAP.

En el desarrollo de la campaña, tuve oportunidad de trabajar políticamente, próximo a Salomón Corbalán y a Allende. Recuerdo que una experiencia particularmente interesante para el conocimiento de dirigentes y para una visión distinta de todo el trabajo electoral, fue la tarea que me encomendaron a cargo del “tren de la victoria”, convoy que salió desde la Estación Central de Santiago, la noche del 24 de agosto con destino a Puerto Montt y con el objetivo de regresar el 30 para llegar a la concentración final. Se vivió a bordo del tren y se efectuó una intensa actividad propagandística en todas las capitales en donde se originaban grandes concentraciones y en múltiples pueblos y villorrios. Allende hablaba desde la plataforma a mujeres, hombres y niños que se agolpaban ante este tren con banderas, grandes pinturas y parlantes.

Entre algunos de los dirigentes que participaban en este viaje, figuraban Ana Eugenia Ugalde, Alejandro Ríos Valdivia, Luis Corvalán, Raúl Ampuero, Carlos Vasallo, María Maluenda, Juan de Rosa en representación de los Católicos Allendistas, representantes del Frente Cívico Militar, entidad integrada por militares en retiro que apoyaban la candidatura de Allende, etc.

En la campaña de 1958 se había realizado esta iniciativa del tren, con un gran efecto movilizador.

El tren se detuvo en pleno campo, sin que se tratara de un paradero o una estación. Fui a ver lo que ocurría. Era parte de mis deberes. Cerca de la locomotora, el maquinista observaba el riel. Llegaron, también, a saber qué pasaba Edmundo Polanco y Waldo Iriarte, ambos dirigentes máximos de los empleados y obreros ferroviarios. Conversábamos los cuatro, alegrándonos que sólo era una detención sin importancia, cuando en medio de esa mañana, plena de excepcional sol, avanzó entre las malezas un niño campesino, sorprendido por la decoración del tren. Admirándolo, dijo:

—¿Y este tren?...

—Pasa cada seis años, m'hijito... le contestó Polanco, en una típica expresión de humor socialista.

EL DIFÍCIL PERIODO PARA EL LIDERAZGO

La “talla” oportuna pero cruel de Edmundo representaba algo más que una expresión ingeniosa. Reflejaba un estado de ánimo que, de una manera u otra, se estaba generalizando en la izquierda chilena. ¿Sería posible, alguna vez, ganar las elecciones presidenciales, con el mismo candidato, con los mismos métodos? O lo que era más dramáticamente sustantivo, ¿sería posible para las fuerzas revolucionarias acceder al poder por la vía electoral?

Antes de la elección de septiembre de 1964 este era ya el punto central de la discusión, agudizada por la campaña del terror que hacía más poderosos los argumentos de inviabilidad del proyecto electoral.

La elección misma del 4 de septiembre de 1964, significó una victoria aplastante del freísmo, sin paralelo en la historia, y una “derrota” del duranismo que encubría así el vuelco de su votación al candidato de la dc. Los resultados indicaron las siguientes cifras:

Allende: 975.210 votos

Frei: 1.410.809 votos

Durán: 124.704 votos

Abstención: 12,43 por ciento

¿Qué factores se conjugaron para provocar esta victoria electoral de una fuerza política relativamente nueva?

Es indudable que si la gran mayoría de la nación chilena quería y exigía cambios, estos también la asustaban. Creyó que una victoria de Allende iba a significar un sacrificio a la libertad. La llamada campaña del terror objetivamente funcionó, porque, además de su eficiencia psico-publicitaria contó con factores del exterior que influirían en su reforzamiento. La caída de Goulart en Brasil, el aislamiento

diplomático y comercial con que se castigaba a Cuba, el desarrollo de provocaciones en Palena y un eventual triunfo de Goldwater en las elecciones norteamericanas, fueron factores que actuaron como paralizantes para impedir que la simpatía por el programa del FRAP, se expresara concretamente en adhesión electoral.

Allende, a partir de esa campaña electoral de 1964, vivió en el filo de la navaja de su destino político.

Atribuir al “naranjazo” el resultado de la candidatura del FRAP es ingenuo. Si no hubiese existido ese episodio, no habría faltado el necesario para provocar el efecto deseado por la derecha y el Departamento de Estado norteamericano.

Un reformista y un revolucionario –amigos– fueron la expresión de la voluntad de cambio existente en el país: Frei y Allende.

Ambos, como políticos, excedían con creces el escenario de sus propios partidos. Tenían, los dos, pasado provinciano, trabajo ministerial y parlamentario. Uno venía de la Juventud Conservadora. El otro del grupo Avance. Correspondían a los perfiles de políticos que concitaban adhesión entusiasta en medios juveniles e intelectuales.

En 1964, Allende y Frei eran los grandes contestatarios al régimen capitalista en Chile.

Tribunos ambos, impactaban a las masas con lenguajes, estilos y contenidos diferentes.

Frei, en su oratoria, estaba más cerca del aula universitaria. Allende era un didacta de masas, reiterativo y apasionado.

Frei era consistente pero cauto. Allende incisivo pero efectista.

Ambos disfrutaban de la tribuna, uno paladeando el placer de la exposición, el otro el sabor de la construcción de un poder.

Siluetas y personalidades distintas, cautivaban con programas diferentes pero eran expresión de una voluntad mayoritaria aplastante, anticapitalista y revolucionaria.

Paradójicamente, Frei era presidente en 1964 a causa del miedo que causaba la elección de Allende. Y a pesar de Frei, con el apoyo

parlamentario demócrata cristiano, en 1970, Allende fue ratificado en el Congreso Pleno.

¿Existía objetivamente en el Chile de 1964 esa coincidencia de las fuerzas políticas y sociales?

Los proyectos políticos del FRAP y de la DC expresaban esa sentida aspiración de cambio de la sociedad chilena.

La DC, fundada en 1957, en su declaración de principios había señalado la estructuración de una sociedad cristiana inspirada en un régimen democrático, un orden igualitario y una economía humana.

El proyecto político de la DC se exteriorizó en la definición de la revolución en libertad. La DC asume como finalidad histórica la realización de la sociedad comunitaria. La revolución en libertad iba a ser la forma para alcanzar dicho tipo de sociedad.

La revolución en libertad sería un proceso democrático para abolir las viejas formas sociales del capitalismo. Ella sería conducida por el partido, con la participación del pueblo y ejecutada por el gobierno.

Frei iniciaría –según ese proyecto– el proceso destinado a establecer la sociedad comunitaria, la que se entendía como la sociedad de trabajadores donde los medios de producción que requieren del trabajo colectivo pertenecen a la comunidad nacional o a las comunidades de trabajadores.

Esta vía de desarrollo no capitalista exigiría, obviamente, transformaciones insoslayables tales como la planificación democrática de la vida económico social, modificaciones en las formas de producción, reforma agraria, adecuación de las estructuras del Estado a dicho proceso, etc.

Si revisamos las bases programáticas de lo que significaba la candidatura de Eduardo Frei en 1964 y las comparamos con los planteamientos del FRAP que lideraba Allende, por lo menos tenemos que concluir que la nación chilena –en su mayoría aplastante– anhelaba las transformaciones que la realidad y hasta una elemental justicia estaban exigiendo.

Aunque no corresponda a los objetivos ni alcances de estas líneas, es innegable que no se puede evitar una reflexión sobre la situación nacional en que se inserta el proyecto de la DC como la situación general que vivía el continente.

El sistema capitalista chileno había experimentado los embates más severos por quienes, mayoritariamente, aspiraban a una nueva sociedad, ya fuese comunitaria o socialista.

Sin embargo, los acontecimientos en Cuba y el resto de la región definían poderosamente la naturaleza que debiera tener el orden a instaurar. Esto ocurría al margen de la voluntad de comunistas o de cubanos, de socialistas chilenos o de demócrata cristianos. Ello estaba ocurriendo así por la aceleración que el gobierno y el sistema norteamericano impuso al proceso cubano. La Revolución Cubana había nacido contra una tiranía y, a partir de 1962, debió por sobrevivencia y dignidad nacional asumir el socialismo.

Los efectos de la derrota del 64 al interior del partido se asociaron inmediatamente con el mayor o menor grado de radicalización que había tenido la campaña. El debate existente con anterioridad a las elecciones sobre las formas de lucha, desató, de manera generalizada en la izquierda chilena, no sólo la reactivación de la discusión sino, además, un estado de ánimo de absoluto escepticismo respecto a las perspectivas electorales de los partidos de izquierda.

Ampuero, con anterioridad a las elecciones había expresado:

El FRAP, en cambio, no promueve los cambios en nombre de una filosofía. Une al pueblo bajo las banderas de un programa concreto de transformación social. La definición marxista de algunos de sus partidos, lejos de constituir un dogma de aceptación forzosa, es un instrumento científico de análisis y orientación para quienes, libremente, se adhieran a sus concepciones.

La propia gestación de las candidaturas de Allende y Frei son una clara exposición de métodos distintos. El primero, democráticamente escogido en una amplia convención popular; el segundo, proclamado unilateralmente por la dirección nacional de su partido, sin consultar con nadie, ni siquiera con sus aliados. Mientras el FRAP proclama sus propósitos de conformar un

gobierno multipartidista, la Democracia Cristiana se esmera en lograr un control exclusivo y excluyente del poder.

La DC, en el gobierno, arrasó en las elecciones parlamentarias de 1965. En el panorama de los partidos políticos, a la luz de los resultados, socialistas y comunistas conservaron más o menos su cuota, mientras los partidos tradicionales demostraron una evidente tendencia "a la baja" en apropiado lenguaje de los intereses que representaban.

Sin embargo, el partido capeó el temporal electoral. Es innegable que la defensa de esa situación parlamentaria del partido, influyó de manera significativa en el efecto de la imagen de Allende en la campaña de 1964. Cualquier objeción en ese aspecto objetivo de los resultados, es magnificar erradamente la influencia efectiva del partido en la masa. Así, por ejemplo, lo indica la elección de Laura Allende como diputada de Santiago.

Ella vivió y entendió las cosas, exigida por su consecuencia invariable. Ese es, tal vez, el signo moral que más define su carisma y otorga mayor fuerza y altura a su calidad de militante y dirigente.

Recordar su trayectoria, es una continua reafirmación de esa consecuencia ejemplar y es observar el notable proceso cualitativo en la formación de una revolucionaria.

No asume Laura Allende su compromiso por un imperativo de clase; no. O por una relevación súbita o por una espectacular aprehensión intelectual o por rebeldía de adolescente. No.

Ya adulta, en el curso de las elecciones de 1958, inicia su quehacer público.

En la secuencia ininterrumpida de mínimos combates en el marco de la lucha de clases, en la sumatoria pertinaz de acciones y vivencias diarias se va gestando la gran toma de conciencia política de Laura Allende.

En efecto, fue en la década de 1960. Dinamizada la realidad chilena por contradicciones insalvables de estructuras estremecidas y añejas, fracasados los proyectos reformistas, nuestro país vivía, como

el resto del continente, intensas horas de su historia. Cuba era ya gloriosa realidad. El anhelo de sembrar detonantes para dar paso al socialismo apremiaba a nuestros pueblos. Se fundaba OLAS en el continente y se inmolvaba en Bolivia al inmortal "Che".

El cuestionamiento al sistema de Chile surgía, no sólo en su clase obrera, que expresaba el proyecto político fundamental cimentado en la unidad socialista comunista, sino que, además, en distintos ámbitos, en diferentes formas, el debate, la actividad y la lucha caracterizaban significativamente esos momentos. Los procesos de reforma universitaria, Rodrigo Ambrosio y la denuncia al reformismo, la lucha de los campesinos con las tomas de fundos como Los Cristales y San Esteban, Miguel, Luciano, Andrés, Bautista, protagonistas de las acciones del MTR, la huelga de la Universidad Católica, la significativa definición de los radicales bajo la presidencia de Morales Abarzúa, la toma de la Catedral y de los Tribunales de Justicia, son algunos de los rasgos que fisonomizan el escenario político y social de esa década.

Y en ese marco es en el que emerge como parlamentaria socialista Laura Allende. Y al hacerlo trasciende la ya muy honrosa condición de hermana de quien era en ese instante líder de la izquierda y hoy símbolo universal: Salvador Allende.

Pero, ¿por qué no decirlo? Hubo quienes creyeron que con ella llegaba al Parlamento sólo una hermosa figura decorativa. ¡Cuán profundamente equivocados estaban! Mujer de espíritu cristalino y juvenil. Laura poseía una voluntad vigorosa y tenaz. Enternece la franqueza con que explicaba su experiencia y su deseo superior de aprender. ¡Cuántas veces recién elegida parlamentaria requirió respuestas ante nuestro Comité Central y ante la estimación de éste, a veces, de que aquellas interrogantes parecían muy obvias, ella no silenciaba su inquietud!

—“Pero, yo quiero saber” —exclamaba.

Y cuantas veces, también, las exposiciones más profundas fueron destruidas por el comentario certero y lúcido de una Laura Allende que no confundía al enemigo principal, ni olvidaba como prioridad los intereses de los trabajadores.

Así se va templando y, así, cuando los pobladores embanderaban las sombras en el legítimo asalto nocturno por el propio techo que el sistema les negaba, Laura era la activista diligente, de abnegación sin límites, involucrada vitalmente con la defensa de los explotados. ¡Cómo adquiere resistencia por siempre en el corazón de sus pobladores!

¿Cómo no recordar esa imagen difundida por la prensa de la época en que Laura Allende, solitaria y tranquila, vertical y bella, enfrenta y detiene un carro policial represivo?

La hermosa relación fraternal con quien era Presidente de la República no incide en su extraordinaria victoria cuando obtiene la más alta mayoría individual en las elecciones parlamentarias de 1973. Su actividad, sus valores y su lucha la hacen acreedora merecidamente a tal calidad. Enemiga del burocratismo, sencilla y directa, contraria a elitismo y frivolidades, con su silueta popular y querida en las poblaciones, con su sentido natural y lozano de comunicación, es la auténtica consentida de un pueblo que la ama. Pero ella sufría. Minada definitivamente por un mal incurable, conoce su pronóstico y enfrenta la realidad, sobreponiéndose. ¡Con cuánto sacrificio supera sus dolores físicos! Vive, luego, el drama de nuestra patria, con dignidad, coraje y con una voluntad de combate ejemplar. Su paso por las calles de Santiago después del genocidio de septiembre era un desafío moral imposible para la mal llamada seguridad del Estado por parte de los usurpadores. La martirizan. Ella en el propio campo de concentración contesta organizando a sus compañeras y hostilizando a la dictadura.

Cuando se consuma contra Laura la deportación, todo su quehacer y su pasión en el extranjero se centran en el objetivo de regresar a la patria. Nada se escapa a su imaginación en su afán por factibilizar su propósito. Recurre a todas las instancias, apela desgarradoramente por el derecho, incluso, de morir en “la patria que necesita”.

Pero, además, no se da descanso para combatir a Pinochet y su régimen. Contraria a los verbalismos, reclama que no perdamos de vista al verdadero enemigo, que concitemos todos nuestros esfuerzos en emplear todas las formas de lucha, que trabajemos sin sectarismos, resueltamente, por crear condiciones para la unidad de los socialistas y de la izquierda chilena, que seamos honestamente autocríticos, que estemos dispuestos a enfrentar la realidad sólo bajo la superior necesidad histórica del pueblo de Chile.

En el lenguaje de Benedetti, Cuba es la patria suplente de Laura Allende. Cuba le entrega toda su generosa solidaridad y ella ama su revolución y defiende, con todas sus fuerzas morales, la tierra socialista de Martí. Así lo evidencia, en trascendental carta solidaria a Fidel, en una de las tantas conjuras contra la isla heroica.

Ella ataca y acusa sin vacilaciones, donde es posible, al imperialismo, brindando su más resuelto apoyo a los movimientos de liberación nacional; no existe causa justa que no tenga en Laura una apasionada defensora. Ya

sea por Vietnam, o por la independencia de Puerto Rico. Alborozada, celebra la victoria de Angola y participa en el Primer Congreso del EMPLEA; es implacable contra las dictaduras de Argentina y de Uruguay y, a la dramática diáspora latinoamericana, brinda su permanente cooperación. Leal sin ambigüedades con el campo socialista, en el último tiempo no escatima esfuerzos en su preocupación y solidaridad por la lucha del pueblo salvadoreño.

Como siempre, subordinó su proyecto de vida personal a la lucha por la liberación de Chile; enfrentará también de manera heroica y trágica el último acto de su existencia.

Es cierto, ya sea desde una concepción cristiana de la vida o desde una concepción marxista leninista de la lucha, es cierto que siempre será controvertida o disenterá de cualquier decisión personal de renunciar a la vida.

Sin embargo, pensamos que Laura Allende no renunció a ella. Transformó su muerte inminente en otro patético “yo acuso” de nuestro tiempo. No hay, en ella, una actitud meramente autodestructiva. Es su última acción política. Conmueve al mundo, para que esta humanidad siga repudiando la tiranía imperante en Chile, para que acentúe la movilización universal en pro del legítimo derecho al retorno de los exiliados, para que la conciencia de los pueblos registre, una vez más, la crueldad de un poder autocrático, intrínsecamente inhumano.

¡Y cómo nos obliga principalmente a nosotros la última acción política de Laura Allende! ¡Cómo nos exige reafirmación, autenticidad, voluntad unitaria, autocrítica, conciencia realista de nuestro exilio en sus dimensiones de tiempo, distancia y castigo! Más allá de la gratitud profunda a todos los países que nos han acogido, la magnitud del compromiso de Laura exige la renovación del compromiso personal de cada uno de nosotros. No para transferir nuestras cicatrices ni nuestras penitencias, no para una proyección mortificante de nuestra condición, sino para la búsqueda creadora, para el trabajo y la construcción de la victoria.¹²

Sin embargo, el mérito de un activismo real durante la campaña electoral correspondió también a las expectativas de una aspiración nacional de cambio que no se veía venir, salvo por el desarrollo de

12 Pasajes de la intervención del autor en homenaje póstumo rendido a Laura Allende, en Ciudad de México.

una potencialidad revolucionaria efectiva, que el partido impulsó con el trabajo de masas de campesinos, de pobladores y estudiantes. La actitud de desconfianza a la revolución en libertad, por parte de los socialistas, se había expresado en declarar su negación “del pan y la sal al gobierno de Frei”.

Tal afirmación se ha usado para atribuir al socialismo chileno una obstinación politiquera contra Frei. Nunca la conducta opositora tuvo la terquedad de atentar contra aquellos postulados que el partido consideraba justos y que correspondían a reivindicaciones legítimas y sentidas por los trabajadores. Tal es el caso de la Reforma Agraria, en cuya promulgación fue reconocida la labor del partido y, particularmente, de Salomón Corbalán.

La situación de Allende al interior del partido, en esa época, estaba seriamente complicada. La atmósfera general de ideologismos y todos los rasgos generales que caracterizaban las condiciones imperantes en el país habían —obviamente— generado una intensa disputa al interior del partido. Allende, en esas circunstancias aparecía como el símbolo de las fórmulas electoreras, como la expresión de una práctica socialista trasnochada.

En la propia campaña electoral del 65, en el marco de la candidatura a senador de Carlos Altamirano Orrego, se desarrolló la voluntad de una “nueva izquierda”. La adhesión militante a la Revolución Cubana y a la continentalización de una lucha que permitiera liberar a los partidos de izquierda del espejismo permanente de los progresos de los porcentajes, a que estábamos acostumbrados, derrotada tras derrota —“hemos avanzado en un 3,7 por ciento de las elecciones últimas”—. Existía una actitud de búsqueda resuelta de formas revolucionarias de acceso al poder.

Sin una charlatanería típica de quienes creen que si se callan los van a tomar por idiotas, Altamirano muestra una agudeza analítica rápida, de síntesis brutales, de hombre de estudio, con una extraña aleación de tipo de pensamiento largo y alto que no logra abatir formas de obsecuencia a pasiones de admiraciones profundas y de odios insuperables.

Lo conocí en circunstancias extrañas, en tiempos del gobierno de Ibáñez. Como dirigente regional del partido asistí a un pleno en que hubo duros ataques a algunos camaradas que aún permanecían en sus cargos, pese a que estábamos en la oposición. Entre los más vapuleados figuró el nombre de Altamirano –al que yo vinculaba más con el atletismo– por sus funciones de alta responsabilidad en el Banco Central, como ahí se dijo. Ausente Altamirano, exigió una reunión del central que se efectuó encontrándome aún en Santiago. Concurrí y pude ver a este abogado de su propia causa cómo demolía a su detractor. En medio de la discusión que dirigió Corbalán como un verdadero Salomón, disfrutamos todos de una dialéctica arrolladora. El hecho objetivo –para evitar ambigüedades– era que cumplía dichas funciones no sólo con autorización expresa de la dirección del partido sino, además, por reiterado requerimiento de éste. Pero a pesar de mi provincianismo, entendí que la discusión tenía trasfondos de antipatías muy arraigadas por, bueno, ¿qué importa a estas alturas del partido...!

Cuando es candidato a diputado por Valdivia el año 1961 iniciamos un intercambio mayor porque yo ese mismo año lo fui por Osorno.

Compañeros en innumerables jornadas internas del partido, coincidentes y aliados en diferentes ocasiones, durante el exilio nos alejamos políticamente.

Altamirano fue un hombre profundamente odiado por la derecha. Contestatario por vocación, buscador incansable de respuestas, se ve con frecuencia atrapado en vacilaciones en el honesto afán de ser eficaz al proyecto o al diseño coyuntural que le parece mejor. Esta ambivalencia continua incentiva su notable capacidad de reflexión, pero lo transforma en un constante atormentado, de una generosa voluntad para superarse con un riesgo de megalomanía.

Implacable adversario de Jorge Alessandri, admirador de la frialdad y sarcronería de Ibáñez, no logró liberarse en el trabajo partidario de las prácticas de cúpula, en circunstancias que poseía carisma y coraje para una base popular que tenía una profunda confianza en él pero que, difícilmente, pudo seguirle el ritmo de una europeización política, ajena a la realidad de la contingencia chilena pero legítima en la inquietud de un intelectual como Altamirano.

Sin embargo, asumir el propósito de hacer un perfil de Carlos Altamirano nos obliga a evocar a Goethe cuando afirma: “En vano nos esforzaremos por

describir aisladamente el carácter de un hombre; en cambio, reuniendo sus actos, se nos aparece una imagen del carácter”.

Sin embargo, pese a la forma en que se enfrentó esa campaña –o tal vez por lo mismo– Altamirano salió elegido por azar: el hecho fortuito de que la DC sólo llevase tres candidatos a senador, porque su votación le hubiera permitido elegir un cuarto. Tal circunstancia permitió, finalmente, contar al partido y al país con un senador de gran capacidad.

Recuerdo que la noche de la elección estábamos, en el departamento de Carlos, un grupo reducido de quienes habíamos trabajado especialmente por su candidatura. Existía un profundo desaliento. Las cifras eran aplastantes. No se veía por dónde podía lograr un quinto lugar. En ese momento, como a las doce de la noche, llegó Allende. Tranquilo, satisfecho, de entrada nos dijo:

–“¿Qué hacen aquí...? Tú, Carlos, estás elegido, pero deben ir inmediatamente a la Intendencia a pelear voto por voto. Denme algo que comer que no he probado bocado...”.

Con una seguridad pasmosa, explicó las perspectivas existentes en las tendencias de los resultados e insistió en la necesidad de instalarse en la Intendencia de Santiago para atender lo que él consideraba la inminente pérdida de un candidato radical y la elección, por lo tanto, de Altamirano.

Con el propio Carlos, partimos a las oficinas de la Intendencia a instalarnos junto a Jaime Faivovich, con quien estuvimos hasta las seis de la mañana, cuando ya era un hecho irrefutable la elección de Carlos. No se puede afirmar que haya sido una celebración muy efusiva. Los tres nos despedimos cansados pero contentos por el espacio que la posición más revolucionaria del partido había ganado en el Senado.

Las parlamentarias del año 1965 no apaciguaron el intenso debate interno sobre la conducción de la lucha social. Los efectos de la derrota del 64, la situación que se vivía en el resto del continente, la forma del ejercicio del poder por parte de la democracia cristia-

na, etc., generaban polémicas y diferencias que hicieron pensar a muchos que el partido no lograría enfrentar unido la realización de su XXI Congreso General Ordinario. No obstante la cantidad de tensiones previas, la realización del congreso se efectuó en Linares en junio de ese año.

El informe de Raúl Ampuero y la manifestación de su voluntad de que no iba a postular a la reelección otorgaron, desde el comienzo del congreso, una nota de singular expectación.

En aquel congreso nadie hubiera apostado un peso por una eventual futura candidatura de Allende. Tal vez, salvo el propio Allende, todos los demás habrían coincidido en eso.

En una plenaria, por ejemplo, durante una intervención de Allende, fue interrumpido por Raúl Ampuero, quien con el brillo y la agudeza que exhibió siempre en los torneos partidarios –aún más que en el Parlamento– le recriminó su actuación en la campaña de 1964 y específicamente, que se había entrevistado con Julio Durán.

–“¿Quién? ¿Yo? ... expresaba Salvador, desconcertado, como sorprendido en falta, ante un congreso que con crueldad disfrutaba de ese muy mal instante del líder.

En ese congreso, paradójicamente, en que todos sus indescribibles y apasionantes condimentos podrían hacer concluir que iba a ser el fin político de Allende, éste, sin ser vencedor, tampoco fue derrotado.

Distintos sectores se potenciaron al interior del congreso. Sería una injusticia o un error afirmar que se produce sólo una santa alianza contra Ampuero. Pero, es evidente que quedaron planteadas condiciones que hacían prever una áspera lucha interna y cuyos síntomas –expresados ya en el congreso– conducirían a la crisis de 1967.

Existía una voluntad de renovación en el mandato de los 235 delegados, como lo explica Jobet (ver *Historia del ps de Chile*, de Julio César Jobet). Concurren factores de crítica a los dirigentes más leales a Ampuero, apremios por resolver los problemas de la toma del po-

der y las vías y el desarrollo de un pensamiento muy impactado por el proceso revolucionario cubano.

A la Secretaría General del partido postularon dos camaradas de importante trayectoria en la vida del partido. Mario Garay, lúcido y honesto dirigente de gran formación teórica, que había respaldado con toda su capacidad a Raúl Ampuero y contaba con el apoyo de todos los militantes más próximos a Raúl. El otro postulante y elegido secretario general fue Aniceto Rodríguez Arenas.

Aniceto es el prototipo del político de masas chileno de mediados de este siglo. Más correctamente es un ejemplar de socialista y un cuadro formado en el partido y en la lucha social. Diputado a fines del cuarenta, se transforma en silueta popular en batallas callejeras y parlamentarias. El Cheto, con su chilenidad de colocolino, de amigo de sus amigos, de expresión agresiva en la pelea constante por las reivindicaciones de los trabajadores, generó adhesión y cariño en los sectores postergados.

En el Parlamento se distinguió por una dedicación real y efectiva a las provincias que representaba y, ese combativo dirigente extremadamente categórico en sus afirmaciones partidistas, fue como diputado y después como senador, de cordial amplitud para atender los requerimientos de cualquier sector.

Como jefe del partido acuñó la frase que aún se recuerda en diferentes ocasiones: “¡El ps no tiene vaticanos ideológicos!” De carácter áspero, incapaz de disimular sus reacciones, sus molestias, adquirió al interior del partido y en las fuerzas aliadas un prestigio de organizador pero también de hombre de mal genio. Me tocó trabajar estrechamente con él en la campaña de Naranjo, de la cual Aniceto era generalísimo.

En una oportunidad, íbamos caminando con él por las calles de Curicó, al mediodía, a pocos días de la elección, cuando vimos pasar, lentamente, un automóvil de cuyo parlante se emitían frases como estas:

–“... ¡Festival de bofetadas! ¡No se las pierda! ¡Serán peleas del UNO; sí, del UNO, como el Dr. Naranjo! No olvide, las mejores peleas de la temporada, pero tampoco olvide votar por Naranjo...!”

Aniceto reaccionó indignado; se acercó al auto y le dijo al compañero que perifoneaba:

—Pero, ¿qué significa esto, compañero! ¡Cómo hace la propaganda! ¡Qué tienen que ver las peleas... Vuelva al comando...!

—¿Qué comando?... yo no tengo nada que ver con comandos... Yo estoy contratado por la Asociación de Boxeo para la velada del fin de semana y bueno, aprovecho de pasarle mis avisos al doctor porque es mi candidato...

Hombre generoso, querendón, Aniceto, con un profundo sentido de pater famili, apasionado en los debates y en la lucha política por su actitud franca, auténtica, originaba extrañas confusiones en una derecha chilena acostumbrada a estereotipos que ellos mismos han querido imponer. Eugenio González contaba que en una oportunidad, después de una elocuente intervención de Aniceto en el Senado, Gregorio Amunátegui se le había acercado y le había dicho:

—Mire Eugenio, hombre, este Aniceto se las trae... tiene hasta manejo de reglamentos...

—Pero cómo no —le habría contestado Eugenio González— si Aniceto es hombre con estudios en Derecho, en la Chile...

—Entonces no es ninguna gracia —comentó Amunátegui—, decepcionado.

Cuando asumí como senador en 1973 y fui —pese a que no tenía ninguna experiencia parlamentaria— designado “comité” (jefe de bancada, en el lenguaje actual) tuve en Aniceto Rodríguez al compañero leal y oportuno en sus consejos para el trabajo en comisiones y en la sala.

Con anterioridad a eso, las distintas y a veces conflictivas formas de nuestras luchas internas nos hicieron en más de una ocasión estar en profundos desacuerdos. Nada puede opacar el reconocimiento al gran dirigente partidario que fue Aniceto en periodos duros de la existencia de la organización.

Las resoluciones políticas del Congreso de Linares entregaron una línea consecuente al largo proceso de gestación de un pensamiento político singular y latinoamericanista. Casi siempre se tiende a afirmar que la dureza del partido y sus planteamientos más radicalizados sólo fuesen obra del Congreso de Chillán (1967).

En Linares, la tesis política fue sustentada por Adonis Sepúlveda quien, a partir de ese instante, ejerce una objetiva e importante influencia en la conducción del partido.

En las resoluciones políticas del XXI Congreso General se reitera, en el plano nacional, la línea de Frente de Trabajadores. En ese marco se señaló:

2. Esta política ha tenido su primera expresión orgánica en el FRAP, instrumento de unidad política de los trabajadores, que ha permitido su desarrollo y la incorporación a la lucha social de vastos sectores populares.

No obstante que los objetivos del FRAP comprenden la conquista del poder político para desplazar de él a la clase explotadora del país, la conducción de la lucha, llevada exclusivamente por la vía de la institucionalidad, significó crear falsas ilusiones con respecto a la forma de llegar al poder e impidió, por una etapa, la liquidación del régimen imperante.

Como consecuencia, el 4 de septiembre la DC logró su victoria, aliada a los sectores reaccionarios del país y de la reacción internacional.

En el plano internacional se reafirma, en el marco del internacionalismo proletario, la solidaridad combativa del socialismo chileno, ratificando lo que la resolución de política internacional considera “...nuestra inalterable posición de defensa y solidaridad con el gobierno y pueblo cubano. Exigir, del gobierno demócrata cristiano, la reanudación de las relaciones comerciales y diplomáticas con el país hermano y movilizar a las masas chilenas contra los intentos del imperialismo norteamericano de derrotar a la primera revolución socialista de América Latina”.

Era un rezago ideológico plantearse otros objetivos revolucionarios, en América Latina, que no fuesen los objetivos socialistas.

La metodología revolucionaria, por otra parte, se expresó en la formulación de guerra de guerrillas, modalidad que correspondió a una deformada práctica del pensamiento de hombres como Ernesto “Che” Guevara y del propio Fidel. Me refiero concretamente a la teoría del foco que originó interminables debates.

La década del sesenta está signada por el “Che”. Cada vértebra de los Andes inscribió su paso y proyectó, con fuerza, el impacto de su vida legendaria en el continente. Defensor de Arbenz en Guatemala, residente en México, expedicionario del “Granma”, comandante de

un ejército rebelde y vencedor, este militante revolucionario latinoamericano, que combate el anticolonialismo en África, reaparece en Bolivia al mando de un proyecto continental para desarrollar la guerra revolucionaria del pueblo. “La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es decir, una lucha de masas. Pretender hacer la guerra de guerrillas sin apoyo de la vanguardia combatiente del pueblo...” (*Guerra de guerrillas, un método*).

Allende conoció al “Che” y es indudable que este ejerció una gran influencia moral en la personalidad del líder chileno. Además de la frecuente cita que Allende hará de su encuentro con el “Che” en la conferencia de Punta del Este donde le obsequiara *Guerra de guerrillas* con la conocida dedicatoria (“A Salvador Allende, que, por otros medios, trata de obtener lo mismo. Afectuosamente: Che”); el revolucionario le entregó una fotografía con dedicatoria para Carmen Paz, Beatriz e Isabel.

¿El diálogo de Allende con el “Che”, simboliza las opciones de los pueblos de América Latina en esa década del sesenta?

Como un hecho significativo de la valoración que se ha otorgado a la representatividad de ambas figuras continentales –Allende y el “Che”– vivimos la experiencia de conocer en Moscú una obra de teatro sobre estos acontecimientos y sobre el debate implícito en ellos. La obra, del dramaturgo soviético Nicolai Chichkov, se titula *Diálogo inconcluso*.

La trama teatral está dada en una serie de niveles de diálogos, siendo el fundamental el que se desarrolla entre Allende y el “Che” en diferentes instantes de la vida del presidente. El primero, obviamente, ocurre en Punta del Este y los otros son entrevistas de ambos en el marco de la situación chilena, ante los problemas que debe enfrentar Allende en su esfuerzo por materializar la vía chilena al socialismo. Por otra parte, en el transcurso de la obra se constata la discusión política entre las soluciones que el MIR sugiere al presidente, en contradicción con los planteamientos de la Unidad Popular, especialmente del pc. Era notable cómo el público soviético se identificaba con los planteamientos del actor que representaba al mirista.

En octubre de 1967, los acontecimientos en Bolivia conmovieron al mundo. Había caído el “Che”.

Allende, además de los homenajes que le rindió en plazas y calles de Chile, dijo de él en el Senado:

...Así llega a ser el comandante Ernesto “Che” Guevara. Pero no sólo es guerrillero: es estratega. Su experiencia y su concepción táctica –que pueden o no compartirse– están volcadas en el libro *Guerra de guerrillas*, difundido en todas partes del mundo y analizado y discutido por los estados mayores de los ejércitos de la burguesía y por las fuerzas revolucionarias.

...Para mí este libro, que tengo a la mano, ofrece, además, en lo personal un entrañable valor. El ejemplar que poseo trae estampada la siguiente dedicatoria:

“A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo”.

...Vale decir, era un hombre que comprendía la realidad de otros países y sabía que cada pueblo, cada nación, tiene su idiosincrasia, su historia, su propia realidad, y que dentro de esta realidad, historia y tradición los sectores revolucionarios deben imponer la táctica y la estrategia que se avenga con la situación de que se trate.

...Este libro también muestra el espíritu carente de sectarismo de Guevara y su amplitud frente al pensamiento revolucionario de otros hombres en otros países.

...Tengo a mi alcance los relatos de la guerra revolucionaria. En cada uno de los capítulos se narran distintos momentos de las luchas y se demuestra, al mismo tiempo, el sentido de compañerismo, lealtad y abnegación que tienen los hombres revolucionarios y cómo es su hermandad en el dolor y en la esperanza de una victoria no sólo para Cuba sino, también, para Latinoamérica.

El comandante Guevara, físicamente muerto, es el símbolo de la expresión rebelde y consciente de millones de hombres, no sólo de este continente, sino del mundo entero.

Guevara se incorpora como hombre legendario y visionario a la historia de la lucha de nuestros pueblos. No tendrá sólo un monumento que perpetúe su recuerdo, sino miles de monumentos erigidos en la conciencia de cada uno de nosotros y en nuestros corazones agradecidos.

Nadie podrá extirpar la voluntad de lucha de los pueblos ni el recuerdo de un hombre que supo encarnar la expresión superior de un revolucionario, consecuente con sus ideas, que nos ha legado el ejemplo moral de su actitud y de renunciamiento a todo, superándolo todo, para hacer posible que

en el corazón de América se organice más fuerte y más firme la revolución liberadora.

...Nosotros, como organizadores de OLAS, debemos reconocer –nos duele decirlo– que, en los momentos duros de la lucha de Guevara, no se hizo presente la respuesta de nuestro pueblo. Una vez más, se comprueba la existencia de una estrategia continental y mundial del imperialismo y el Pentágono contra las fuerzas de liberación, y que la respuesta de los pueblos, también, debe alcanzar la misma dimensión. Debemos concluir que en los países donde la infamia es gobierno, no queda a los pueblos otra vía que la lucha armada, en cualquiera de sus formas.

La gesta del “Che” impactó profundamente a amplios sectores de la sociedad chilena. Las manifestaciones culturales, de variada índole, no pudieron restarse a su influencia política y moral. Allende, sin duda, fue particularmente sensible a su ejemplo de consecuencia.

En la comuna de San Miguel, territorio legendario para el socialismo chileno, Tito Palestro, como alcalde, erigió un monumento a Guevara.

En un acto masivo impresionante, en el año 1971, el pueblo de la comuna de San Miguel recibió a Fidel Castro, a los pies de la estatua del “Che”.

En esa oportunidad le escuché a Fidel uno de los discursos más bellos de toda su gira a Chile:

El “Che” era un hombre de infinita confianza y fe en el hombre. Era un ejemplo. Su estilo era el ejemplo, dar el ejemplo. Hombre de gran espíritu de sacrificio, un verdadero carácter espartano, capaz de privarse de cualquier cosa, seguía la política del ejemplo.

Podemos decir que su vida fue todo un ejemplo en todos los órdenes. Hombre de una integridad moral absoluta, de una firmeza de principios inquebrantable y un revolucionario integral que miraba hacia el mañana, hacia el hombre del mañana, que miraba hacia la humanidad del futuro, y que, por encima de todo, resaltaba los valores humanos, los valores morales del hombre, que por encima de todo predicaba el desinterés, el renunciamiento, la abnegación.

Ninguna de las palabras que aquí se digan implican la menor exageración,

implican la menor apología. Expresan sencillamente cómo era el hombre que nosotros conocimos.

Aquí está su monumento, aquí está su figura tal como la vio el artista. Pero es imposible que los monumentos puedan dar idea integral del hombre. Del “Che” quedaron sus escritos, sus narraciones, sus discursos. Del “Che” queda el recuerdo de los que lo conocieron. Y nosotros hemos visto con cuánto orgullo muchas de nuestras fábricas, los trabajadores de muchas de nuestras fábricas recuerdan el día en que el “Che” los visitó, el lugar donde el “Che” realizó un trabajo voluntario.

No hace muchos días, en una gran industria textil que nosotros estábamos visitando, cuyas máquinas se estaban renovando –íbamos en compañía de un ilustre visitante extranjero–, los obreros nos llevaron al taller donde conservaban como reliquia los telares donde el “Che” realizó trabajos voluntarios. Las minas que él visitó, los lugares donde departió con los obreros y trabajó, son otros tantos monumentos a su memoria que nuestros obreros conservan con extraordinario cariño.

Pero el “comandante” no vivió para la historia, es decir, no vivió por los honores, por las glorias. Como todo verdadero revolucionario, como todo profundo revolucionario, conocía aquello que dijo aquel hombre extraordinario, aquel gran patriota que también ustedes han honrado aquí, José Martí, cuando dijo que “toda gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

Los revolucionarios no luchan por honores ni por glorias, ni para ocupar lugares en la historia. El “Che” ocupó, ocupa y ocupará un gran lugar en la historia, porque no le importaba eso, porque estuvo dispuesto a morir desde el primer combate, porque tuvo siempre un absoluto desinterés. Y, de tal manera convirtió su vida en una epopeya, que nosotros decimos a nuestro pueblo –y lo dijimos; y es un pensamiento, es una divisa–: si queremos expresar cómo queremos que sean nuestros hijos, queremos que sean como el “Che”. Y no hay familia cubana, no hay padre cubano, no hay niño cubano que no tenga al “Che” como modelo de su vida.

Y nosotros, que lo conocimos, nosotros que tuvimos ese inmenso privilegio, podemos decir que si en el mundo de hoy se busca un ejemplo, en este mundo contemporáneo, en este mundo nuevo, en este mundo que escribe su actual historia, historia nueva de la humanidad; en este mundo que busca construir una sociedad humana, una comunidad humana superior, que enfrenta complejísimo problemas, arduas y duras luchas, cuando piensa en las condiciones que se requieren para eso, es por ello que nuestro pue-

blo, nuestro país ha tomado para sus niños ese modelo. Y creemos que constituye un extraordinario valor.

¡Y qué formidable cosa sería si lográramos traducir esa realidad en las generaciones venideras y en el futuro tengamos generaciones como el “Che”! (28 de noviembre, 1971).

Sin embargo, lo más impresionante para mí fue el comentario posterior de Fidel. Subió al auto, donde lo acompañábamos con el general Maglioquetti y mantuvo un largo silencio que, obviamente respetamos, en la impresión de que la carga emocional del homenaje lo había conmovido. Eso era real, pero lo que más impactó fue que la escultura del “Che” –fusil empuñado sobre su cabeza y con expresión de combatiente– no correspondía, en nada, a su juicio, al verdadero “Che”, humanista y distante de la silueta agresiva que proyectaba esa figura. Efectivamente, la pasión por exaltar el heroísmo del “Che” provocó un deformado estereotipo de guerrillero violento.

Toda América Latina, de una u otra forma, estaba involucrada, dentro de la década del sesenta, en el cuestionamiento al capitalismo.

Las guerrillas, como síntoma moderno de transformación política, tuvieron un teatro central en los países andinos desde Venezuela hasta Bolivia, incluyendo a Colombia, Ecuador y Perú. Los graves problemas sociales existentes promueven –sin concertación– los movimientos guerrilleros, República Dominicana, el noreste de Brasil, la región centro-meridional de México, etc.

Camilo Torres en Colombia denunciaba que la responsabilidad moral por el uso de la violencia pertenecía a los grupos dominantes y representativos del sistema tradicional. El obispo Câmara en Brasil alzaba una prédica estremecedora para las estructuras del viejo orden de los países latinoamericanos. La Iglesia chilena empezaba a sentir los efectos del mensaje del obispo Larraín.

Los movimientos estudiantiles alcanzan una magnitud y una

fuerza reformista espectacular. Las dimensiones del fenómeno sobrepasan los límites del continente y se expresarán en los acontecimientos de París de 1968. Un realismo que está exigiendo la búsqueda de lo imposible. ¡Como si nada fuese utópico para una juventud que en esa década está resuelta no sólo a “tomar por asalto el cielo”, sino más: humanizar el paraíso!

Allende no es ajeno a estas circunstancias continentales de la década del sesenta. El político frío, parlamentarista, partícipe y protagonista de un régimen democrático burgués tiene la sensibilidad y el valor moral de asumir en plenitud los objetivos anhelados entrañablemente por los revolucionarios. Allende, asume, en esa época, ya de manera definitiva, el compromiso íntimo y vital de no fallarle a la juventud de su patria, de no faltar a la lealtad con su pueblo.

Una influencia afectiva real ejerce, sin duda, una mujer extraordinaria en esta forma de “sentir” Allende a la guerrilla en América Latina: Tati.

Tati tenía un estacionamiento de ternura en los ojos. Una sonrisa transparente le iluminaba, como un chispazo alegre, su expresión habitualmente severa.

Analista fría, fogueada en la actividad partidaria de la vida universitaria de Concepción, había adquirido particular consistencia estudiando –con rigor– materialismo dialéctico. Intelectual, aparentemente tímida, tenía fortaleza y decisión. De carácter, autocrítica y exigente, sabía ser afable, vigorosa en los razonamientos y obstinada en los propósitos y en los afectos.

Una empatía extraordinaria relacionaba a Tati con su padre. De la adolescente que admiraba a ese hombre cálido y bromista en la intimidad, a ese papá que sin dudas, la privilegiaba entre sus hijas. Tati va asumiendo, en su proceso de ideologización una ambivalencia de cariño profundo y crítica resuelta. En un respeto, sin discusión, al político que era el “Chicho”, afectada por la Revolución Cubana, se sentía atrapada por la duda de que Salvador Allende llegara a ser un revolucionario pleno. ¿Por qué? Porque cuestionaba los procedimientos políticos que se expresaban en un electoralismo inútil, estéril.

Tati es una figura representativa de esa década del sesenta. Expresaba su realismo en la búsqueda de lo imposible. Su modestia la hace aparecer siempre en una forma de actividad silenciosa, discreta, ajena a la figuración, contraria a todo exhibicionismo. De manera eficiente entrega su aporte sin medida a los movimientos revolucionarios de América Latina.

El 22 de enero la UP proclama candidato a Salvador Allende. Tati le deja esa noche, en el velador, una carta plena de cariño pero de un definido tono crítico. En ella le fundamenta su gran escepticismo respecto a la vía chilena al socialismo y sin dudar de la consecuencia de su padre, reitera su convencimiento de que la construcción de la sociedad socialista en Chile, necesariamente va a requerir de la lucha armada. Tati está más próxima a la interpretación que los revolucionarios cubanos hacían de la situación chilena: el diagnóstico formulado por la UP estaba errado, era inviable un proyecto político de construcción del socialismo por la vía pacífica.

Esa convicción de Tati no la abandonó jamás. Sin embargo, ello no afectó la entrega absoluta a los trabajos del gobierno al lado del presidente.

De diferentes escenas vividas, en diferentes tiempos, recupero algunos momentos o rasgos de Tati.

Debí viajar a Cuba. Allende inmediatamente proclamado candidato por la UP, fue invitado a la isla porque querían conocer, de él mismo, lo que significaba su candidatura. Como los trabajos iniciales de la campaña no le permitirían hacerlo le propuso a Aniceto que fuese yo. Con mi nombre, evitaba susceptibilidades partidarias por ser yo, en ese instante, subsecretario del partido y a él le era posible integrar con José Tohá el resto de la delegación.

Tati me “preparó” para el viaje. Era mi primera tarea política internacional de tan alto nivel. Ella, con seguridad y paciencia, me enseñó innumerables aspectos de la vida política cubana. Por otra parte, en esa misión, aprendí a admirar la calidad humana de Tohá, porque durante la gira, pese a su mayor experiencia y a ser un político mucho más avezado, nunca dejó de atribuirme una jefatura formal y de cuidar, particularmente, que ese aspecto fuese percibido así. (Fotografía en la zafra cubana de 1970, pág. 206). No había territorio para pequeñeces en el alma de Tohá.

Más adelante, cuando hacía muy poco tiempo que estábamos en el gobierno, debí recurrir a Tati. Mientras Allende se encontraba en altamar, invitado por la Armada para presenciar unos ejercicios, se produjo un lamentable incidente entre jóvenes comunistas y miristas en Concepción. El episodio del enfrentamiento significó la muerte de Arnaldo Ríos y la generación de un clima que presagiaba poco menos que una posible batalla campal entre ambos sectores, ubicados en sus respectivas sedes.

En esas circunstancias, la única forma de comunicarme con Miguel Enríquez para cumplir las instrucciones de Allende –conforme una tensa entrevista radial que sostuvimos, él desde un crucero y yo en la sala de radio de Quinta Normal– fue solicitarle a Tati su colaboración. Esa noche nos reunimos en casa de un amigo mío, Enríquez, Jorge Inzunza, Tati y yo. Fue una reunión dramática. Tati otorgó a tan difícil sesión una sensación de control, de rigor, que ayudó a que arribara la madrugada y saliera luz en un debate que impidió que la sangre llegara al río.

La última entrevista que tuve con Tati fue en el exilio. Vivíamos en Moscú cuando ella pasó por allá con destino a una actividad internacional. Gentilmente declinó alojarse en el hotel soviético y optó por irse a nuestro departamento. La escuchamos con mi mujer horas, empequeñecidas por un testimonio apasionante de lo que sucedió en Chile, en Cuba, donde ella vivía y en cada rincón donde en ese momento había chilenos luchando por la democracia.

Tati narraba los hechos con extraordinaria pasión. Noticias, eventos, expresiones de apoyo, entrevistas con personeros de gobiernos, artistas, científicos, en fin, entregaba una viva relación de todo lo que estaba ocurriendo en el mundo respecto de Chile. No se le escapaban nombres, siglas, fechas, su vida estaba absoluta y obsesivamente dedicada a Chile. Y sin indulgencias para disculpar a los frívolos o a los que iban perdiendo su compromiso con el pueblo chileno. El hecho solidario y hermoso, el gesto amable de recuerdo al “Chicho” ocurrido en Finlandia o en Venezuela, en cualquier punto, la hacía sonreír en una forma plácida y de esperanzada actitud. Sin embargo, la tristeza dominaba su semblante, parecía que no la abandonó jamás la insatisfacción de tener que obedecer a Salvador la orden de retirarse de La Moneda.

Reiterativa en sus afirmaciones unitarias, no veía otro camino de recuperación de la democracia en Chile que no fuera fortalecer la unidad. Las querellas y dificultades de las fuerzas opositoras a Pinochet la enardecían.

Estaban Tencha e Isabel en Moscú cuando supimos la noticia. Tati había muerto en su amada Cuba.

Allende admiraba a Ho Chi Minh. Ese extraordinario patriota y revolucionario vietnamita, ejercía también un poder ideológico impresionante en la juventud y en las masas del continente.

Combatiente por la independencia de Indochina –en la Segunda Guerra Mundial– luchó contra los franceses y luego del retiro de las tropas japonesas proclamó en Hanoi la independencia y fue nombrado Presidente de la República Democrática de Vietnam. Pero el colonialismo francés no reconoció la independencia y después de una larga y dolorosa guerra, el año 1954 Francia debió reconocerlo como Primer Ministro de Vietnam del norte. Cuando creó Ho Chi Minh el Frente de Liberación del Sur, oponiéndose al gobierno sudvietnamita, Estados Unidos intervino en Vietnam en 1964 para sufrir la peor derrota política y militar de su historia con la toma de Saigón por parte de los vietnamitas el 30 de abril de 1975.

Ho Chi Minh, poeta, revolucionario, practicante de una auténtica austeridad, poseía un carisma poderoso por su modestia y talento. Salvador Allende es el último de los dirigentes latinoamericanos que se entrevista con él en Hanoi antes de que el líder deje de existir un 3 de septiembre de 1969. Sólo pudo presentir con certeza lo que su voluntad y su conducción ya aseguraban: la victoria de su pueblo.

Allende, al rendirle homenaje en el Senado, dijo:

Para nosotros, los que habitamos el continente latinoamericano, la lucha de Corea ayer, y la de ahora en Cuba y en Vietnam, es nuestra. Los que han caído y caen en Vietnam no sólo lo hacen sacrificadamente para afianzar el derecho de su pueblo a darse la estructura social que anhela, por la dignidad de su patria y su independencia, sino también se sacrifican por nosotros...

...Por eso recuerdo al pueblo vietnamita en su heroísmo y evoco al hombre que le dio con generosidad toda su existencia para, con su ejemplo,

indicar a las masas que pueden, cuando las anima la fe, el espíritu y la dignidad revolucionarios, derrotar a los países más poderosos del capitalismo: Francia, Japón y Estados Unidos.

...Rendir homenaje a Ho Chi Minh es rendirlo a una personalidad preclara al servicio de los más puros valores de la humanidad; es señalar la vida ejemplar del hijo y padre de la revolución, del padre de la República, del gran combatiente por la dignidad del hombre y la libertad de los pueblos.¹³

¹³ Senado de la República, 9 de septiembre, 1969.

EL MERCURIO MIENTE

En octubre de 1965 –después de Linares– el Partido Comunista celebró su XIII Congreso General con la asistencia de numerosas delegaciones extranjeras. El partido estimó que esa era la ocasión más propicia para reiterar su pensamiento en la perspectiva de un gobierno popular y, al mismo tiempo, de recordar a moros y cristianos cuáles eran las fronteras que separaban a ambos partidos. Y, para que esta exposición de principios en las relaciones de ambos partidos no fuera producto de una decisión precipitada, se realizó un pleno del Comité Central para hacer el análisis del gobierno demócrata cristiano y manifestar el criterio del partido en torno al funcionamiento del FRAP. En la carta de saludo del Partido Socialista al XIII Congreso General se señala, entre otras cosas, lo siguiente:

Sólo con el ánimo de fundamentar el análisis de nuestra línea, que hemos denominado “Frente de Trabajadores”, queremos recordarles que ella implica la estructuración de un movimiento de clase, con un programa de clase y un enfrentamiento con las clases explotadoras en todas sus distintas gamas (subrayado en el documento). Esto involucra desconocerle a la rudimentaria burguesía nacional la posibilidad de un papel progresista, negarle capacidad para consumir la revolución democrático-burguesa. Ustedes, en cambio, sostienen que algunos de esos sectores pueden jugar ese papel. Eso se traduce en una inclinación de usted, a incorporarlos ya al movimiento popular mismo y a actuar en conjunto con ellos.

...Esta es la causa fundamental de esta carta. La apreciación diferente sobre el papel de ciertos sectores de la burguesía y, en este caso concreto, la DC. El vuestro y el nuestro es un enfoque distinto no sólo en el plano nacional, sino también en el internacional, que se traduce en actitudes diferentes para responder a la agresividad imperialista.

...Desgraciadamente, nuestras diferencias no se pueden medir exclusiva-

mente con un metro retórico o académico. Nuestras diferencias se traducen, en la práctica, en un alejamiento de comunistas y socialistas en el trabajo concreto.

...Hemos tenido posiciones distintas en varios sucesos de importancia:

...1) Frente a los convenios del cobre, Uds. enfatizaron primitivamente el apoyo a las medidas aparentemente positivas antes que a la estrategia de fondo que era y sigue siendo nacionalización.

...2) En el congreso de la CUT, en última instancia no se jugó la fórmula FRAP (una central con sentido de clase), sino que se diluyó en el agua destilada de darle representación a la DC y al PR.

...3) En las elecciones de la FECH, el increíble entendimiento de la Juventud Comunista con la Juventud de la DC obligó a nuestra brigada a presentar lista propia.

...4) Con injusticia, ustedes desahuciaron el contrato de impresión de la editorial Horizonte con el diario independiente de izquierda *Última Hora*. ¿Se puede sostener que *Última Hora*, como lo expresa *El Siglo* del lunes, se colocó entre los enemigos del pueblo porque informó de una concentración pública a favor del XXVI aniversario de la grandiosa Revolución China? ¿El que transitoria o definitivamente los dos más grandes partidos comunistas sostengan estrategias diferentes en la lucha contra el imperialismo, nos puede llevar a sostener que los camaradas chinos apoyan al imperialismo y a los enemigos del pueblo y de la humanidad? Es llevar el sectarismo demasiado lejos.

Las apasionantes formas de la década se expresaban en todas las latitudes y generaban en la juventud una poderosa capacidad de admiración.

¿Estamos idealizando un pasado por obra y gracia de la retrospectión o efectivamente se dieron en esos años los elementos cautivantes para conmover a las generaciones en la aspiración profunda de un mundo mejor?

El hombre llegaba a la luna, Martin Luther King batallaba por la igualdad de derechos civiles para los negros, el ejemplo de Ghana, que había logrado su independencia en 1957, desataba el proceso de descolonización en África; Argelia surgía liderando un Tercer Mundo, que empezaba su ardua lucha por la autodeterminación y

el término del subdesarrollo. Los Beatles y John Lennon deslumbraban en la música con una sublime mezcla de creación y de obligada reflexión sobre nuestro propio tiempo.

En América Latina, las características de espontaneidad de los movimientos guerrilleros significaron duros castigos para las juventudes y los pueblos de la región. En la Conferencia Tricontinental de La Habana los delegados de América Latina crearon OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad que realizó su primera conferencia en 1967.

Salvador Allende, quien era presidente del Senado a la fecha de la conferencia de OLAS, debió enfrentar una censura presentada por el Partido Nacional. Invocando razones de tipo reglamentario—referidas a la iniciativa legislativa a reanudar relaciones con Cuba—los nacionales planteaban que la DC debía sumarse a la censura por razones estrictamente políticas. “No puede el presidente del Senado participar tan activamente en una entidad como OLAS”.

Sin embargo, no eran esos los tipos de problemas que mayormente preocupaban a Allende a mediados de 1967.

Reiterativo en la afirmación de que no existía antagonismo alguno entre su calidad de miembro del Partido Socialista y presidente del Senado, Allende debía soportar los embates de las dificultades internas del partido, sometido a las fuertes presiones “ambientales” por el desarrollo de los acontecimientos en el país. Todo colaboraba para una radicalización del partido, inmerso en los conflictos sociales y en las luchas estudiantiles.

En las universidades, los procesos de reforma estaban en marcha. A mi juicio, constituyó una concepción errada el creer que la universidad iba a ser el detonante que iba a provocar la transformación de todo el Estado. Pero, sin lugar a dudas, la importancia política y moral de los movimientos estudiantiles se inscribe significativamente en la auténtica historia de nuestra nación.

De los movimientos universitarios, tal vez el que adquiere una relevancia mayor, dadas las características de los actores sociales invo-

lucrados y el trasfondo ideológico que representó, fue el conflicto de la Universidad Católica de Chile.

Debemos superar la indudable tentación que significa explayarse sobre dichos acontecimientos. Sin embargo, es insoslayable recordar apretadamente algunos aspectos de la situación ocurrida en ese plantel.

Miguel Ángel Solar, estudiante de la Facultad de Medicina, era el presidente de la FEUC. Militante demócrata cristiano de la tendencia moderada, debió enfrentar lo que los estudiantes llamaban crisis de “autoridad”, situación que cuestionaba objetivamente la rectoría de Alfredo Silva Santiago, y de los que compartían su posición.

El movimiento, iniciado con las características casi habituales de otros de similar naturaleza, fue adquiriendo una connotación de gravedad mayor. Surgió un movimiento gremialista encabezado por el aquel entonces presidente del Centro de Derecho, Jaime Guzmán Errázuriz, quien, conjuntamente con Fiducia y los jóvenes del Partido Nacional realizan una dura oposición a Miguel Ángel Solar. Este último, contó en aquel momento con el apoyo del recién electo presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, Rodrigo Ambrosio. En el consejo universitario, pese a existir una evidente mayoría de la DC, la orientación estaba por la búsqueda de un nuevo rector laico como Julio Philippi o Raúl Devés y otros barajaban nombres de sacerdotes como Jorge Medina o Raúl Hasbún.

La FEUC, bajo el liderazgo de Miguel Ángel Solar, agotada una larga tramitación a favor de las aspiraciones estudiantiles, de nuevas autoridades y de un claustro pleno, en agosto de 1967, procedió a ocupar la casa central, bajo la consigna que sólo la nueva autoridad y el claustro pleno podían abrir esa universidad.

El hecho conmovió al estatus. Los movimientos que vivíamos, personalmente, en la Universidad Técnica y en la Universidad de Chile, no lograron igual impacto, porque el reformismo estudiantil de la Universidad Católica evidenciaba que las juventudes provenientes de los mismos sectores dominantes no admitían que las cosas si-

guieran iguales. *El Mercurio* invocó la necesidad de la intervención de la fuerza pública en la universidad y caracterizó los hechos en la Católica como “guerra de guerrillas”. La réplica de los estudiantes fue espectacular. En el frontis de la casa central de la Universidad Católica colocaron un enorme lienzo con la leyenda: *El Mercurio* miente.

Las argumentaciones del decano de la prensa, denunciando la acción de comunistas y pequinistas en la Universidad Católica tuvo un desafortunado final para el diario. En la televisión, en un foro que para la época acaparó la más impresionante audiencia, Miguel Ángel Solar, dirigente estudiantil, brillante y lúcido, demostró a René Silva Espejo –director de *El Mercurio*– y a millares de telespectadores, la justicia del movimiento que culminaba, al día siguiente, con una gran victoria. Era designado pro-rector el profesor de arquitectura Fernando Castillo Velasco y, luego, ratificado como rector en el claustro pleno de noviembre de ese año.

En el proceso que se desarrolla entre el año 1967 y 1969, el movimiento reformista en las universidades fortaleció la unidad socialista-comunista, en el caso muy definido de la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado.

En la Universidad de Chile, el movimiento contó con figuras como Enrique Paris y Fernando Ortiz, por los comunistas, mientras por nosotros actuaban Luis Soto Becerra, Eduardo Castro y Raúl Iriarte. En las elecciones de 1969, con segunda vuelta, se perdió para la rectoría el Dr. Alfredo Yadresic, obteniéndose, en cambio, la secretaria general de la universidad, con la elección del economista Ricardo Lagos.

En la Universidad Técnica del Estado, fueron los estudiantes, más que los profesores, los que llevaron la conducción de la reforma. Nombres como Alejandro Yáñez, Juan Gutiérrez y muchos otros con Enrique Kirberg como rector, dieron inicio a la reforma.

Algunos diarios norteamericanos de la época describieron al PDC como “co-instrumento” del comunismo internacional, repitiendo la doctrina de que si existía agresión comunista –y no de otra

forma visualizaba el Departamento de Estado la constitución del comité OILAS en Chile– la potencia del norte se reservaba el derecho a intervenir en cualquier país de América Latina.

Chile vivió en ese tiempo manifestaciones impresionantes. Las marchas por la nacionalización del cobre y en defensa de Vietnam, aislaron absolutamente a los sectores reaccionarios del país. Fueron instantes de una potente unidad de los sectores políticos y sociales abrumadoramente mayoritarios.

Paradójicamente, la situación de Allende se deterioraba al interior del partido, porque el mismo proceso de radicalización que vivía la sociedad conducía a un inevitable cuestionamiento de una institucionalidad, dentro de la cual, Salvador Allende ejercía, nada menos que la presidencia del Senado.

Allende era objeto de una “dura e implacable” –expresiones propias de él– ofensiva de la prensa de derecha, a la que replicaba en forma invariable con las siguientes cuestiones:

- a) Que no existía ninguna incompatibilidad entre su condición de presidente del Senado y miembro del PS.
- b) Su adhesión, que nunca soslayó, a la Conferencia Tricontinental de La Habana.
- c) Ante la repercusión en el FRAP de las diferencias entre el PC y el PS reiteró que sí existían y que debía trabajarse en la línea de su solución, pero que la circunstancia de existir una unidad socialista-comunista facilitaba que vastos sectores nacionales se agruparan en torno a una plataforma de definido contenido antiimperialista.

La condición de presidente del Senado, ejercicio de alto riesgo respecto del proyecto que concebía y a las circunstancias de lucha económica en el país y en el continente, no atenuó en Allende su voluntad de activista y su papel protagónico en los más variados escenarios de esa coyuntura.

El PS había declarado que ese era el año de la lucha de masas (1967). Curiosamente, el militante con más frecuencia zaherido o ridiculizado por sus posiciones consideradas psendos-izquierdistas era,

sin embargo, un protagonista real y trascendente en las más variadas dimensiones del quehacer de las organizaciones políticas y sociales.

Pero la actividad de Allende no sólo se limitó a cumplir con trabajadores y estudiantes chilenos. Los movimientos en Brasil como en Grecia; en Argentina como en Estados Unidos, donde se produce la nueva izquierda estudiantil de la década del sesenta; todas las fuerzas marxistas y cristianas; independientes que buscaban una forma de sociedad más justa, contaron con el apoyo o el aliento del demócrata chileno, presidente del Senado, Salvador Allende.

Al ser condenado a muerte, en Grecia, Alekos P. de Panagulis –por la dictadura de los coronales– será Allende quien organice un comité de solidaridad y defensa de su vida, acá, en Chile. Panagulis, después del golpe militar en Chile hasta la fecha en que, víctima de un atentado, lo asesinan en Atenas en 1976, fue el principal dirigente de la solidaridad con los demócratas chilenos (Panagulis es el protagonista de la obra de Oriana Fallaci, *Un hombre*).

La actividad de Allende no le alejó de los conflictos interiores crecientes del partido, los que generan la crisis del pleno de junio del 67 y provocan el abandono del evento de siete parlamentarios y varios regionales.

El sector disidente, que apoyaba a Raúl Ampuero, exigía una mayor democratización para el congreso de fin de año. Criticaban, además, una conducción, que a juicio de algunos de ellos, se había transformado en un entreguismo a los apetitos de Salvador Allende quien, potencialmente, ya estaría postulado a una cuarta elección presidencial.

De todas nuestras fracturas y dificultades internas ninguna fue para mí más dolorosa que la del 67. A mi admiración y respeto a Ampuero, se sumaba el hecho de que con amigos de una vida, habíamos compartido también muchos avatares políticos, pero en esta separación de las aguas quedábamos en riberas distintas.

Sin ser miembro del Comité Central, pero trabajando en comisiones nacionales desde la época de la secretaría general de Salo-

món, debí incorporarme a las tareas de afirmación del partido y a la realización del XXII Congreso General, el que se realizó ese año del 24 al 26 de noviembre en Chillán.

Las dificultades que presentaba la realización de ese evento, además de ser una tarea extraordinariamente grande para demostrar la vitalidad del partido después de la crisis y ponderar el grado de reconocimiento que tenía en el plano internacional, adquiría particular gravedad para Allende y su proyecto.

Allende conservaba una vigencia transparente en la masa. La odiosidad de la derecha ayudaba a que su protagonismo incansable sirviendo en los hechos, a las causas de los trabajadores, lo inmunizara, además, de la crítica abierta de quienes, como yo mismo en el interior del partido, estábamos agotados en la esperanza de cambio revolucionario por la vía electoral.

Pero, si era ya precaria –desde el Congreso de Linares– su situación, ésta se agravó con la inminencia de definiciones que afectarían sus perspectivas para liderar el movimiento popular chileno.

Allende se jugó, sin vacilaciones, respecto a la defensa del partido frente a la Unión Socialista Popular. Sin embargo, planteaba en todo momento una unidad amplia para el acceso electoral de los trabajadores al poder. Su activa colaboración con las fuerzas revolucionarias y democráticas de América Latina, ¿podrían ser suficiente aval en un congreso que debía remozar su dirección, actualizar su línea política y responder a los hechos de la coyuntura?

DESDE CHILLÁN A LA MONEDA

El congreso se inició 24 horas después de un paro nacional ordenado por la CUT –reprimido con dureza– en una franca oposición al gobierno de la DC y en medio de un debate generalizado de la izquierda sobre la lucha armada y la lucha electoral.

Las circunstancias previas que se han descrito, la atmósfera idealizada de un partido que sentía directamente la influencia de las guerrillas en el resto de América Latina, y que había agotado sus expectativas electoralistas, hacían prever que serían imbatibles las tesis más radicalizadas, en la búsqueda de una izquierda que acentuara su perfil revolucionario.

El voto sobre la posición política nacional, aprobado en el plenario del XXII Congreso General por la unanimidad de sus integrantes, decía así:¹⁴

1. El ps, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder, como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del socialismo.
2. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.
3. Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.

14 Jobet, Julio César. *Historia del Partido Socialista de Chile*, pp. 313-316.

Consecuencialmente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida en que contribuyen a la realidad de los objetivos estratégicos ya precisados.

4. En 1957, el ps formuló, en términos generales, la política Frente de Trabajadores. La experiencia histórica nos permite enriquecerla en los siguientes términos:

La política del Frente de Trabajadores propugna la unidad de acción del proletariado, campesinos y clases medias pobres, bajo la dirección del primero. El Frente de Trabajadores se ve reforzado por la incorporación de sectores estudiantiles y de intelectuales revolucionarios a la lucha política por el socialismo.

Postulamos la independencia de clase del Frente de Trabajadores, considerando que la burguesía nacional es aliada del imperialismo y, de hecho, es su instrumento; por lo tanto, ha terminado por ser irreversiblemente contrarrevolucionaria. La alianza y compromisos permanentes con ella, han traído sólo derrotas y postergaciones al campo de los explotados.

Los acontecimientos vividos en América Latina durante los últimos años, como consecuencia directa o indirecta de la Revolución Cubana, han ido progresivamente continentalizando el proceso revolucionario y desplazándolo al terreno de la violencia, en la medida en que el imperialismo ha ido acentuando su estrategia contrarrevolucionaria continental y mundial para oponerse a los movimientos populares liberadores.

La política de Frente de Trabajadores, se prolonga así, y se encuentra contenida en la política de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la que refleja la nueva dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano.

El Frente de Acción Popular ha constituido, desde los últimos 10 años, la expresión política de la clase obrera sobre la base del entendimiento de los partidos Socialista y Comunista de Chile.

En las actuales condiciones chilenas y latinoamericanas, el FRAP debe adecuarse en sus objetivos y organización a la línea general de la política de O.L.A.S. y debe estar destinado a convertirse en frente político que una a todas las fuerzas antiimperialistas revolucionarias que luchen consecuentemente por la revolución socialista.

5. La situación de Chile se caracteriza porque el equilibrio inestable de muchos años de “convivencia pacífica” entre las clases, está llegando a

su término, en coincidencia con el agudizamiento de la lucha contra el imperialismo en escala continental.

El fracaso de las clases trabajadoras ha comenzado a reaccionar vigorosamente, con una unidad más amplia contra la política de despojo de la burguesía y el gobierno, y ante estas circunstancias, este último, previniendo que la protesta nacional adquiriera mayores dimensiones, ha montado y sigue desarrollando un aparato policial militar, destinado a la represión en gran escala. ¡Hay una gran crisis nacional en marcha!

Paralelamente a la izquierdización de sectores cada vez más amplios de la población, en el seno de los partidos burgueses, radical y demócrata cristiano, surgen directivas, "izquierdistas" que reflejan la inquietud en sus sectores de clase media.

Por otra parte, pese a su servilismo, se ha endurecido la conducta del imperialismo frente al gobierno de Frei, porque éste no ha aplastado, hasta ahora, al movimiento organizado.

Además, de hecho, el gobierno demócrata cristiano ha perdido el apoyo del sector empresarial que le ayudó a llegar al poder. La gran burguesía, representada por el Partido Nacional, las centrales patronales, etc., ha recuperado su solidez y optimismo ante la posibilidad de convertirse en la alternativa yanqui para detener la insurgencia revolucionaria de las masas explotadas de nuestro país.

A todo lo anterior, se suma un descontento general con evidente pérdida del apoyo popular de que el gobierno demócrata cristiano gozó al comienzo de su mandato. Hay desplazamiento hacia la izquierda, que cada día abarca sectores más extensos de la población, traducido en un descontento general, lo que nos permite concluir que se están creando las bases reales para un cambio decisivo de las estructuras del poder.

Se está creando un vacío político, que el imperialismo yanqui está dispuesto a no permitir que sea ocupado por las clases explotadas.

En resumen, se están desgastando con extraordinaria rapidez las bases del régimen democrático burgués, que hasta ayer eran relativamente estables en nuestro país.

La evidencia dramática de lo que hemos concluido, está dada por el carácter adquirido en el último paro nacional organizado por la CUT. En este conflicto se desplegó el espíritu y voluntad de combate de los trabajadores a lo largo del país, superando los límites de una batalla con sentido estrictamente economista, como se habían planteado las contiendas

anteriores, y respondiendo con el coraje y valentía a la represión brutal y sistemática desencadenada por el gobierno.

El partido debe tener plena conciencia de que, en el futuro, las contiendas gremiales se profundizarán y paulatinamente serán revestidas de un sentido político más preciso y definido, abriéndose ante las masas la cuestión del poder.

La agudización de la lucha de clases y la tendencia del gobierno a acentuar las medidas represivas y a cerrar progresivamente el campo de la legalidad, obligan al ps a modificar substancialmente sus prácticas organizativas.

Es imperativo de nuestro partido convertirse realmente en una amplia estructura de núcleos profundamente enraizados en la clase, rodeados de una gama de organizaciones periféricas y preparados para afrontar las contingencias de la ilegalidad. El centralismo democrático y la disciplina consecuente serán convertidos en condiciones fundamentales para el funcionamiento del partido en el nuevo contexto político.

El congreso, además, se efectuaba con anterioridad a unas elecciones complementarias para senador de las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín, lo que creaba otra variable de expectación en sus resultados.

De este torneo del partido en Chillán se ha hablado y escrito mucho, con una buena cuota de mistificación.

No creo ser quien dilucide en forma definitiva el peso que para la vida política nacional tuvo ese congreso.

Participamos en él con la certeza de que la línea ahí planteada era la que interpretaba más cabalmente los anhelos de un pueblo que vivía ya la frustración de la revolución en libertad.

El propósito del ps de otorgar una dirección revolucionaria a la lucha en Chile no excluía la utilización de los procesos electorales.

El reto era inmediato: ¿cómo resolver la participación del partido en las inminentes elecciones complementarias de senador? Se resolvió una "abstención activa".

La sensibilidad del partido a la ideología revolucionaria que lo impulsaba asumir una posición vanguardista distaba de ser una actitud demagógica.

Era efectivamente sentida, de manera auténtica por las bases del partido. El problema radicaba en el grado de capacidad que —como organización— tenía para articular, en forma real, los postulados del XXII Congreso. Además, existía una heterogeneidad ideológica que conspiraba para el cumplimiento de una política como la que resolvió el congreso.

Allende se jugó con franqueza en contra del voto político. En el debate del congreso fue la voz contestataria a la mayoría aplastante de los delegados. Para Allende era fundamental ampliar el FRAP y respaldar la Revolución Cubana, pero era necesaria una política de alianza más flexible y era muy obvio que un partido que proclamaba como forma de lucha la vía armada no iba a lograr una ampliación en el frente político. Allende sostenía que los términos del voto se constituirían en un “zapato chino” para la conducción de un partido que aspiraba a que el FRAP no podía ser una entidad cerrada y dogmática y dio un amplio respaldo a OIAS.

Sin embargo, en la constitución del Comité Central —sin ser él candidato— no logró incluir ni a Humberto Martones ni a José Tohá en las listas.

Tuvo Allende un protagonismo de coraje moral, durante todo el desarrollo del congreso, que se vería proyectado en la estimación de las bases socialistas. Aparte de su sinceridad para defender sus puntos de vista respecto de la política nacional, su actitud en relación con lo que ocurría en el resto del continente, su adhesión resuelta a OIAS, afirmaron su vigencia, pese a la errada apreciación de quienes creyeron que con Chillán se había acabado Allende.

Recuerdo que en el transcurso del debate ocurrió un incidente que retrata de cuerpo entero a Salvador. Un camarada, Sergio García Garay, talentoso militante que fue secretario general de la juventud, lo interrumpió en medio de su intervención. Allende le contestó con dureza e incluso con una referencia personal. Salía Allende de la plenaria y se le acercó García —dolido— para enrostrarle que no había sido legítimo usar ese tipo de argumento en su respuesta. Allende re-

gresó inmediatamente a la plenaria, solicitó la palabra interrumpiendo su desarrollo y expresó, más o menos lo siguiente: “Tengo el deber moral de hacer una aclaración al congreso. En mi intervención, llevado por la pasión del debate, ofendí al camarada Sergio García. Le doy públicas excusas a este compañero, lamentando lo ocurrido y reconociendo mi error”.

El XXII Congreso General eligió secretario general a Aniceto Rodríguez y entre los miembros del Comité Central fueron elegidos Albino Barra, Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano, Adonis Sepúlveda, Rolando Calderón, Ricardo Núñez, yo mismo, etc.

En el acto de clausura Allende afirmó, en algunos pasajes de su discurso:

Para nosotros, los socialistas, este congreso es un hecho de alta y profunda significación. Acá, el rincón más austral de América Latina, en nuestra patria explotada económica y oprimida políticamente, un vasto movimiento popular traspasa las fronteras y coloca la pujanza del pueblo en los partidos populares, y a la vanguardia va el PS, en señera actitud de lucha revolucionaria para conquistar nuestro derecho a la independencia económica y la independencia política.

Sin claudicaciones, no somos políticos catastrofistas, sabemos perfectamente bien que a cada minuto, que a cada hora, se necesita un partido más claro y más fuerte, más dinámico en su acción, con conciencia revolucionaria y con capacidad política. Un partido que afiance la unidad popular. Porque si bien es cierto ha habido discrepancias tácticas entre los compañeros, como en el Partido Comunista y nosotros, hay muchas más cosas que nos unen, y en un diálogo fraterno buscaremos el camino auténtico de la unidad para defender mejor a Chile y a su pueblo.

Nosotros sabemos —dijo— que en el régimen capitalista el Estado es instrumento de opresión de las minorías, contra las mayorías. Nosotros sabemos que esto es lo que ocurre, pero conviene señalarlo para que el pueblo lo entienda. Y esto todavía se acentúa más en estos gobiernos demagógicos que hablan de revolución y de libertad.

Desde Chillán se iniciaba para Allende una batalla decisiva. En medio de tiempos en que existía una atracción irresistible de acelerar un proceso revolucionario que nos parecía inminente, el

problema de la “vía” se transformaba en una cuestión vital y, por lo tanto, la próxima elección presidencial conducía a una compleja encrucijada.

El mismo día de su constitución, el nuevo Comité Central evidenció que, en él, no se proyectaba con nitidez el espíritu del congreso, en lo que se refiere a los términos que el voto político había aprobado y que ha originado hasta la fecha innumerables controversias.

La propia nominación de Aniceto Rodríguez, como secretario general, parecía una evidente contradicción con la voluntad, con la vía por la que, aparentemente, había optado el partido. Es necesario reconocer que existió realismo político para entregar la conducción a este secretario general, que sin identificarse con los contenidos de dicho voto, era, sin lugar a dudas, quien mejor y con mayor coraje había enfrentado la crisis interna y, por lo tanto, era garantía de una sobrevivencia que, como siempre, iba a hacer convivir a variadas e incluso encontradas versiones del rol del partido y de su tarea de vanguardia.

Allende, virtualmente derrotado en forma y contenido en el congreso percibía, que entre él y el ps era imperioso, más que nunca, un matrimonio sin disolución de vínculo. Igual conciencia existía en la dirección.

El pragmatismo de Allende, necesariamente lo obligaba a considerar el resultado del Congreso de Chillán como un nuevo gran obstáculo para su proyecto. La profunda radicalización de los acuerdos conspiraba contra cualquier eventual configuración de un frente político amplio que pudiera ser una alternativa real de poder.

Sin embargo, concurrían circunstancias que a Allende, con su conocimiento de protagonistas, escenarios y fuerzas presentes en el curso de los acontecimientos, lo obligaban a tener muy en cuenta.

Allende estaba consciente de que el partido no renunciaría a su opción de liderazgo en la izquierda y que el único que en ese instante –en términos de nombre– podría mantener esa posibilidad, era él.

No vacilaba en considerar legítimo el cuestionamiento de la sociedad capitalista y el enfrentamiento inevitable, pero no atribuía factibilidad a la vía armada en Chile. No había callado su pensamiento al respecto en Chillán.

Para impulsar la estrategia de un frente político amplio tenía, una vez más, que remontar desde las condiciones políticas más adversas.

Es notable en Allende ese rasgo de tenacidad, sin conocer el desaliento ni la tregua. Neruda, en una oportunidad, dirá que Allende era una especie de Caupolicán, “incansable, con sus candidaturas al hombro”. El propio Allende festinaba sus postulaciones: “En mi epitafio –declaró en una ocasión– van a poner: Aquí yace Salvador Allende, candidato a la presidencia de la República”.

No obstante, más allá de ser objeto de un constante motivo de caricatura por haber sido tres veces candidato, ahí estaba en 1968 como un protagonista activo de la realidad chilena, siendo objeto de los ataques más encarnizados por parte de una derecha que no podía desconocer que el allendismo era una fuerza vigente que excedía a los partidos formales de la izquierda.

Hacia la derecha, la ponderación objetiva de que la circunstancia de liderazgo de Allende dependería de la consecuencia cuestionadora al sistema, perspectiva que estimaba viable por la personalidad y la conducta política de Allende.

La clase dominante chilena –y obviamente los sectores financieros trasnacionales– tenía plena conciencia del riesgo que significaba para sus intereses el proyecto de Allende a quien estimaban –y no estaban equivocados– una efectiva amenaza.

En cambio en la izquierda –paradójicamente– existía el convencimiento generalizado de que la historia ya había dejado atrás a Allende.

Tal vez, sería más exacto decir que tal criterio era el dominante en los círculos de conducción de los partidos y en aquellos medios más teorizantes.

En el partido, muchos habíamos asumido con absoluta convicción el pensamiento del Congreso de Chillán y nos esforzábamos porque la línea ahí aprobada fuera realmente puesta en práctica. Pese a las caricaturas internas y nuestras habituales descalificaciones al interior del partido –en esa época “guatones” y “guatapiqueros”– la mayoría del Comité Central elegido en Chillán adoptó algunas medidas que demostraban, a lo menos, una voluntad por dar al partido una necesaria fortaleza para asumir roles de vanguardia.

El Comité Central elegido en Chillán, por ejemplo, resolvió que ninguno de sus integrantes fuera candidato a parlamentario, excepción hecha del secretario general, porque se estimaba que la tribuna parlamentaria no podía tampoco menospreciarse en las prácticas políticas nuestras. Ese acuerdo se respetó y significó una mayor cohesión, al interior del partido, así como una disminución de los inevitables conflictos preelectorales. Sólo, para la complementaria de senador por la Décima Agrupación Provincial, y a causa de la elección de Allende, en 1971, por unanimidad del comité, se postuló mercedamente al subsecretario Adonis Sepúlveda.

Por otra parte, el partido no soslayó sus actividades en el plano de preparar a sus cuadros –débil, incipiente, torpemente, pero, por lo menos, con un propósito de materializar los acuerdos de Chillán– y adquirió una decisiva presencia en la lucha de los pobladores y campesinos. Inevitablemente, algunas fracciones asumieron “por la libre” la tarea de prepararse inspirados en las resoluciones del congreso o, más claramente, influenciados por el pensamiento de la Revolución Cubana.

En otro plano, tanto en el nivel sindical como estudiantil, se adquiría un nivel de desarrollo consistente. En el marco de la reforma universitaria –aunque haya sido un error de concepción pensar que la lucha universitaria sería el detonante que provocaría el cuestionamiento del Estado– la actividad de los socialistas los prestigiaba ante una masa estudiantil ávida de promover transformaciones de estructura. Desde el campo cristiano como

del marxista la voluntad revolucionaria desahuciaba las prácticas políticas tradicionales.

Allende –en ese ambiente– en 1968 desconcertó a todos los que podían haber pensado que ya no tenía nada que decir ni hacer en ese Chile agitado por la lucha social y con una juventud absorbida en la búsqueda de nuevas formas de lucha.

Conservaba de manera intacta su protagonismo no sólo como el parlamentario que sí tenía mucho que decir, sino que mucho que hacer, como un activista real de la denuncia y con un efectivo apoyo a pobladores y campesinos.

En el plano internacional era la voz de los perseguidos y un defensor sin vacilaciones de la Revolución Cubana.

Un hecho que le causó el ataque despiadado de la derecha, pero también el reconocimiento por siempre de los cubanos, fue el caso de los compañeros del “Che”.

El 22 de febrero de 1968, guerrilleros que habían combatido al lado del “Che”, voluntariamente hicieron pública su presencia en territorio chileno. El hecho conmovió a la opinión pública. ¿Qué había ocurrido?

El 8 de octubre de 1967 se libró en La Higuera, localidad de Vallegrande, en la zona oriental de Bolivia, el combate entre “rangers” del Ejército boliviano, adiestrados y asesorados por veteranos yanquis de Vietnam, y el último destacamento guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

El comandante Ernesto “Che” Guevara, herido en una pierna, fue rematado en el interior de una escuelita de Vallegrande que le sirvió de prisión durante algunas horas.

Ese combate de La Higuera cerró de modo trágico la primera etapa de un plan revolucionario calculado para 10 o 15 años.

De ese enfrentamiento sobrevivieron diez combatientes del ELN, entre ellos, tres cubanos: Harry Villegas Tamayo (“Pombo”), Daniel Alarcón Ramírez (“Benigno”) y Leonardo Tamayo Núñez (“Urbano”). Ellos y dos bolivianos: Guido (“Inti”) Peredo Leigue

y David Adriazola (“Darío”), además de un tercer boliviano al que sólo se conoce por su seudónimo de “El Ñato”, y que más tarde murió, formaron una escuadra y se alejaron del lugar. Los otros cuatro sobrevivientes del ELN, a su vez, tomaron diferente rumbo y finalmente cayeron en una emboscada del Ejército, que los masacró.

Cuatro meses y medio más tarde, “Pombo”, “Urbano” y “Benigno” aparecieron a 1.750 kilómetros de distancia de La Higuera, cerca de la localidad de Camiña, en el desierto de la provincia de Tarapacá, Chile. Los acompañaban dos bolivianos: Efraín Quicáñes Aguilar (38 años) y Estanislao Vilca Colque (29 años).

Se presentaron al periodista Luis Berenguela, corresponsal de *Las Últimas Noticias*, de Santiago, a quien expresaron su deseo de ponerse en contacto con las autoridades chilenas y solicitar facilidades para retornar a Cuba.

Como indica *Punto Final* de la época, la decisión de los guerrilleros era producto de la confianza que tenían en la proverbial tradición de asilo de Chile y de la existencia de un gran respaldo popular a la guerrilla en Bolivia.

No se equivocaron en ninguna de sus dos apreciaciones, aunque siempre en la izquierda chilena deberá existir en los dirigentes de esa época un profundo sentimiento de culpa por no haber correspondido –a nuestro juicio– a las expectativas que se habían hecho los combatientes bolivianos durante el desarrollo de la guerrilla.

El gobierno respondió a la tradición por peso histórico y por la general y entusiasta acogida que otorgó el pueblo a los guerrilleros.

En una declaración pública, el ministro del Interior, Pérez Zuñovic, expresó lo siguiente:

1. Las mencionadas personas ingresaron al país en forma irregular, por lo cual se decretó su expulsión por decreto 302 de este Ministerio, dictado e íntegramente tramitado con fecha de ayer viernes.
2. Los referidos individuos constituyen la última expresión de las guerrillas organizadas en la República de Bolivia, cuyo fracaso demuestra que esta clase de movimientos carece de toda significación política y no encuentra eco en los países latinoamericanos.

3. El gobierno de Chile no puede aceptar que desde su territorio se organicen insurrecciones que pretenden provocar trastornos en otros países, por lo que no podría haber otorgado a estas personas asilo o refugio político permanente, beneficio que, por lo demás, ellos nunca solicitaron.

4. Sin perjuicio de lo anterior, las personas de que se trata han recibido, mientras se encuentran en territorio chileno, un tratamiento humanitario que corresponde al inquebrantable respeto que nuestro país ha tenido por los derechos del hombre y que siempre ha aplicado a cualquier nacional o extranjero sometido a detención.

5. Consecuente con lo anterior, se han arbitrado las medidas para que los individuos en cuestión hagan abandono del país, rumbo a Praga, Checoslovaquia, vía Tahití, lugar hacia el que partieron hoy en la madrugada.

La vía propuesta había sido discutida en los partidos (PS y PC).

Allende acompaña a la delegación. La actitud del presidente del Senado ocasiona una nueva ola de ataques a su persona pero significó otorgar a los cubanos una garantía de gran envergadura para el regreso de los guerrilleros.

Uno de los efectos más importantes de todo este episodio será la posterior publicación del *Diario del Che*, que se debió en gran medida a la colaboración del dirigente socialista Jaime Faivovich.

La existencia de la guerrilla en Bolivia, como en otros lugares de América Latina, había incrementado la discusión al interior de la izquierda chilena. Eran muy claras las diferencias que sobre tal proceso teníamos los socialistas de los comunistas.

Refiriéndose a esa época, Régis Debray –muchos años después, en su obra autocrítica– dirá en *Adiós a las armas*:

La ley del desarrollo desigual gobierna el curso del desarrollo capitalista; gobierna también, y por las mismas razones, el curso de la subversión del capitalismo, el curso de su derrocamiento socialista.

La revolución no se exporta de un país a otro, de la misma manera en que la temporalidad de una revolución dada no se transporta de una capital a otra.

Advierte Debray, luego “...contra las falsas analogías que tienden a asimilar la guerrilla en América Latina a los movimientos armados

de otros continentes, de apariencia similar pero de naturaleza radicalmente diferente”.

Sin embargo, existe entre sus reflexiones una que específicamente se refiere al “hacer política”:

Ejercer una práctica política revolucionaria es trazar una línea de demarcación entre aliados y adversarios, entre fuerzas motrices y fuerzas enemigas de la revolución. Esta línea se desplaza a lo largo de un proceso, cambia según las etapas de la revolución. Pero en cada etapa, la cuestión decisiva de la que depende el trazado de la línea, es justamente saber de qué lado ubicar tal o cual personalidad dirigente. Esto implica su caracterización, su clasificación correcta. Hacer política es clasificar fuerzas.

Allende era un actor político. Generaba hechos políticos. Era capaz de atender la tribuna, la calle y los medios de comunicación, incidiendo con una constancia ininterrumpida en la correlación de fuerzas, por su latencia, sin ejercer un cargo formal en la dirección del Comité Central.

Es notable, en la retrospectiva, visualizar a un Allende ejercer esa práctica política revolucionaria desde la presidencia del Senado, estableciendo la línea divisoria a través de su conducta.

La derecha política y económica era la que tenía más conciencia de ese comportamiento mientras en la izquierda, afectados por la época, por la fuerza de los hechos en América Latina y por nuestras fracasadas experiencias electorales en las presidenciales, aumentaba la resistencia a la posibilidad de una nueva candidatura presidencial de Allende.

Un particular mérito de Allende es que en tales circunstancias no pierde jamás su inserción en la problemática latinoamericana.

Un gran signo ideológico en Salvador Allende, para toda su vida, fueron sus propias experiencias juveniles y su tránsito universitario. Mencionará, con frecuencia, episodios y sobrenombres de esa época que él calificaba de “bohemia responsable”.

Pero es necesario preguntarse cuáles particularidades de esa época –aparte de las frecuentemente citadas como pugnas o divisio-

nes dentro del campo del marxismo– podrían haber tenido un rasgo definitorio e imborrable en el pensamiento político tan marcadamente latinoamericanista de Salvador. Es innegable que los teóricos peruanos influyeron en Allende y en los jóvenes chilenos.

Los dos teóricos de mayor influencia en el pensamiento latinoamericano de la izquierda de esa época fueron José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Ambos promovieron un apasionante y precursor debate sobre la realidad y la liberación de América Latina.

Surge así, en el Perú, un bloque intelectual y político unificado en torno a ideas fuerza, sobre las cuales podría haberse generado un marxismo latinoamericano. Así lo estiman autores italianos que valoran que ya en esa década del veinte hubiese existido en América Latina una aguda conciencia de carácter original de constitución de un marxismo específico y unitario de la realidad latinoamericana. Todo ello habría significado la aceptación del marxismo-heterodoxo como el universo teórico común, según el cual las sociedades latinoamericanas podrían ser descritas y analizadas determinando sus posibilidades de transformación.

La discusión sobre la fuerza de organización política, capaz de estructurar a los sujetos sociales, es donde las diferencias iniciales entre Mariátegui y Haya de la Torre se mostraron en contraposiciones radicales. De esta ruptura emerge el aprismo como una de las grandes corrientes ideológicas del pensamiento radical de izquierda latinoamericano.

Víctor Raúl Haya de la Torre, autor de *El antiimperialismo y el APRA* publicado en Chile por Ediciones Ercilla, en 1936, definía al APRA como:

La organización de la lucha antiimperialista en la América Latina, por medio de un frente unido internacional de trabajadores manuales e intelectuales (obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales, etcétera), con un programa común de acción política, eso es el APRA, (Alianza Revolucionaria Americana).

El programa máximo internacional del APRA consta de cinco puntos generales:

1. Acción contra el imperialismo yanqui.
2. Por la unidad política de la América Latina.
3. Por la nacionalización de tierras e industrias.
4. Por la internacionalización del canal de Panamá.
5. Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

El APRA representa consecuentemente, una organización política en lucha contra el imperialismo y en lucha contra las clases gobernantes latinoamericanas, que son auxiliares y cómplices de aquel. El APRA es el Partido Revolucionario Antiimperialista Latinoamericano que organiza el Gran Frente Único de Trabajadores manuales e intelectuales de América Latina, unión de obreros, campesinos, indígenas, etcétera, con los estudiantes, intelectuales de vanguardia, maestros de escuela, etcétera, para defender la soberanía de nuestros países. El APRA es un movimiento autónomo latinoamericano, sin ninguna intervención o influencia extranjeras. Es el resultado de un espontáneo anhelo de nuestros pueblos por defender unidos su libertad, venciendo a los enemigos de dentro y de fuera. Las experiencias de México, América Central, Panamá y las Antillas y la presente situación del Perú, Bolivia y Venezuela, donde la política de penetración del imperialismo se deja sentir fuertemente, han determinado la organización del APRA sobre bases completamente nuevas y propugnando métodos de acción realistas y eficaces. La palabra de orden del APRA sintetiza, sin duda, la aspiración de veinte pueblos en peligro: "Contra el imperialismo, por la unidad política de América Latina, para la realización de la justicia social".

Pero ese credo originario de gran influencia en la juventud latinoamericana, fue siendo burdamente abandonado.

La amistad de Allende con connotados apristas era objeto de duras críticas por quienes asignaban al aprismo una ubicación de derecha y desconocían antecedentes de sus antiguas raíces.

Allende, sin embargo, no necesitaba que le recordaran la dirección de los vientos en la historia que vivía. Con una clara percepción de las demandas de América Latina y de la necesidad de mantener el sentido revolucionario, rompe espectacularmente con el aprismo, provocando de paso, consecuencias políticas importantes en el propio Perú. Carlos Malpica, solidario y valioso político, uno de los fundadores del MIR peruano, me contó la anécdota de la crisis que originó Allende con su discurso en el día de la fraternidad, con que el aprismo homenajeara a su líder Haya de la Torre.

El hecho fue el siguiente:

Allende fue invitado por el APRA el año 1962 para participar en el acto de masas con que se celebraba tradicionalmente el cumpleaños de Haya de la Torre. Junto con Allende, se había invitado a numerosos dirigentes como José Figueres, de Costa Rica; Rómulo Betancourt de Venezuela; Juan Bosch, de República Dominicana, y otros líderes latinoamericanos, todos los cuales asistían identificados con el pensamiento socialdemócrata de Haya.

La concentración pública tenía como único objeto escuchar al líder aprista y los invitados asistían a decorar el escenario y se le pedía un saludo de "no más de tres o cuatro minutos", a uno de ellos, en nombre de todos. Al iniciarse la concentración, Allende, terminantemente, exigió usar la tribuna o simplemente se retiraba porque no estaba dispuesto a callar su pensamiento. Ante esa situación, los organizadores no tuvieron más que acceder a su petición.

Al principio asombrada —se alteraba un ritual aprista— y luego enervada, la multitud se identificó en forma inolvidable con el discurso de Allende. Este recordó el origen antiimperialista, abordó el problema de los recursos naturales de nuestros países, el problema de la solidaridad latinoamericana y la situación que vivía Cuba.

Inspirado con el entusiasmo que provocaba, Allende, como torero que ganaba rabo y orejas, terminó esa noche en la Plaza de Acho vibrante y demolidor. Para el pueblo aprista limeño constituía una satisfacción extraordinaria el reencuentro con el verbo revolucionario que ellos anhelaban. Ante eso ocurrió el hecho único en las festividades propias del cumpleaños de Haya de la Torre. El líder peruano se acercó a los micrófonos y sólo se limitó a saludar

y agradecer la presencia del pueblo, pero explicó que por lo avanzado del tiempo... ¡él ya no iba a intervenir!!

La intervención de Allende removió la conciencia, especialmente de los parlamentarios apristas más jóvenes y causó una crisis en el partido peruano.

Lo que constituía una especie de estructura básica en el pensamiento de Allende eran aquellas premisas que consagró el ps en su Segundo Congreso de 1934 y que corresponden a los rasgos más definidos de los referentes del pensamiento político que Allende profesaba.

¿Cómo podría resumirse ese pensamiento?

- A. El socialismo chileno es antioligárquico y antiaristocrático.
- B. El socialismo chileno es anticlerical.
- C. El socialismo chileno es antiimperialista.
- D. El socialismo chileno es antifascista.
- E. El socialismo chileno es antimilitarista.
- F. El socialismo chileno es antiindividualista.
- G. El socialismo chileno es antiestatista.
- H. El socialismo chileno crítica al socialismo reformista de la II Internacional, por su posición conformista dentro del rodaje del sistema demoburgués capitalista y crítica al comunismo soviético de la III Internacional por su posición dogmática en función de la defensa exclusiva de la URSS.
- I. El socialismo chileno es democrático.
- J. El socialismo chileno es laico, enemigo de cualquier abdicación de la razón, defensor del libre examen y de la libertad de conciencia.
- K. El socialismo chileno propugna el reemplazo del sistema capitalista por el régimen socialista, en el cual, la colectivización de los medios de producción permite organizarlos con fines de servicio social y liberar a los trabajadores.
- L. El socialismo chileno es nacionalista, celoso defensor de la independencia económica y política de su país; plantea una lucha por la segunda independencia nacional para obtener el rescate de sus riquezas naturales y fuentes de producción, en manos de los monopolios internacionales, y la eliminación del imperialismo.

Al mismo tiempo, aboga por la libre determinación de los pueblos y la unidad continental sobre la base de la formación de una economía orgá-

nica antiimperialista y una Confederación Latinoamericana de Repúblicas Socialistas.

M. El socialismo chileno es defensor de las libertades públicas; sin libertad no puede existir socialismo.

N. El socialismo chileno lucha por la paz y la fraternidad entre los pueblos.

Ñ. El socialismo chileno es colectivista en lo económico y guarda profundo respeto por la persona humana.

O. El socialismo chileno reconoce el papel indispensable de un nuevo Estado, de servicio social, técnico y planificador, capaz de impulsar la supresión de todos los privilegios y de las instituciones anticuadas.

P. El socialismo chileno es revolucionario porque se propone cambiar las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa de la sociedad.

Q. El socialismo chileno es americanista y aunque afirma el contenido internacional de la doctrina y acción del socialismo, no lo disuelve en lejanas perspectivas mundiales; la realiza en nuestro continente, en fraterna unidad con los movimientos revolucionarios de los pueblos hermanos por raza, idioma, costumbres e idiosincrasia, por su historia y similares problemas, por sus anhelos comunes y por enfrentar idénticos enemigos; solidariza con todos los pueblos oprimidos del mundo y sus luchas emancipadoras.¹⁵

Mientras el movimiento comunista, en este continente, estuvo subordinado a una estrategia mundial con un centro de gravedad ajeno a la realidad latinoamericana, el socialismo chileno enfatizó en su carácter latinoamericanista. Allende, en los hechos, asume con valor la calidad de vocero real de una política de esa naturaleza.

En el Comité Central había que sortear el obstáculo de las elecciones parlamentarias de marzo de 1969 y cumplir, en ellas, metas que correspondieran a las expectativas que las bases se habían planteado. Por una parte, estaba señalada una línea que por su dureza podría hacer pensar que habría que desdeñar las elecciones, pero

¹⁵ Esta declaración de principios fue extraída de la revista *Arauco* 27, del artículo "Teoría y Programa del ps de Chile", pp. 9-14.

lo cierto es que, por otro lado, como en todas las oportunidades anteriores, junto con nuestros hábitos inmodificables, por las “elecciones” existía el apasionamiento tradicional.

Se podría explicar tal entusiasmo, además, por el sobrecalentamiento social que vivía Chile y por la competitividad que ocasionaban la pugna con la Unión Socialista Popular. Todo eso, de una u otra forma, incidió en el afán con que el partido trabajó en esas elecciones.

Hasta el último instante existió incertidumbre pública respecto a la postulación parlamentaria de Allende. Se le inscribió como candidato por la Novena Agrupación Provincial, Chiloé, Aysén y Magallanes, zona por la cual iría también Raúl Ampuero.¹⁶ Era muy evidente el propósito nuestro.

Allende, una vez más, asumió la tarea. Es cierto que su opción de ser electo era pronosticable, pero la circunstancia competitiva ante Ampuero le era antipática porque contrariaba –en cierta medida– su reiterado discurso de sumar fuerzas y no agudizar divisiones. Durante el desarrollo de la campaña su actitud cuidó particularmente de no afectar ese criterio.

En el caso específico del extremo sur, la campaña ratificó la capacidad de convocatoria de Salvador Allende, que logró la primera mayoría con un 34 por ciento del total de la elección.¹⁷

La actividad del Comité Central, con posterioridad a las elecciones, necesariamente empezó a tener en cuenta el itinerario insalvable de la elección presidencial. Pero, obviamente, no se trataba solamente de una cuestión de trámite, de trájín administrativo.

Emergían los efectos de la situación en toda América Latina. El

16 La reforma constitucional aprobada por ley 16.672, de 2 de octubre de 1967, creó esta nueva Agrupación Provincial segregándola de la novena y fijando el período del primer mandato senatorial.

17 Los senadores electos fueron los siguientes: Salvador Allende (PS), 14.443 votos; Juan Hamilton (PDC), 11.940 votos; Fernando Ochagavía (PN), 7.894 votos; Raúl Morales A. (PR), 7.582 votos, y Alfredo Lorca (PDC), 7.142 votos.

tránsito al socialismo y sus vías estaba definitivamente incorporado al debate y a las perspectivas mismas de las organizaciones sociales y políticas de ese momento.

Allende, tanto por su pasado como por su actividad internacional –de resuelto apoyo a los movimientos revolucionarios– era un actor insustituible en la escena política, pero, eso no aseguraba su liderazgo.

Había sido la figura central y el gran abogado histórico de la unidad de socialistas y comunistas. Sin embargo, no significaba esto que Allende les atribuyera la condición de un eje excluyente de los partidos de la burguesía, satanizados por nuestra línea de Frente de Trabajadores.

Por otra parte, concurría, como una posición apasionante para los jóvenes y para los sectores intelectuales, el rupturismo contra el sistema de partidos. La izquierda parecía no tener otro destino en Chile que ser parte integrante de un sistema político al cual concurría con una rutina electoral frustrante.

El desarrollo de la posición rupturista se inició con el surgimiento de organizaciones marginales al sistema de partidos.

Particular referencia debe hacerse al surgimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Su primer secretario es el doctor Enrique Sepúlveda, pero lo característico de la nueva organización era su acentuado rasgo generacional.

El MIR realizó su primer congreso el año 1967 y eligió secretario general a Miguel Enríquez, joven de 24 años, estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, carismático y resuelto en sus convicciones revolucionarias. Miguel Enríquez, además de ser el líder natural del MIR, será un protagonista que, sin lograr con su organización un gran peso en los sectores de masas, tendrá la innegable influencia en el comportamiento de los partidos de la izquierda chilena. Desde fuera del sistema se plantea tanto en la línea de acción de masas, alcanzando su máxima expresión en el movimiento de pobladores, como en la línea de propaganda armada,

que culmina en ese periodo en las acciones de expropiación (asaltos a bancos, supermercados, etc.). Dentro de los partidos, especialmente en el Partido Socialista, existían corrientes muy próximas a estas posiciones, las que se habían visto involucradas en acciones, dentro de esta línea, en el movimiento campesino y de pobladores.

Miguel taquisíquico, brillante, hablaba como si cada palabra fuese una flecha o la pieza nerviosa e indispensable para la construcción de su razonamiento.

Verbos, artículos, adjetivos, sustantivos, fluían como pálpitos, con coherencia y pasión. Miguel tenía un carisma y una autenticidad que hacían imposible conocerlo y no registrar el hecho en las experiencias importantes de nuestra vida.

Poseedor de una simpatía galante, podría creerse que era demasiado “fino” para pensar como pensaba.

Tenía fuerza en las ideas y en el coraje personal. Velocidad en la ira y en la palabra cuando metía en la polémica toda la presencia de su ideologismo y su consecuencia.

Fui testigo, cuando en dramática polémica, de sol a sol, se enfrentaron él y Jorge Insunza, por los acontecimientos de Concepción. Como dos esgrimistas, de estilos diferentes y agresividad invariable –para no dejar pasar una–, médico uno, ingeniero el otro, se batieron en una de las discusiones más ágiles y tensas que recuerdo.

Amaba la vida y se enredaba en ella con humor, con cariño, con sus manos llenas de cigarrillos cubanos “Popular” y una infaltable compañera. Más parecía un despreocupado y alegre estudiante que el revolucionario de una pieza que era.

Allende sentía por él un profundo respeto. Estaba convencido de la honestidad política de quienes, en más de una ocasión, llamó “jóvenes románticos”, de los cuales tenía la certeza estarían dispuestos a dar su vida por sus ideas. Y no se equivocó, el joven líder del MIR murió combatiendo. De la clandestinidad, en la dictadura, pasó a la inmortalidad por la vía de la gloria.

Con su intuición y sentido de valoración realista de los acontecimientos políticos, Allende entendió desde el principio, mucho

más que otros dirigentes socialistas, que el MIR tenía una justificación histórica en su nacimiento –aunque no se compartiera su línea política– y que era necesario mantener una actitud de debate, pero de comprensión con ellos. Hay muchos que atribuyen a Tati una importante influencia en este aspecto. Creo que eso fue real, pero me parece que la mayor gravitación en esa posición de Allende, respecto del MIR, fue el peso de la influencia de la Revolución Cubana.

AGOTAMIENTO DEL FRAP

Al interior del ps prendió, entre algunos de nosotros, la formación de un frente revolucionario como alternativo al FRAP.

La noción de la nueva izquierda, anticipada en la campaña de Altamirano el año 1965, junto al gran desarrollo del movimiento estudiantil, hacen que resurja, renovado, el cuestionamiento a la institucionalidad de los partidos políticos tradicionales. El amplio espectro de fuerzas que querían cambiar las estructuras, más el agotamiento de lo que parecía ya un soporte muy estrecho –unidad socialista-comunista– y las diferencias crecientes del punto de vista estratégico, con los comunistas, hacen concebir la posibilidad de desarrollar ese frente. Promover, en un solo cauce de cuestionamiento, cambio y transformación revolucionaria a marxistas y cristianos, a las fuerzas sociales y políticas y a los partidos y movimientos que estuvieran resueltamente definidos por la construcción del socialismo en Chile.

Muchos dirigentes compartíamos y reflexionábamos sobre el proceso de formulación de esa política de frente revolucionario. Entre los más importantes recuerdo a Almeyda, Faivovich, Adonis Sepúlveda, Altamirano, Iván Núñez, etc. Implementar una política de esa naturaleza exigía promover, inevitablemente, rupturas para los encuentros y subvalorar las perspectivas electoralistas.

En ese ambiente se efectuó un pleno del Comité Central, donde Allende hizo un apasionado alegato de las perspectivas de un vasto movimiento de masas para enfrentar las elecciones. Reafirmó su confianza en el FRAP, pero planteó la necesidad de ampliar la alianza política otorgando una gran importancia a las perspectivas de tal acuerdo con los radicales.

Me correspondió intervenir para defender nuestra tesis del frente revolucionario. Lautaro Videla, colega y amigo, me había ayudado significativamente en el punteo de mis ideas.

Sin embargo, con el entusiasmo de la intervención, agredí con ironías innecesarias a Allende. Más o menos, dije: “El compañero Allende no tiene confianza en las posibilidades de crisis al interior de la Democracia Cristiana, ni en las perspectivas del movimiento revolucionario cristiano. ¿Quiere que esperemos la formación de los comités de Católicos Allendistas? ¡No podemos setentizar la estrategia del partido!”.

Al término de mi participación, al retirarme de la sala Arauco, vi que Allende se aproximaba directamente hacia mí.

“No estoy de acuerdo con usted –me dijo– pero estuvo bien, Jaime...” Y me estiró la mano.

En esos días, por acuerdo del Comité Central, me correspondió saludar un pleno del Comité Central del pc y exponer en tal ocasión nuestro pensamiento. Señalé que nosotros, como partido, no queríamos “setentizar” la estrategia de las fuerzas populares porque pensábamos que la elección presidencial podía distorsionar los objetivos revolucionarios del periodo. En esa oportunidad contestó, en nombre del pc, Volodia Teitelboim, quien dejó muy claramente establecidas las diferencias con la línea que nosotros impulsábamos. Indicó que las estructuras de los partidos políticos chilenos hacían ilusorias o inútiles las expectativas o las pretensiones de un posible quiebre en la Democracia Cristiana, todo lo cual no permitiría la formación de un frente revolucionario que, en cierta medida, caracterizó como el “infantilismo de izquierda” (*Chile al rojo*, Eduardo Labarca).

Sin embargo, en la dirección del ps, pese al escepticismo de Allende y del pc, se seguía trabajando en esa perspectiva. En aquel entonces, dirigentes demócrata cristianos y algunos de nosotros realizamos varias reuniones en mi propia casa de la Avenida Parrón 348, en La Cisterna. Asistían por la pc, Enrique Correa, Jaime Gaz-

muri y Julio Silva Solar, mientras por el PS participábamos Clodomiro Almeyda, Carlos Lazo y yo.

Asimismo, tuvimos una serie de reuniones con el MIR –Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista Van Schouwen–, a las que asistíamos con Altamirano. Parecía que los acontecimientos facilitaban el cumplimiento de esa política.

Allende no era un espectador impávido de la actividad que se desarrollaba en una variedad compleja de ámbitos y círculos. Se podría estimar que en el transcurso de ese año crucial de 1968, Salvador se incorpora con un activismo intenso a foros que excedieron la limitación que necesariamente le imponían las circunstancias internas partidarias.

Ese año Europa tenía presencia por todos los rasgos ya sobradamente conocidos como signos de la década. Sin embargo, desde el campo socialista, la situación de agosto sorprendió con fuerza a la izquierda latinoamericana y generó una nueva área de tensión y debate.

La “primavera de Praga” constituyó un hecho de importancia en las tensiones ya existentes entre socialistas y comunistas.

Los socialistas, en un documento muy consistente, condenamos los hechos de Checoslovaquia y esperamos, expectantes, la reacción que sobre el mismo problema iba a tener el gobierno de Cuba. La argumentación de Fidel sobre lo ocurrido, respaldó la intervención soviética. Y no fue absolutamente decepcionante para nosotros, porque toda la fundamentación de ese discurso reiteraba la obligación de que los procesos revolucionarios aprendieran a defenderse solos y si no, no merecían ser defendidos, pero terminaba justificando la intervención.

Allende no eludió –en esas circunstancias– expresar su opinión.

El medio, altamente ideologizado, exigía en ese instante las definiciones de los diferentes actores políticos. La objetiva diferencia de criterio entre el PS y el PC, permitía especular respecto a la posición que adoptaría Allende.

No me parecía intelectual ni moralmente honesto eludir un juicio acerca de los acontecimientos que se encuentran en desarrollo en Europa.

Lo que acontece –dijo Allende–, lisa y llanamente constituye una violación

de la no intervención. Condeno este procedimiento como siempre lo he hecho antes, incluso en el caso de Hungría, mientras mucha gente, que hoy va a protestar, recibía con regocijo la actitud yanqui en Playa Girón y en República Dominicana. Procedo así, porque lo sucedido, ahora y entonces, compromete en sus raíces mismas, normas que son esenciales en la convivencia internacional.

A mi juicio, desde un punto de vista chileno, procede acentuar que nuestra política ha de inspirarse en los dictados de la realidad nacional y latinoamericana, considerando que el enemigo básico es el imperialismo yanqui y que la única salida para el subdesarrollo se brinda a través de la vía no capitalista para la implantación del socialismo. Los conflictos europeos tienen que servirnos como un antecedente objetivo; pero no hay razón alguna para que ellos determinen nuestro destino.

En mayo de 1969 Rafael Agustín Gumucio, que había participado en la fundación de la Falange Nacional y era senador de la DC, asume la responsabilidad de hacer pública su crítica al gobierno de Frei y a la línea política de la DC renunciando a su partido y creando –por su indiscutible y reconocida honestidad– una crisis de envergadura al interior de la DC.

También Jacques Chonchol, Alberto Jerez y Vicente Sota presentaron sus renunciaciones a la DC. Junto con fundamentar su disconformidad con la línea política, agregaron planteamientos tales como los siguientes:

...Aspiramos a formar una fuerza de izquierda nueva, parte del proceso de unidad popular.

...Coincidimos con Aniceto Rodríguez en que nuestro Vaticano no está en Belgrado, en Moscú o en La Habana, sino en Chile.

El MAPU nació entonces en 1969, a partir de esa escisión del Partido Demócrata Cristiano. Fue formado mayoritariamente por elementos provenientes del sector juvenil de ese partido. Rodrigo Ambrosio, una personalidad notable de esa generación, –desgraciadamente fallece a causa de un accidente automovilístico– fue la principal figura de ese proyecto.

Por otra parte, los sectores terceristas de la DC promovieron reuniones para analizar los efectos de la decisión adoptada por los rebeldes. Vale la pena consignar que, entre ellos, figuraban Luis Maira, Pedro Felipe Ramírez, Bosco Parra, Pedro Urra, Juan Enrique Miguel, Jorge Leiva, Jorge Donoso, la mayoría de los cuales concurrirán el año 1971 a la formación de la Izquierda Cristiana.

En poco más de dos años (1969-1971), en lo que va de su asamblea constitutiva a su primer congreso, el MAPU buscó una nueva definición ideológica (dentro del campo del marxismo) y social (proletaria, por supuesto), abandonando la definición cristiana y pluriclasista que caracterizaba sus orígenes.¹⁸

Si bien al comienzo del proceso, 1969-70, en el momento de las negociaciones para la constitución de la alianza de partidos y la confección del programa común, quienes buscaban alternativas ajenas al sistema de partidos eran poco significativos en el conjunto del sistema político, su presencia era lo suficientemente fuerte en el panorama nacional como para pesar en el ánimo de los negociadores.

Con simultaneidad al proceso de gestación del frente político era inevitable la discusión sobre los “presidenciables” del setenta.

No cabía duda que Radomiro Tomic sería el candidato de la DC.

Es irresistible reconstituir a Tomic en una tribuna, pero también es extraordinariamente difícil lograrlo. Ricardo Boizard, en su libro *Voces de la política, el púlpito y la calle*, dice:

Radomiro Tomic, entre todos, es el que encarna, quizás, al más auténtico orador. Cuando va a la tribuna, parece atemorizado. Cierra los ojos y da la impresión de que no quiere mirar de frente al auditorio. Da unos pasos adelante y otros atrás.

Llena con agua el inevitable vaso que, por supuesto, en el fondo de la improvisación, no le va a servir para nada. De improviso estira los brazos y

18 Esto provocó un primer desprendimiento entre los militantes del MAPU. Algunas figuras de trayectoria dentro de la DC y, por lo tanto, mejor integrados al sistema político, preferirán unirse a la Izquierda Cristiana, escisión de la DC producida a mediados de 1971. Así, el MAPU adquiere algunas características que lo asemejan al MIR tanto en su composición generacional como en el aspecto ideológico.

en una solemne invocación, echa al viento sus primeras palabras. Todavía no le abandona la timidez y parece que la garganta se hiciera estrecha para contener lo que viene. Todo va subiendo de tono y, sin pensarlo, sin haber visto el proceso de la transición, uno se encuentra con que aquello que habla es una fuerza de la naturaleza; no decimos es un orador, sino una fuerza que viene de más debajo de las tablas, un fluido torrencial de temperamento rico, una lluvia de palabras, enhebradas a veces mal pero dichas con pasión; un aluvión de energía que revienta en los labios, en los brazos y en el cuerpo del orador.

No siempre se le ve discurrir en orden. Es precisamente el desorden su mejor secreto. Cuando la fuerza que habla se va viendo debilitada en un razonamiento vulgar, hay como el frenaje en la máquina. Radomiro vuelve atrás. Deja trunco el razonamiento y todo aquello, toda esa juventud desbordante, toda esa pasión incontenible, toda esa poesía en gestación, busca un cráter más ancho que la simple idea, más abierto que el simple método y lo vemos entrar en la solemne oración: “Patria, patria nuestra”, dijo un día. Lo dijo con una voz que de un golpe hizo pensar que aquello no era la misma patria trillada y encarnecida por el mal gusto. Hizo pensar, con su voz, con su gesto, que la patria de que se trataba es algo nuevo, y que eso nuevo estaba naciendo allí.

La secuencia de acontecimientos nos absorbía en la definición de los pasos a dar, para trechos cortos y largos, para actuar tácticamente en forma correcta en relación a las tareas que estratégicamente considerábamos las justas y necesarias para el momento que vivían Chile y América Latina.

Allende había viajado a Vietnam. Su confianza en la victoria vietnamita era absoluta, lo que significaba —obviamente— visualizar la vulnerabilidad del imperio. Lo que más rescata él, de esa experiencia vivida, va a ser el Frente de la Patria. En ese viaje, lo acompañó Eduardo Paredes, médico que había ingresado al Comité Central en el Congreso de Chillán. Allende y Paredes afiataron en ese viaje una gran amistad. La juventud de Paredes, el nivel de comunicación y el grado de absoluta y merecida confianza que le otorgó Allende, indica una forma muy característica de las relaciones humanas que Salvador demuestra en el marco de su actividad política. Tenía una capacidad

muy definida para su empatía con la juventud. Es auténtico en él el sentido de ser intérprete de una juventud rebelde. Era como un elemento propio de su ideario socialista y por eso, en los círculos más distantes de los niveles intelectualizados de las dirigencias políticas juveniles, Allende tenía una indudable convocatoria explicada por su capacidad de audición a ellos.

La gestación de la mesa UP

En el partido no sólo estaba la discusión en torno a esa nueva izquierda, o frente revolucionario que patrocinábamos algunos. Las políticas requieren hombres que las asumen y representen. E, inevitablemente, surgía la discusión en torno al dirigente que tendría que ser bandera partidaria en las elecciones del setenta.

En forma tozuda algunos insistíamos en la necesidad de enfrentar en un cuadro de nuevas alianzas políticas, programas radicalizados y candidato diferente.

El frente revolucionario empezó a perder fuerza como concepción porque era una expresión muy voluntarista y Altamirano, que parecía su líder natural para esa polarización rupturista, fue el primero en descalificar la opción.

En medio de esas circunstancias, me invitó Allende a cenar a su casa. Aunque sorprendido, porque era algo absolutamente inusual, sospeché –sin mayor perspicacia– el tema que abordaría. Comimos a solas, en el escritorio de su casa, donde entre otras fotografías, estaban las de Pedro Aguirre Cerda, de Ho Chi Minh, el “Che”, etc.

Allende era muy directo.

–Bueno, Jaime ¿quién es su candidato a presidente?

–Doctor, usted ya sabe que varios hemos planteado la necesidad de desarrollar un frente revolucionario que altere la perspectiva electoralista, que interprete el deseo de cambio de la gente, que...

–Sí, pero, ¿quién es su candidato para ese frente o esa alianza?

–Lo hemos dicho pública y privadamente, doctor, el candidato sería Carlos Altamirano...

–Bien, Jaime, pero si ocurre que Carlos no tuviera nada que hacer en el asunto, que la cosa se limitara a Aniceto y a mí, ¿quién sería su candidato...?

–Doctor, le repito, mi candidato es Carlos, de tal manera que me es muy difícil suponer esa eventualidad...

–De acuerdo, de acuerdo, pero admita la hipótesis, hombre; si el Comité Central debe resolver en definitiva entre Aniceto y yo, ¿por quién votaría?

–Yo haré lo posible porque tal alternativa no se presente, pero si eso ocurre, yo votaría por usted... doctor, de eso no le quepa duda...

–Salud, entonces, Jaime –me dijo– vamos a estar juntos en otra campaña.

Me impresionó su seguridad en instantes en que la discusión interna, fundamentalmente en la cúpula, era intensa y no tan clara la prioridad del nombre de Salvador.

Durante el proceso de nominación del candidato del partido, ocurrieron innumerables hechos de variada importancia, pero que conservo como anécdotas representativas de un periodo vivido con mucha intensidad.

El Siglo del 14 de julio relata:

A las 11:45 horas se ubicó en la tribuna, en medio de la ovación del público, el Comité Central del ps, encabezado por su secretario general, Aniceto Rodríguez, y los subsecretarios Adonis Sepúlveda y Jaime Suárez Bastidas. También se encontraban Hernán Morales, Carlos Altamirano, Homero Julio, Marta Melo, Eduardo Paredes, Juana Flores, todos miembros del Comité Central. La brigada parlamentaria ocupó una tribuna especialmente habilitada.

Ese día, entregó el informe del pleno Aniceto Rodríguez y estaban ya desatadas las opciones de las presidenciales. Allende llegó al Caupolicán provocando una reacción de respaldo fuera de libreto, intensamente activada por Elba Vergara y otros dirigentes de base que exigían a gritos la proclamación inmediata de Allende con una

gran acogida del público. Aniceto, saliéndose de su libreto también, dijo más o menos lo siguiente:

“... ¡Yo les digo a esos afiebrados que será el partido el que designe al candidato a la presidencia...!”.

Su reacción, con tanto apasionamiento pareció muy obvia. Esa noche nos reunimos en casa de Almeyda, Altamirano, Lazo y yo. Con Lazo, estábamos –después del desistimiento de Altamirano– absolutamente a favor de la candidatura de Allende, mientras Almeyda y Altamirano simpatizaban con la postulación de Aniceto. Lo ocurrido en el Caupolicán esa mañana, nos dio motivo a Lazo y a mí, para molestarlos y reírnos con ganas, en esas circunstancias tan particulares. Lo menos que les decíamos era que Allende había ganado la pelea antes de salir al ring.

Es difícil imaginarse a “don Cloro” niño. Si bien lo conocí hombre maduro, que ya había sido ministro del Trabajo de Ibáñez, siempre me causó una sensación de intemporalidad respecto de su propia existencia, porque “don Cloro” tiene la particularidad de “estar” siempre en futuro.

Distraído, ameno, con un carisma de chillanejo dicharachero, que oye lo que se le habla, que atiende a su interlocutor, es una notable mezcla de pensador profundo, de largo aliento, con un pragmático de la “micropolítica”. Un buscador del pensamiento, de una simpatía notable, no se mide para contar las más extrañas anécdotas, que parecen increíbles, por ser tan curiosamente veraces.

Así, por ejemplo, uno sabe de esa ocasión en que echaron una siestecita con el rey Balduino, en Bélgica, en la entrevista en que ambos estaban con bastante sueño, o cuando se equivocó de puerta para hacer salir una delegación extranjera y los hizo pasar a la pieza de baño en su despacho de canciller. “Cloro” posee una forma de humanidad que desconcierta y alegra por esa contradicción de la solemnidad de su estampa catedrática y el desenfado natural de lo espontáneo. En un almuerzo –relativamente íntimo, en el comedor de La Moneda– que Allende le ofrecía al secretario general de las Naciones Unidas Kurt Waldheim, en la pesada sobremesa de calor y palabras obligadas, escuchábamos agradecer al agasajado y “Cloro” fue derrotado por la somnolencia.

Un vecino le tocó diplomáticamente con el codo y “Cloro” reaccionó, aplaudiendo de manera sorpresiva extemporáneamente.

Son inagotables los chascarros que proyecta una personalidad tan vital, de intelectual tan atípico con un humor y una calidez tan singular. En el departamento que yo ocupaba, cedido por la solidaridad de los soviéticos, durante mi exilio en Moscú, estuvo una noche Clodomiro con nosotros y nos acompañaban funcionarios del PC de la Unión Soviética. Como ellos están –o estaban– asignados a atender según el país de los huéspedes, no era extraño que por ejemplo Dimitri, que atendía a los chilenos, conociera al detalle nuestros chilenismos y por lo tanto el castellano que hablan está estrictamente relacionado con el país con el que trabajaban. Esa noche, aparte del intérprete que atendía a Cloro, estaba Vladimir, hombre que tenía a su cargo las relaciones con los argentinos. Desde que nos sentamos a la mesa, a compartir y conversar, Clodomiro no pudo reprimirse:

–Mire, mi amigo, usted ¿de qué parte de Argentina es?

–Compañero, yo soy ruso, viste, y no tengo nada de argentino, che...

–No hombre –le insistió “Cloro”– si usted no es argentino, yo soy portugués, no sé, pero usted habla, come como argentino; no, a mí no, usted es porteño, completamente porteño...

No hubo caso de convencer, luego, a Vladimir, de que se trataba de una broma de “Cloro”, porque el hombre se afectó de verdad.

Pero que nadie se llame a engaño con esa bonhomía, con esa forma tan común, natural de ser. Analista apasionado, estratega más que táctico, dialéctico, puede ser severo e inflexible.

Almeyda no simpatizó inicialmente con la candidatura de Allende. Además, los ideologismos de Almeyda distaban mucho de los quehaceres políticos parlamentarios de Allende. Sin embargo, en el transcurso del gobierno, Allende va a distinguirlo como uno de sus grandes ministros y Almeyda, en forma muy enfática, decía, cada vez que había pasado un tiempo sin conversar:

–Oiga, Jaime, le diré que cada día estoy más allendista.

Su regreso a Chile conmovió a la opinión pública por las características de franco desafío a la dictadura de Pinochet. Almeyda es, sin lugar a dudas, un gran valor del pensamiento y la acción política chilena.

Obviamente que entre bambalinas se efectuaban innumerables conversaciones con todo tipo de especulaciones y dando origen a diferentes cábalas. Hubo iniciativas públicas, como la de una reforma constitucional que significara una elección de dos vueltas.

Sin embargo, al margen de bromas, el Comité Central debió iniciar la discusión del nombramiento de su candidato a la presidencia.

Con una solemnidad bastante ajena a nuestras prácticas, Aniceto dio por inaugurado el largo ciclo de sesiones en que cada miembro del Comité Central tendría que entregar una opinión política sobre la elección y fundamentar el apoyo y el nombre del camarada que apoyaba.

Expresé que circunscrita la nominación a una decisión entre Aniceto y Allende, yo votaba por Allende. En esa misma oportunidad recordé las ausencias de Salomón, de Ampuero y la validación de Altamirano, presente en la reunión.

Todos usaron de sus derechos en dos vueltas y en un largo periodo de discusión. En medio de él, Adonis Sepúlveda propuso que se realizaran jornadas de consulta a los comités regionales.

En agosto, aún las cosas no se aclaraban al interior del propio partido, como se puede apreciar en declaraciones a la prensa de Aniceto.

El secretario general del ps de Chile, senador Aniceto Rodríguez, insistió ayer que, reglamentariamente, corresponde al Comité Central de esa colectividad política hacer la designación del candidato presidencial para las elecciones de 1970.

Luego de una reunión de la Comisión Política, el parlamentario dijo que el Comité Central podía delegar esa atribución en una asamblea, "pero en el caso particular del setenta esa nominación estará a cargo del organismo máximo del PSCH.

El ps de Chile, realizará los días 15, 16 y 17 del presente, plenos regionales en todas las provincias del país, con el objeto de dar a conocer los acuerdos del último pleno nacional.

Ese proceso de manifestación de opinión de las bases fue objetivamente decisivo para los acontecimientos posteriores, a nivel del Comité Central. Esa actividad se cumplió nacionalmente y a ella asistieron dos miembros del CC a cada jornada regional. Se trató, particularmente, de cautelar que las posiciones de ambos precandidatos tuvieran presencia en las discusiones y en ningún momento se le dio carácter de elección interna.

Laurita Allende me contaría después su experiencia en el Regional al que le correspondió asistir.

En esa región cordillerana, el compañero del central hizo una exhaustiva exposición de los nuevos tiempos, de los cambios revolucionarios, de las alianzas, etc. Sin nombrar a Salvador pero indicando que "esta vez ya no". Le ofrecieron, a continuación, la palabra a Laura pero ella expresó que prefería escuchar a algún compañero de la base para después dar ella su opinión.

Entonces habló un viejo militante: "Bueno dijo -yo entiendo lo que ha dicho el camarada de Santiago. Es cierto. Tenemos que enfrentar la cosa de otro modo, pero vamos a tener que participar en las elecciones presidenciales y el plantea que hay que pensar en otro candidato, por todo lo que dijo... sí, claro, pero yo quiero que entiendan una sola cosa. En mi casa ¿qué voy a decir? Allí desde chicos los cabros y la gente se han criado gritando "pica el ajo, pica el ají, sale Allende, claro que sí".

Francamente, yo no puedo llegar hablando de otros candidatos porque la gallada está con Allende...".

Después de eso, me comentaba Laura, ya estaba todo dicho.

La discusión interna en el Comité Central continuó, pero la limitada cantidad de integrantes, la expresión oral del apoyo y/u opinión de cada uno de los integrantes fue permitiendo que se visualizara el desenlace.

La reunión del viernes 29 de agosto de 1969 fue dramática. Habían sido citados Salvador Allende y Aniceto Rodríguez para que expusieran su pensamiento antes de que la dirección tomara la decisión final.

Allende fue el primero en intervenir. Jamás le había escuchado ni le escucharía una participación tan mediocre. Repetitivo, monótono, extrañamente inseguro –en circunstancias que se sabía que la votación lo iba a favorecer–, intuía un riesgo que parecía no haber sido ponderado.

Y en efecto, Aniceto, en vez de hacer una exposición, dio lectura a una carta en la que renunciaba a su postulación interna, seguido lo cual se retiró a su oficina, acompañado por varios integrantes del central, provocándose entonces, una interrupción crítica de la sesión. Allende recuperó su calma, pero, desconcertado, se retiró de la sala y del local.

Pudimos regularizar la sesión y proceder a la votación que, en una primera vuelta, significó una mayoría de abstenciones sobre el nombre de Allende (14 votos por la abstención, 13 votos por Allende).

Quienes habíamos apoyado su postulación, insistimos en el daño enorme que se hacía al partido y a la candidatura con una votación y una información de esa especie y, por lo tanto, existió el acuerdo de que no se difundiera ese resultado. Hubo nueva votación definitiva de la mayoría, porque la verdad es que la carta de Aniceto facilitó que algunos se ampararan en la abstención, porque no habría con ello un acuerdo contrario al sentir mayoritario del partido, que, resueltamente, se había manifestado por Allende en la casi totalidad de los comités regionales. No obstante las prevenciones, al día siguiente se conocieron los pormenores de su designación, lo que complicaba nuestra participación en la mesa de la UP. La derecha y su prensa trató por todos los medios de obtener ventajas de la situación. *Las Últimas Noticias* tituló el 30 de agosto: “Con dolor del Comité Central ganó Allende”.

Allende, nominado nuevamente candidato del partido, en proceso tan áspero, tendría ahora que enfrentar toda la odisea de la UP. Sin embargo, en esos tiempos en que fueron más frecuentes nuestras conversaciones y el intercambio de opinión para salir adelante en el medio del nuevo frente político existente, nunca mencionó lo sucedido en la sesión del central con algún resentimiento.

Siempre Salvador Allende debió luchar al interior del partido con obstáculos que podrían haber sido desalentadores o, a lo menos, frustrantes. Sí, pero no para un Allende que tenía una visión muy realista del medio político y entendía que su fuerza principal estaba en las masas.

Sin embargo, simultáneamente al proceso de nominación de nuestro candidato, la mayor importancia radicaba en hacer prosperar una línea política que cumpliera con los prerrequisitos indiscutibles del ánimo de transformación revolucionaria que existía nacionalmente.

No se trata de elegir un presidente...

La concepción de la unidad popular tenía las características de constituirse en un problema casi insoluble en nuestras conversaciones con los comunistas.

La unidad popular que propiciamos los comunistas tiene como objetivo abrir paso a la revolución chilena –declaraba Luis Corvalán el 19 de agosto de 1969. Su razón de ser no está en la búsqueda de combinaciones para enfrentar mancomunados los próximos eventos electorales. Tiene vigencia haya o no elecciones de por medio y fuera o dentro del marco de las lides electorales. Pero comprende y debe comprender también la obligación de actuar unidos en la próxima contienda presidencial.

Sin embargo, nosotros recibíamos en forma muy cautelosa tales planteamientos porque creíamos que ellos sólo apuntaban a una alianza política que reviviera el Frente de Liberación que sostenían como estrategia y se limitara todo a una nueva alianza electoralista, a la cual no le otorgábamos destino.

En innumerables reuniones con las comisiones políticas del PC y del MAPU, avanzábamos en la búsqueda de la estructuración de un frente político que no fuera un remedo del Frente Popular ni una caricatura infantilista.¹⁹

¹⁹ *El Siglo* del 20 de agosto informaba: “El subsecretario general del PS, Jaime Suárez, expresó que en Comisión Política que debía reunirse anoche, ese partido estudiaría el

A esas alturas las diferentes fuerzas habían proclamado sus diferentes candidatos presidenciales: Pablo Neruda, del Partido Comunista, Alberto Baltra, del Partido Radical, Jacques Chonchol, del MAPU y Rafael Tarud, del API (Alianza Popular Independiente).

Allende, por su parte, era incansable en el análisis de una situación que podía tener cualquier salida menos la que él propiciaba. La situación del Partido Radical era la más susceptible de recibir la acción de Allende. La candidatura de Alberto Baltra contaba con simpatías de sectores intelectuales y de prosapia radical, pero distaba de una popularidad que pudiera jaquear las posibilidades de un candidato socialista. En ese instante, después de un gobierno de Frei, era como contra natura impulsar la candidatura de los radicales que no lograban aún reivindicar sus gestiones anteriores de gobierno.

Sin embargo, los hechos se precipitaron, felizmente, en el mes de octubre.

La UP surgió articulando la decisión de fuerzas políticas tradicionales de la izquierda chilena y fuerzas nuevas pero en un trasfondo muy claro de cuestionar el sistema capitalista. Al respecto, nadie, absolutamente nadie fue llamado a engaño.

El ps y el pc cursaron un documento de invitación para constituir un frente unitario que señala, en una de sus partes fundamentales textualmente:

Comunistas y socialistas, al asumir la iniciativa de promover un frente político fuerte, dinámico y capaz de proyectarse históricamente más allá de las elecciones presidenciales, empezamos por afirmar que la unidad popular tiene vigencia en la medida en que galvanice un vigoroso y definitivo impulso antiimperialista, cuestione decididamente el orden establecido y se imponga la tarea de ir a la construcción del socialismo.

La respuesta de las otras fuerzas no se hizo esperar, lo que permitió la constitución formal y operativa de la Unidad Popular. El 9

discurso de Corvalán. Anunció que en la reunión con las comisiones políticas del ps, del pc, y del MAPU, a efectuarse hoy, el ps dará a conocer su pensamiento al respecto”.

de octubre de 1969 se designó el comité coordinador de la UP y la Comisión Programa.

El comité coordinador de la Unidad Popular estaba integrado por Aniceto Rodríguez y Adonis Sepúlveda, socialistas de Chile; Luis Corvalán y Orlando Millas, comunistas; Carlos Morales y Orlando Cantuarias, radicales; Esteban Leyton y Juan Tuma, socialdemócratas; Rafael Agustín Gumucio y Jaime Gazmuri, por el MAPU, y Alfonso David Lebón y Guillermo Ovalle, por el API.

El itinerario de trabajo de la Unidad Popular debió cumplir por tres estadios: Elaboración del programa de la Unidad Popular; definición de la conducción y estilo de la campaña y, finalmente, nominación del candidato.

Se cumplió, en rigor, con la planificación trazada para la operatividad de la alianza. Diferentes comisiones de trabajo iniciaron el estudio de las bases programáticas, las cuales iban permanentemente siendo consultadas a las direcciones políticas máximas. Existía preocupación por que ese trabajo se transformara en una excesiva tarea de academia que esterilizara, en el tiempo, la meta de obtener una plataforma consistente, realista y de acuerdo a la voluntad de transformación que asistía a las fuerzas concurrentes. Sin embargo, no ocurrió así.

El trabajo fue serio, técnicamente bien fundamentado, políticamente sólido. Las críticas respecto a sus contenidos maximalistas –tan en boga después de la experiencia del gobierno UP– acusan sesgos de otra naturaleza. La importancia de la elaboración de ese programa era que existía la voluntad para cumplirlo y, además, que los chilenos supieron con anterioridad a las elecciones y, a plena cabalidad, los términos de la propuesta de la Unidad Popular. Un millón de ejemplares del programa se distribuyeron profusamente por todo Chile.

¡Nadie puede afirmar que el 4 de septiembre de 1970 el electorado desconocía las opciones que sufragaba! ¡Nadie puede desconocer que los contenidos programáticos de las candidaturas de la UP y de la DC no planteaban el cuestionamiento al sistema vigente!

En el marco del funcionamiento de esta incipiente UP –con an-

terioridad a la nominación del candidato— se redactó un documento que fue aprobado por todos los partidos políticos de la alianza. Se trató de “Conducción y estilo de campaña” en el cual participé con Iván Núñez. Lo menciono porque constituyó como una especie anticipada de póliza para evitar desviaciones de derecha durante el proceso electoral, en un claro afán de evitar las experiencias ocurridas en 1964 y para prever la consideración constante de los contenidos de las bases programáticas.

El último capítulo en el proceso del despegue de la UP lo constituía la designación del candidato. Fue un periodo engorroso y áspero, con quiebres y crisis tan serias como la del 31 de diciembre de 1969.

Las noches de Santiago incorporaban a su atractiva temperatura de verano, los programas de fútbol en el Nacional que se transformaba en un lugar de grato momento de fuga de los problemas que más nos acosaban en la cotidianeidad.

Entrampado en las discusiones de la mesa de la UP, con las diferentes tensiones que por su parte nos provocaba el debate diario en el partido y el apremio, discreto, pero apremio incansable de Allende, fui una noche a ver el partido de mi equipo favorito, la U, al Estadio Nacional. En el entretiem po me encontré a boca de jarro con Allende en el casino.

—¿Cómo andan las cosas, Jaime? —y agregé— tenemos que conversar, hoy...

—Ahí andan, doctor ... mañana me comunico.

—No, hoy, después del fútbol lo espero en el Oriente. ¿De acuerdo?

Ya no había forma de negarse.

El restaurante Oriente, en la antigua Plaza Italia, tenía el encanto de una ubicación privilegiada, variadas secciones y sobre todo, atención hasta muy altas horas de la noche. Concurrían políticos, deportistas, periodistas, pero en general su intensa vivacidad nocturna le otorgaba un atractivo especial. Estaba ubicado, además como en la

frontera del barrio alto o en el portal poniente de ese Santiago que se extendía hacia Estación Central.

Cuando llegué al comedor del Oriente, encontré a Allende acompañado.

Miriam Contreras tenía una interesante hermosura. Con una sonrisa cálida, inteligente e intuitiva, otorgaba a su expresión la tranquilidad de un remanso con algo de hechizo, de encanto. Un sombrero amplio, europeo, otorgaba a sus facciones los rasgos casi mágicos de dama de leyenda. Allende tenía una inconfundible actitud de adolescente. Aunque jamás fui confidente de él respecto de asuntos tan personales, bastaba observarlo un segundo para constatar el impacto que le causaba “Payita”.

Aprendí a quererla en el trabajo, en la lealtad, en la dedicación, en la generosa plenitud con que asumió todas las exigencias del gobierno de la UP. Mujer de alma fuerte, fue objeto de toda la ira de una derecha soez y agresiva. Sin embargo, nada la hizo vacilar y su amistad con Tati y Laurita constituyen un pequeño e íntimo patrimonio en el quehacer de La Moneda. “Payita” otorgó su apoyo a todos aquellos a quienes ella creía lo necesitaban y se transformó en una persona vital en ese mundo que se desarrolló durante la campaña y después en el gobierno, pero, ajeno a la cámara, al flash, a la figuración.

“Payita” significó mucho en la vida de Allende. Y para ella, tal vez, fue una época maravillosa y trágica. Incursionar, nombrándolos, en la comarca de su sino, me es profundamente difícil, pero sé que mi silencio habría sido una falta de respeto a un sentimiento admirable en Allende.

El trabajo de la UP fue absorbente. Y el debate por la nominación del candidato presentó dificultades muy superiores a las esperadas.

El momento crítico más serio se vivió el 31 de diciembre, precisamente cuando existía la ilusión de que se entregaría, junto con el saludo de Año Nuevo, el nombre del candidato. Pero la realidad fue muy distinta.

Estuvimos reunidos todo el día. No fue posible romper la impasse: radicales y API sostenían la fórmula Baltra y Tarud o Tarud o Baltra. Nosotros, inalterables con la candidatura de Allende y contábamos con la alterativa Neruda. El MAPU retiró la candidatura de Jacques

Chonchol pero ninguna solución era posible si no se incorporaba no sólo un voto más a los propuestos sino que se dejaba sin efecto el veto (recurso que se admitía para obtener pleno acuerdo). En esas circunstancias, se entró la situación en bloques insalvables.

Hubo atisbos de nuevas candidaturas para superar la impasse. Como que parecía oportuna la ocasión para incorporar nuevos nombres y empezar de nuevo, Rafael Agustín Gumucio fue mencionado informalmente por los comunistas.

En la víspera de Año Nuevo se dio por terminada la reunión sin que se lograra acuerdo. Sin embargo, para no repetir la frustración se resolvió que la nueva sesión se efectuaría al existir previamente acuerdo con respecto a un candidato unitario. Esto significaba que, en el intertanto, se realizaran reuniones bilaterales de las comisiones políticas.

Por teléfono, le comenté esa noche a Allende lo que había ocurrido. No hubo mayores comentarios, aparte de desearnos, mutuamente, feliz año. El augurio no parecía el mejor.

En el partido hubo algunas indicaciones orientadas a no insistir más con Allende porque no prosperarían las conversaciones de la mesa y el espectáculo de la Unidad Popular de por sí ya era muy dañino para la campaña electoral. Los conciliábulos proliferaban en el Senado, en el partido, en el restaurante Omar Kayam, etc.

Ante la eventualidad de que prosperara un cambio tan significativo en el transcurso de los acontecimientos, algunos promovimos y logramos un pleno nacional del partido, para llevar a las direcciones regionales la información y bloquear cambios en la línea que se había trazado con anterioridad. El pleno fue categórico: con Allende, pase lo que pase en el seno de la UP.

Para no eternizar el detalle de los acontecimientos, en medio de un vendaval de reuniones de las comisiones políticas de los partidos, entre entrevistas y especulaciones, con fórceps, en un parto muy difícil, cianótica, nació la candidatura presidencial de 1970.

El 22 de enero fue adoptado el acuerdo de la Unidad Popular en una reunión –casi triste– que tuvimos en el local del Partido Radical: Salvador Allende sería el candidato presidencial de la UP.

Conversé esa misma noche con Allende. Sin estar eufórico, con la tenacidad y el optimismo de siempre, me comentó que ese había sido el tramo más duro y que ahora había que retomar la iniciativa y la ofensiva en la campaña.

Habían quedado heridos, existía escepticismo y todo parecía indicar un cansancio generalizado de la izquierda, una derrota anunciada con una UP tan maltrecha en su estreno.

Allende comprendía, perfectamente, que las fronteras tradicionales de la alianza desconfiaban de él y que, por otro lado, los sectores jóvenes que remozaban el frente, no se sentirían interpretados por un discurso que creían que sería insuficiente para motivar las aspiraciones revolucionarias.

Se iniciaba el rumbo de recuperar la confianza de sectores de la propia izquierda, agotados con tantas campañas en el cuerpo y seriamente reacios a entender cómo podría conciliarse, por esa vía electoral, la transformación de la sociedad capitalista. Subyacía el conflicto de las formas de lucha en la perspectiva de alcanzar el poder.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA

Allende comprendió el desafío, sin echar en saco roto cada una de las peripecias que se habían tenido que afrontar para obtener –ya por última vez, como él lo entendía– la nominación de candidato.

Es innecesario abundar en la autenticidad de su adhesión al programa, en su convencimiento de la factibilidad de un proyecto político que de manera tan singular se planteaba en la situación específica chilena.

Con una cuidadosa voluntad unitaria, sin descuidar detalles, atento a evidenciar en los hechos que él era el primer militante en la disciplina y en el trabajo político de la UP, sin vacilaciones ni actitudes derrotistas –pese a todos los signos tan negativos iniciales– Salvador se dedicó de lleno a “calafatear” esta estructura de Unidad Popular que requería internamente ajustar y aceitar la cohesión para hacer eficiente la alianza. Otorgar las condiciones para que, en todos los niveles de la campaña se hiciera efectiva la participación del pueblo, al margen de cualquier sentido meramente electoralista.

La palabra, consigna, anhelo, necesidad, afirmación fue: VENCEREMOS.

El partido necesitaba afianzar su alma en la campaña. Recuperar y otorgar confiabilidad a quienes, por tanto tiempo, lo habían seguido con absoluta entrega. Allende así lo asumía.

“Chicharra” tenía un extraño y, tal vez, único privilegio en la vida del partido. Era el único militante que, sin ningún derecho estatutario ni de ninguna clase, podía asistir a los más enclaustrados de nuestros plenos. Estaba en el inventario del partido. Vivía en el local cuando así él lo quería. Perteneía a un tipo de personaje popular, difícilmente definible, que teniendo su residencia en la población o en la pampa, en La Vega, en la micro o en

una feria callejera, escasamente sabía leer y escribir, pero que tenía un enorme corazón de pueblo.

¿Cómo llegó el “Chicharra” al partido? Nadie lo tenía muy claro y todo se confundía en contar con él, desde siempre y para siempre. Variadas historias le atribuían manifestaciones increíbles de lealtad. Y, sin lugar a dudas, no eran todos mitos. Que cuando don “Marma” llegó a una reunión del central, alguien le preguntó la hora y Grove respondió que no tenía reloj. Lo escuchó “Chicharra” y a la salida de la reunión del Comité Central, se habría acercado a donde Marmaduke y le habría dicho: “...Elija, camarada Grove...”, mostrándole tres o cuatro relojes pulseras “obtenidos” rápidamente para el líder, que él no concebía sin reloj. En otra ocasión “Chicharra” habría salvado, en incidentes callejeros, a Rómulo Betancourt, quien después Presidente de Venezuela, lo invitó a Caracas.

“Chicharra” tenía una adhesión sin límites con quien estuviera en la primera línea del partido. Ampuero, Salomón, Aniceto, supieron de ese apoyo tan auténtico y generoso. Allende tenía un particular afecto por el “Chicharra”. En medio de nuestras divisiones, parecía que quedarse con el “Chicharra” era como quedarse con el timbre del partido.

En una ocasión Tulio Salinas –ese era el nombre de nuestro camarada “Chicharra”– estaba presente en un pleno que se desarrollaba en forma muy áspera. Después de una prolongada –latosa– intervención de un compañero, habló Eduardo Osorio, polemista implacable, para replicar la participación del orador anterior.

“Hemos escuchado –empezó diciendo Osorio– una pieza extraordinaria... consistente, que ha impresionado mucho a todos los camaradas. Tanto ha sido el impacto de sus argumentos que quien no le ha perdido palabra ¡es el camarada “Chicharra”...! El pleno se rió, pero “Chicharra” se retiró muy enojado.

Amaba el partido. Su vida eran sus compañeros, sus luchas, gozaba en la pelea del rayado nocturno, en la bronca con los adversarios, anhelaba intensamente el socialismo para Chile.

El año setenta, cuando el pueblo entró a La Moneda, eso no fue sólo una frase para “Chicharra”. El compañero presidente lo incorporó al personal de

Intendencia y sus funciones fueron circular por los patios que comunicaban calle Moneda con el Ministerio de Relaciones Exteriores, que en aquella época era un verdadero paseo peatonal. Una mañana se acercó a hablar conmigo. Estaba muy contento: en El Clarín le habían dedicado un artículo. Creo que Enrique Gutiérrez Aicardi, antiguo camarada había comentado, en hermosa nota humana, la participación que tenía “Chicharra” en el Patio de los Naranjos.

De él, como de tantos otros, jamás volví a saber. Sin embargo, su recuerdo es como una muchedumbre alegre, creciente e imbatible, que no la solidifican los monumentos a los desconocidos.

Por el contrario, caminan y caminarán como fantasmas recorriendo América Latina. Y no cabe duda que llevarán nuestras viejas banderas y nuevas raíces.

El desarrollo de la campaña generó, para mi actividad política, una obligada y permanente relación de trabajo con Allende.

La Comisión Política me asignó la tarea de trabajar, junto al candidato respecto a propaganda y, fundamentalmente, para colaborar en las actividades que debían cumplirse en tv.

Decisión 70

El canal de Televisión Nacional programó un espacio titulado *Decisión 70*, que se exhibía todos los días domingo.

La factura del programa consistía en la presentación de un candidato a la presidencia que debía responder a seis preguntas. El programa, dirigido por Gonzalo Bertrán, se grababa con anterioridad y las preguntas se distribuían mediante la modalidad de hacer participar a entrevistadores adversarios y uno partidario. Así, por ejemplo, nosotros preparábamos las preguntas y seleccionábamos las personas que en representación de Allende interrogarían a Jorge Alessandri y a Radomiro Tomic. Por otra parte, previo a la presentación de Allende, había que puntar las respuestas más adecuadas, porque los candidatos conocían de antemano las preguntas. Había que ir al set y realizar la grabación.

Esto significaba dedicación bastante absorbente y para este tipo de cosas no era fácil trabajar con Allende. Tenía una tendencia al uso de cifras, de prolongarse más allá del tiempo en un natural afán de acentuar sus ideas con reiteraciones. Augusto Olivares –extraordinario y talentoso periodista, de amistad suscrita con la muerte– apoyaba como amigo y profesional a Salvador y en las grabaciones participábamos, habitualmente Tati, “Payita”, Olivares y yo.

Un ejemplo del funcionamiento del programa lo entregan las siguientes respuestas de Salvador Allende el 12 de julio de 1970, en el programa de televisión *Decisión 70*, al contestar preguntas formuladas por el general en retiro, señor Teodoro Ruiz Diez.

Se le preguntó:

Señor senador, sabemos que a lo largo de todo Chile, gracias al programa de tv “Decisión 70”, millones de personas escuchan sus opiniones y, desde Arica a Magallanes, sus adherentes y oponentes están pendientes de sus palabras. Muchos de los oficiales y suboficiales de la Defensa Nacional y de Carabineros en servicio activo también lo están escuchando. Por eso, creo que será esta la mejor oportunidad para desvirtuar la campaña nefasta y calumniosa, definiendo, de una vez por todas, cuál será la actitud del gobierno de la Unidad Popular con respecto a las Fuerzas Armadas.

Mis preguntas, señor senador, discutidas y meditadas en el seno del Frente de la Patria, son las siguientes:

1. ¿Tienen alguna base los argumentos que exhiben las candidaturas de Tomic y Alessandri y que afirman que el gobierno de la Unidad Popular propicia la reorganización de nuestras Fuerzas Armadas, tienden a convertir las milicias populares o ejército popular?
2. ¿Cuál será la verdadera función de las Fuerzas Armadas en el gobierno que usted presidirá?
3. ¿Cuál será su política previsional con respecto a estos servidores?
4. ¿Cómo enfrentará su gobierno el pago del reajuste que aún se adeuda a los miembros de las Fuerzas Armadas en retiro?

Muchas gracias.

Allende contestó:

En respuesta a su primera pregunta, enfáticamente sostengo, y el programa de la Unidad Popular así lo dice: Jamás vamos nosotros a sustituir a

nuestras Fuerzas Armadas por milicias populares o por ejércitos populares. Nosotros pensamos que las modificaciones que haya que hacer en la estructura orgánica de las Fuerzas Armadas, tendrán como único objetivo el modernizarlas y colocarlas a un nivel aún más alto, y ello nacerá de la propia determinación, insinuación o construcción de las Fuerzas Armadas. En seguida, quiero señalar un hecho muy importante. En Chile no hay antagonismo de ninguna especie entre los sectores populares que yo represento y la Unidad Popular y las Fuerzas Armadas, lo que no ocurre en otros países de América Latina, en donde las Fuerzas Armadas ejercen el poder y lo hacen drásticamente y con duras y tremendas dictaduras.

La segunda pregunta del señor general es la siguiente: ¿Cuál será la verdadera función de las Fuerzas Armadas en el gobierno que usted presida? En el gobierno del pueblo, la función de las Fuerzas Armadas será esencialmente profesional, encargadas de velar por nuestra soberanía, nuestra independencia y nuestra integridad territorial, es decir, las funciones que han desempeñado siempre; pero, además, nosotros nos esforzaremos por que alcancen, reitero la mayor eficacia, la mayor preparación posible. Por eso nos preocuparemos, desde la ración que hoy recibe, y que es baja, el conscripto, la infraestructura, vale decir, y pongo dos ejemplos, hospitales y cuarteles, hasta el perfeccionamiento de los institutos superiores, además, quiero destacar que nosotros deseamos, y así se hará, que los jefes y oficiales especializados de las Fuerzas Armadas formen parte de las comisiones científicas y técnicas que estudien los problemas sociales y económicos del país. Al mismo tiempo, queremos hacer presente que es nuestro anhelo que ellas participen en el desarrollo económico nacional, y por eso es que algunos organismos e instituciones que dependen de ellas, que esencialmente son militares, de las Fuerzas Armadas, como FAMAE y ASMAR, tendrán en el área estatal, una preponderante preocupación y alcanzarán un desarrollo mucho más amplio e influirán mucho más decididamente en el desarrollo de la economía nacional. En seguida, el señor general plantea el problema relacionado con la previsión. En este sentido, yo creo que es útil destacar que nuestra actitud siempre ha sido conocida por el país: hemos defendido, hemos presentado proyectos de ley, hemos sido los únicos de los sectores del Parlamento que nos hemos anticipado, inclusive a los gobiernos, es el caso reciente. El Tacnazo no debió haberse producido si el gobierno hubiera tomado en cuenta las insinuaciones que les hicimos desde la oposición, e inclusive, un proyecto de ley que yo mismo he presentado. Desde el punto de vista de la previsión social, tanto para el personal en servicio activo, como del personal en retiro, ahí están nuestros discursos,

nuestras intervenciones, nuestras iniciativas, nuestros proyectos, sería largo enumerar: pero yo les puedo decir a ustedes que me están oyendo, que todas estas materias las hemos nosotros estudiado y, al mismo tiempo, hemos, con el Frente de la Patria, llegado a un convenio público para que el país sepa de qué manera nosotros vamos a proceder en relación con la previsión social que debe estar considerada en relación con la previsión del resto también, por cierto, de los chilenos, tomando en cuenta la especialización que implica pertenecer a las Fuerzas Armadas.

Al mismo tiempo, sostengo que implacablemente cumpliremos las leyes y, por lo tanto, será preocupación nuestra el que se cancele, y esperamos hacerlo antes de fin de año, lo que el fisco le adeuda a la gente en retiro de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Por último, y aunque no me lo pregunta el señor general Ruiz, estimamos que las Fuerzas Armadas no son un "apartheid" al margen del proceso nacional, del destino de Chile, por lo tanto si bien es cierto, no tendrán ninguna participación activa como no podrían ni pueden tenerla en la política contingente, ellas tomarán parte en la gran tarea nacional en que estaremos empeñados a través del gobierno del pueblo y asumirán la cuota de sacrificio que sea necesaria para alcanzar las metas que nos hemos propuesto y que significarán la independencia económica nacional, la justicia y la concepción de nuevas relaciones humanas y sociales. He ahí mi respuesta.

Como casi siempre se grababa a la carrera, en una oportunidad estuvimos en el canal en la mañana del mismo domingo. Ocurrió que después de una de las respuestas de Allende, me acerqué y le dije lo más discretamente posible.

—Va a ser necesario repetir, doctor... Es muy extenso y se pierde el contenido.

—¡No, no repito nada! —me contestó muy alterado Allende—. Estoy cansado de comisarios políticos...

—Lo siento —le repliqué molesto—, pero estoy aquí por decisión de la Comisión Política y si usted no quiere mi opinión, simplemente me retiro.

Y dicho y hecho, partí. Ya alcanzaba la puerta del canal, cuando llegó Tati para decirme que el "Chicho" me pedía que volviera. Que

iba a repetir la grabación. Volví y cuando me acerqué al escritorio –sin dar su brazo a torcer– me comentó:

–Vamos a repetir porque había mucho ruido de papeles en la grabación...

Al salir ese día del canal, me llevó como siempre en el station wagon, pero en San Diego pedí que me dejaran porque quería irme a casa.

–¿No viene con nosotros a almorzar?

–No, le dije, aún amostazado.

El incidente, muy banal, tuvo para mí una curiosa derivación.

Al día siguiente, me llamó al Pedagógico Técnico “Payita”, y me dijo que me tenía boleto de avión para Concepción donde Allende me esperaba en la noche para asistir el martes al encuentro con los estudiantes universitarios.

Esa tarde, cuando llegué al City Hotel, mientras esperaba a Salvador, llegaron a la recepción dos generales: el comandante en jefe del Ejército, René Schneider y el general Carlos Prats, jefe de la Tercera División. ¡Cuándo me iba a imaginar la incidencia que aquellas personalidades iban a tener en los futuros inmediatos y mediatos de nuestro país!

El contenido de la campaña, a diferencia de la anterior, fue constituyendo una poderosa formación de conciencia política en toda la nación. Sería una jactancia ridícula atribuir esa labor a la Unidad Popular.

Toda la sociedad chilena empezaba a acusar la necesidad del cambio, pero además la legitimidad de él, y es por eso que tal vez subyace en toda la estrategia de la derecha política y económica incorporar al terror –que usaban como experiencia habitual– la urgencia de conspirar desde la civilidad, hacia las Fuerzas Armadas, para invocar la inviabilidad del desarrollo de Chile, en pluripartidismo con un gobierno socialista.

Las franjas de la población en torno a las propuestas y opciones de Chile eran categóricamente diferentes a la expresión. Alessandri

representaba un aparataje institucional ya insostenible por las exigencias históricas que indicaban la caducidad del régimen. La otra opción o propuesta ampliamente mayoritaria y expresada en ambas candidaturas de Allende y Tomic, paradójicamente tampoco tenían una institucionalidad que permitiera el desarrollo transformador de las estructuras. En esas circunstancias, la condición de árbitros de las Fuerzas Armadas fue un prerequisite que apremiaba no sólo a la derecha política chilena sino también al Departamento de Estado.

Atribuir, como hasta hoy ocurre en algunos sectores, el quiebre de la institucionalidad a la Unidad Popular constituye o un recurso propagandístico o una deslealtad histórica.

La situación real es que en el transcurso de la campaña electoral las alternativas sólo eran dos y, en cualquiera de las direcciones en que se hubiese resuelto, la violencia iba a ser instaurada por la derecha que tenía la voluntad rupturista y una capacidad mayor, porque excedía la consideración localista. La derecha manejó siempre la visión continental mientras la propuesta socialista nuestra, además de ser única, no tenía ni siquiera el beneplácito de las fuerzas izquierdistas latinoamericanas.

Sin embargo, Allende rompía las reticencias en las propias fuerzas de los movimientos de extrema izquierda en Chile. Se jugó en forma directa por la gente detenida del MIR y de diferentes grupos que proliferaron en la época. No soslayaba en las entrevistas su adhesión a la Revolución Cubana, pero siempre fue reiterativo con respecto a la singularidad de cada proceso y así lo repitió cientos de veces en foros y entrevistas. No obstante, la capacidad misticadora de la reacción insistía, majaderamente, en atribuirle las peores identificaciones al programa de la Unidad Popular con las formas totalitarias stalinistas más antinacionales.

Siempre pretendieron asignarle al proyecto político de la UP una enajenación de los valores nacionales para exacerbar el chauvinismo más vulgar.

La campaña del terror del setenta existió con igual o mayor furia que en las campañas anteriores. El contexto era ahora diferente. Ni este Chile, ni esta América Latina de 1970 era igual después de una Revolución Cubana, de una Alianza para el Progreso, de una Iglesia para la Liberación.

El verdadero destinatario de la campaña del 70 para la derecha y el Departamento de Estado no fue el electorado sino el poder militar institucional.

Allende actúa, en la apretada franja del tiempo de la campaña (enero-septiembre 1970) como un avezado corredor de fondo. Había que afiatar la UP, ampliar la convocatoria, pero además, sin transacciones, visualizar ya que la fase más difícil se iniciaría el 4 de septiembre, de confirmarse en las urnas la ventaja objetiva que indicaban todos los antecedentes preliminares de las distintas provincias.

¿Cómo prepararse para enfrentar el inminente periodo crítico?

Allende reiteró como relevantes objetivos del proyecto político, las transformaciones hacia el socialismo, pero por la vía pacífica, en el marco de la juridicidad vigente. Y en ese aspecto el punto crucial lo constituían las Fuerzas Armadas, de tal manera que enfatizar las normas constitucionales para la eventual designación de presidente por el Congreso Pleno, pasaba por un acuerdo de respeto a la mayoría relativa, implícito o explícito.

La derecha tomó la iniciativa con su agresividad tradicional. Antes de las elecciones, la derecha chilena anticipó su voluntad de no admitir la mayoría del resultado de las urnas e hizo públicos llamados al Ejército que no sólo soportó la presión, sino además, señaló con transparencia su pensamiento.

Al respecto, es trascendente el testimonio lúcido y profundo del general Carlos Prats en su obra póstuma:

El jueves 3 de septiembre nos reunimos con Schneider para hacer un recuento de los tensos meses precedentes.

Conocida es la presión a que Schneider había sido sometido, y los ataques

virulentos de que fue víctima –incluso de parlamentarios que hacían gala de sus convicciones democráticas– por su actitud clara de respeto a las normas constitucionales vigentes, en torno al proceso electoral.

Yo tenía el privilegio de verme con él casi a diario, en su oficina, a la hora de colación, donde intercambiábamos opiniones; de modo que conocía bien el drama que estaba viviendo. En estas conversaciones, muchas veces nos acompañaba el general Camilo Valenzuela, compañero de promoción mía de la Escuela Militar, quien decía compartir plenamente la posición doctrinaria de Schneider.

Por mi parte, a medida que avanzaba la campaña electoral, se acentuaba la preocupación de los oficiales de las tres instituciones del Estado Mayor de la Defensa Nacional, E.M.D.N., ante la eventualidad de un triunfo de la candidatura de Allende. Yo los reuní en diversas ocasiones, tratando de canalizar sus inquietudes y les daba la oportunidad para que emitieran sus juicios con franqueza. Todos los que entonces fueron mis subalternos podrían corroborar que mi opinión final siempre incidía en la reiteración de la doctrina sustentada por Schneider, de prescindencia política de las FF. AA. y de respeto al veredicto popular.

Diversos políticos demócrata cristianos, nacionales y alessandristas, conversaron conmigo antes del 4 de septiembre. Ellos podrán confirmar que, invariablemente, yo les sostenía que triunfaría Allende. Al propio ministro Ossa, más de una vez le reiteré las ideas expresadas en el memorando del 28 de diciembre, insistiéndole en que la lucha electoral entre tres candidatos daría el triunfo a la UP. Pero, al parecer, en los altos niveles de la conducción política del país, se pensaba que los militares no entendíamos nada de la realidad nacional.

El viernes 4 de septiembre se desarrolla la elección con gran normalidad. Concurren a las urnas 2.954.799 electores, entre los cuales Allende obtiene 1.070.334 votos, con el apoyo del Partido Socialista, del Partido Comunista, del Partido Radical, del Partido Socialista Democrático, de la Alianza Popular Independiente (API) y del MAPU.

Jorge Alessandri logra 1.031.159 votos, provenientes del Partido Nacional, de la Democracia Radical y de un gran sector de independientes.

Radomiro Tomic alcanza 821.801 votos de la DC.

El triunfo de la Unidad Popular causa gran desconcierto y conmoción en las esferas de gobierno y de la derecha política y económica.

En las primeras horas del 5 de septiembre, y después de tensos momentos de expectación, en que es necesaria la presencia disuasiva de los tanques

del Ejército en las calles céntricas de Santiago, Radomiro Tomic felicita hidalgamente a Allende por su triunfo y el gobierno anuncia la victoria de éste.

Pero Allende, entre 2.954.799 votos emitidos, 31.505 nulos y en blanco, ha logrado un 36,22 por ciento de los electores, contra un 34,9 por ciento de Alessandri y un 27,81 por ciento de Tomic, porcentajes que se pueden comparar con los de mi memorando del 28 de diciembre de 1969.

Luego, el 24 de octubre, el Congreso Pleno deberá pronunciarse entre las dos primeras mayorías.

El extremo del hilo de una enredada madeja recién comienza a recogerse.

(Memorias. Testimonio de un soldado).

En diferentes escenarios en esas 48 horas, del 3 y 4 de septiembre, que describe el general Prats, con tensiones, fuerzas y sentidos distintos, se analizaban y seguían los acontecimientos. Pero la verdad es que existía una preocupación común ¿qué pasará en las Fuerzas Armadas?

Con Allende habíamos estado reunidos el 3. Las especulaciones saturaban todas las organizaciones de la UP.

Con el MIR estábamos en contacto para tener un intercambio de informaciones y aunque la mayoría de las noticias daban cuenta de una actividad conspirativa, existía el criterio generalizado de que la acción golpista estaba siendo inspirada en sectores civiles de la derecha, estimulados desde el exterior.

Allende tenía confianza en las Fuerzas Armadas, no tan sólo por la actitud del comandante en jefe del Ejército, de abierta y declarada adhesión a las normas constitucionales, sino, además, porque no le parecía posible que en el contexto histórico, por “el peso de la noche” en las tradiciones democráticas del país, las Fuerzas Armadas fuesen a ser usadas en contra de sus principios doctrinarios. No era actitud de ingenuidad o de debilidad política de Allende. Él percibía que su mayoría relativa era absoluta en relación a la voluntad de cambios existente en el país y, además, estaba la palabra de un hombre intachable como Radomiro Tomic, con quien existía el compromiso de reconocer recíprocamente la diferencia de votos.

Cuando Kissinger se refiere al 4 de septiembre de 1970 dice:

En las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970, la abrumadora mayoría del electorado chileno (el 62,7 por ciento) votó contra Salvador Allende. Empero, en aquella carrera con tres participantes este voto opositor estaba dividido entre los dos candidatos democráticos y, Allende, con un 36,2 por ciento triunfó por una diferencia mínima de 39 mil votos sobre un total de casi tres millones.

La argumentación del ex jefe del Departamento de Estado norteamericano no puede ser más inconsistente, si se estima la vigorosa coincidencia que existía en las bases programáticas de la UP y la DC. La única absolutamente aislada era la minoría derechista del país y los grandes perdedores estaban constituidos por los intereses de las transnacionales.

El mismo día de la elección, no estuve mayor tiempo con Allende. Él no fue a sufragar a Punta Arenas, donde estaba inscrito, porque obviamente era indispensable su presencia en Santiago. A partir de los primeros cómputos, los comandos se transformaron en una olla de rumores. Estos también penetraban y eran recibidos en la base de los diferentes partidos.

Allende, con absoluta tranquilidad, en Guardia Vieja, convencido de la victoria, no quería ninguna precipitación y, en varias, pero muy calculadas ocasiones, llamó al Ministerio del Interior para solicitar información y, posteriormente, conocido ya el resultado irrefutable, habló con el jefe de plaza, general Camilo Valenzuela, para decirle que el pueblo se reuniría en la Alameda para celebrar el triunfo.

Las noticias de la movilización de los tanques y de tropa, hizo que Allende inmediatamente llamara al propio Eduardo Frei. Le reiteró su decisión de efectuar un acto público frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

Una muchedumbre alborozada, desbordante de alegría y esperanzas, desde las poblaciones, barrios y de las comunas más distintas del centro de Santiago, movilizadas en carretelas, camiones, a pie, pero como toda una sociedad estremecida históricamente y cons-

ciente de que vivía un instante tanto tiempo deseado, inundó esa noche la Alameda Bernardo O'Higgins; cantando, confundido en una sola voluntad, el pueblo se movilizaba para celebrar su victoria.

Allende, desde los balcones de la FECH, en esa madrugada del 5 de septiembre, dijo:

Con profunda emoción les hablo desde esta improvisada tribuna por medio de estos deficientes amplificadores. ¡Qué significativa es —más que las palabras— la presencia del pueblo de Santiago que, interpretando a la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para reafirmar la victoria que alcanzamos limpiamente el día de hoy, victoria que abre un camino nuevo para la patria, y cuyo principal actor es el pueblo de Chile aquí congregado! ¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación de Estudiantes! Esto posee un valor y un significado muy altos.

El silencio y la oscuridad en los barrios “altos” de Santiago, era más aparente que real. Se conspiraba contra la victoria de Allende, se proponía el uso de cualquier recurso para iniciar lo que algunos llamarían “resistencia”.

En otras latitudes, como se desprende de los documentos secretos de la ITT, ya en Washington se ponía en marcha la conspiración.

WASHINGTON OFFICE
1 STREET NW NGTON DC 20036
PERSONAL AND CONFIDENTIAL

Mr. Gerrity:

Este es nuestro informe sobre la situación chilena y lo que hemos realizado durante el fin de semana.

WR Merriam DATE Sept. 14, 1970.
TO Mr. WR Merriam.
FROM JD Neal
SUBJECT: Chile-Casa Blanca: Departamento de Estado. Ministerio de Justicia.

Después que me leyó usted las sugerencias de Mr. Geneen sobre Chile, el viernes 11 de septiembre, realicé las siguientes acciones durante el fin de

semana: CASA BLANCA-OFICINA DE KISSINGER.

Tarde el viernes, llamé por teléfono a la oficina de Mr. Kissinger y hablé con “Pete” Vaky, que es el consejero de asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado para Kissinger.

Le hablé de la honda preocupación de Mr. Geneen sobre la situación chilena, no sólo desde el punto de vista de nuestra fuerte inversión, sino también por la amenaza a todo el hemisferio. Le expliqué que us\$ 95 millones de nuestros bienes están cubiertos por garantías de inversión, como lo están las otras compañías norteamericanas, pero no querríamos cubrir estas pérdidas con dinero del contribuyente norteamericano.

Le dije a Mr. Vaky que nos damos cuenta de la posición del Embajador Corry (sic) ref (sic) la confirmación de Alessandri y luego su renuncia para que Frei vuelva a postular. También hemos oído rumores de movimientos de los militares chilenos.

Mr. Vaky dijo que ha habido “muchas lucubraciones” sobre la situación chilena, y que esta es “realmente difícil” para los Estados Unidos. Admití que comprenderemos cuán difícil es la posición de los EE.UU., pero esperamos que la Casa Blanca, el Departamento de Estado, etc., tomarán una posición neutral, o no desanimarán a Chile u otros en el caso de que intenten salvar la situación.

Le dije a Mr. Vaky que le dijera a Mr. Kissinger que Mr. Geneen está descontento de venir a Washington a discutir los intereses de la ITT y que estamos preparados para ayudar económicamente con sumas hasta de siete cifras. Dije que la preocupación de Mr. Geneen no es “después que se robó el caballo” sino que todo el tiempo hemos temido la victoria de Allende y hemos estado tratando sin éxito de alertar a otras compañías americanas sobre el destino de sus inversiones para que se unieran a nosotros en nuestros esfuerzos preelectorales.

Mr. Vaky dijo que agradeciera a Mr. Geneen por su interés y que transmitiría todo esto a Mr. Kissinger. Ofreció mantenernos informados.

DEPARTAMENTO DE ESTADO – SUBSECRETARIO MEYER

El sábado temprano en la mañana telefoneé al subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Charles (Chuck) A. Meyer, a su oficina. Le repetí la misma retahíla que a “Pete” Vaky.

“Chuck” dijo que comprendía la preocupación de Mr. Geneen y apreciaba su ofrecimiento de ayuda. Dijo que el Departamento de Estado observa la

situación lo más de cerca posible y espera el 24 de octubre cuando el Congreso decida quién ganó.

Dijo que los chilenos mismos se están preocupando bastante: hasta los sindicatos ven desventajas en Allende. Dijo: “Este es un problema de Chile” y se las han arreglado muy bien “arruinando su propio pastel”.

Dijo que el jefe de Kennecott Copper vino a informar que le parece que han perdido su gran zona minera “El Teniente”.

Meyer dijo que me mantendría informado y confía en que avisaremos a su oficina cualquier noticia pertinente.

Pero no sólo los organismos de las transnacionales, ni los consejeros y el propio Nixon inician el complot contra la decisión del 4 de septiembre.

(Después de 20 años, día a día, se acumulan las pruebas y testimonios históricos del origen real del complot contra Allende y la voluntad mayoritaria, a partir de ese 4 de septiembre de 1970).

La repetida argumentación de que no es necesario hablar del pasado está permitiendo que se desvirtúe, en forma constante, por adversarios y débiles, en el sentido y el alcance de ese 4 de septiembre.

Michael Vernon Townley, en la entrevista publicada por *The Sunday Telegraph Magazine*, y reproducida por *El Mercurio*, el miércoles 30 de septiembre de 1992, comentó como un abrupto anuncio el que le hizo Mariana Callejas en septiembre de 1970 de que abandonaría Miami, donde la pareja había vivido durante cuatro años, para volver a Chile.

No era una decisión conveniente. Townley acaba de comprar una participación en un negocio de reparación de transmisores de autos con dinero que le había prestado su padre, y tenía una casa nueva y, para entonces, cinco niños que mantener. Sin embargo, nada podía disuadir a Mariana. Ya que Salvador Allende acababa de ser elegido Presidente de Chile con un programa reconocidamente marxista: era el primer presidente comunista que hubiera sido elegido en América Latina. Fue un acontecimiento que hizo que los residentes de la clase media y alta de Santiago congestionaran el camino al aeropuerto en su apuro por huir del país. Mariana se oponía, como ellos, a Allende, pero no compartía su voluntad de abandonar a Chile a su suerte: no quería dejarlo para que se convirtiera, como decía ella, “en otra Cuba”.

Ella le dijo a Townley que volvía a casa para combatir a los comunistas.

Sin duda que ella luchó. Para cuando Townley volvió a vivir con ella en forma permanente en Santiago, casi un año después –luego de haber, entretanto, tenido un breve “affaire” y pensado en el divorcio y el suicidio– ella colaboraba con una revolución de extrema derecha que tenía como propósito derrocar el gobierno de Allende por cualquier medio.

Aunque ella en una ocasión había flirteado con el comunismo, a pesar de que había vivido en un kibbutz en Israel, y a despecho de que la mayoría de sus amigos eran escritores y artistas de vida claramente bohemía, Mariana había ingresado a Patria y Libertad, un partido que se inspiraba en las ideas del escritor español fascista José Antonio Primo de Rivera y amenazaba a Allende con una campaña de “terror blanco”. La casa de Townley se había convertido en un centro de reunión nocturno de hombres y mujeres jóvenes, hijos de gente de clase media –“mis muchachos” como Mariana los llamaba– que debatían y preparaban una orgía de violencia callejera.

El trecho decisivo del 4 de septiembre al Congreso Pleno y a la asunción a la presidencia, debería ser destacado como el ejemplo más nítido de la capacidad conspirativa de la derecha chilena y su estrecha dependencia de los intereses ajenos a la nacionalidad chilena.

¡Qué enorme y constante tarea deberá ser desmistificar en un país que durante décadas ha sido ideológicamente bombardeado por el discurso distorsionador de la verdad histórica!

Allende y la UP, con el antecedente de un Radomiro Tomic que había reconocido la victoria de Allende y con Benjamín Prado, como presidente de la DC como interlocutor válido y confiable, podía tener bastante seguridad en el Congreso Pleno que definiría entre las dos primeras mayorías. Sin embargo, las maniobras de los civiles pertenecientes a las capas de poder político de la derecha persistían en su intento de alterar el resultado de la elección.

Son innumerables los intentos golpistas de la época y la verdad es que aún no se han develado en su totalidad las intenciones de hacer abortar el proceso democrático antes que asumiera Salvador Allende.

Recuerdo, por ejemplo, que en una oportunidad en que cenábamos en casa de la escritora y amiga Teresa Hamel, con Allende y otros amigos; llegó sorpresivamente el general(r) Teodoro Ruiz, tío de César Ruiz Danyau para informarle a Allende que su sobrino, jefe del estado mayor de la Fuerza Aérea, con gran ascendiente en la oficialidad, estaba siendo obligado por el comandante en jefe Carlos Guerraty a viajar a Ecuador, precisamente en esos días previos al Congreso Pleno.

Recibió Allende privadamente la información. Me invitó a interiorizarme de lo que sucedía y a continuación llamó por teléfono a Eduardo Frei. Sin ambages, pero con tranquilidad le expresó que para él era fundamental la presencia del general Ruiz Danyau en Chile, por lo tanto, le planteaba que adoptara las medidas pertinentes para que no hubiera movimientos de oficiales en la FACH durante esos días. Creo que esa noche Allende ya había resuelto el nombre de su comandante en jefe de la Fuerza Aérea.

Sin embargo, la prueba más irrefutable de la voluntad violentista y golpista de la derecha chilena, con anterioridad a que asuma Allende o que el Congreso Pleno lo proclame presidente electo de Chile, lo proporciona el atentado contra el general René Schneider.

El 22 de octubre, en el marco de la llamada Operación ALFA, se efectuó el atentado contra el general Schneider.

Allende, informado de los acontecimientos, decidió ir a solicitar personalmente antecedentes al Hospital Militar, para enterarse de la situación del general Schneider. Desde Guardia Vieja, me correspondió esa mañana acompañar a Salvador Allende y ser testigo de la breve pero dramática entrevista de él con el general Carlos Prats. El general Prats, con serenidad de mando, pero con la natural tensión que significaba ser protagonista de esos hechos en ese instante de la historia, le expresó a Allende la gravedad del pronóstico médico.

Esa tarde, el Senado discutía la Reforma Constitucional que incorporaba aquellos puntos que neurálgicamente se habían trans-

formado en un protocolo de garantías para el acuerdo de votación con la DC.

Allende, siempre ajeno a soslayar responsabilidades, sin timideces y en circunstancias tan decisivas, fue a decir el que fuera su último discurso como senador:²⁰

El señor Allende.

Agradezco la deferencia de la corporación. Fui elegido senador por primera vez en 1945, y desde ese año hasta ahora he ocupado esta banca. Han pasado por este hemisiclio hombres cuyo recuerdo perdurará siempre, representantes de todas las corrientes, de capacidades diversas, gentes que tuvieron pasión por Chile y por su pueblo.

Creo haber cumplido, a veces sólo, a veces acompañado por mis camaradas de partido y por los personeros de la izquierda, una tarea de significación destacada al plantear los problemas de Chile y de su pueblo.

No niego que puse a veces pasión, y no medida, para defender mis principios; pero creo que jamás llegué al altercado o la injuria personal, cualesquiera que hubieran sido el contrincante ocasional o el adversario permanentemente con quien me enfrenté.

Hoy, después de estar ausente durante largo tiempo, por razones obvias, he creído un deber incluíble encontrarme presente en esta votación.

He venido por un deber moral, primero, a expresar, en nombre de la Unidad Popular y en el mío propio, nuestra protesta más añada por el delito increíble, tan ajeno a Chile y a su historia, cometido en la mañana de hoy en la persona del comandante en jefe del Ejército. Ello constituye un atentado contra nuestro Ejército y contra nuestras Fuerzas Armadas.

He venido a destacar la gravedad increíble que ello entraña: he venido a decir que, lamentablemente, tuvimos razón cuando señalamos que quería crearse un clima deliberadamente artificial después de las elecciones, destinado a interrumpir un proceso que fue diáfano y claro de parte nuestra y de otros sectores, a fin de que la voluntad mayoritaria del país definiera en las urnas el destino que anhelaba seguir.

Comprendo la responsabilidad que entrañan mis palabras, ya que es posible, si no ocurren otros hechos, que esta sea la última vez que hable en este recinto para cumplir el mandato que el pueblo me entregó dentro de un concepto democrático y sobre la base del respeto al derecho de construir.

20. Sesión 16ª del Senado, 22 de octubre de 1970.

dentro de nuestras convicciones, un nuevo derecho, una nueva convivencia social, una nueva moral.

He venido, por estimar importante, dar mi voto favorable a estas reformas constitucionales, que entrañan una demostración de ética política, sin doblez; que significan que en un momento determinado, adversarios estiman conveniente coincidir en ideas y principios que son fundamentales en los pueblos para evitar que el desvarío de algunos y la irresponsabilidad de otros, pretendan aprovecharse de esta etapa tan inquietante y dolorosa que vivió el país.

Declaro: con el presidente de la Democracia Cristiana y con los integrantes de la Comisión Política de esa colectividad no tuvimos otra preocupación que buscar el camino que aquí está consagrado. Quisimos que así fuera para demostrar que Chile puede y debe encontrar su propia ruta sobre la base de su idiosincrasia, su tradición y su historia.

Con el senador Benjamín Prado, adversario muchas veces en este recinto —creo poder decirlo en su nombre— hicimos nuestros planteamientos con la claridad y la honradez necesarias. En efecto, el país conoció la posición de la Democracia Cristiana y la respuesta que yo di en nombre de la Unidad Popular.

Creo conveniente señalar y reafirmar que este hecho es público, que nada hicimos que tuviera sentido o contenido de cábala o de compromiso, como tampoco lo tuvo jamás el acuerdo, que implicó una actitud honesta y de respeto a la voluntad mayoritaria, entre Radomiro Tomic y el senador que habla. Desde aquí rindo homenaje al adversario de ayer por su actitud correcta y por su sentido superior de la acción política.

He venido a este recinto a señalar, con mi voto favorable, la decisión del pueblo que, siendo gobierno, hará más amplia, profunda y honda la democracia en nuestro país.

He venido a decir que estas disposiciones deben entenderse, no sólo como principios consagrados en la Carta Fundamental, sino como la regla moral de un compromiso ante nuestra propia conciencia y ante la historia.

He venido a reafirmar nuestra posición, porque tengo casi la certeza —digo “casi la certeza”, porque las horas que se han vivido, los planes siniestros puestos en marcha y la determinación fatídica de grupos fanáticos todavía no ha terminado y puede expresarse en consecuencias mucho más profundas para nuestra vida democrática— de que el Congreso Nacional, sobre todo después del pronunciamiento de la Democracia Cristiana, consagrará la voluntad mayoritaria de las masas expresada en el evento electoral del 4

de septiembre. Por lo tanto, seré Presidente de Chile, honrosa distinción, superior a las fuerzas de un hombre cuya única capacidad es la de haber sido siempre leal a sus ideas, a sus principios, a su partido, a la U.P., al pueblo chileno y, fundamentalmente, de haberse guiado por un sentido patriótico profundo, que mercenarios se atrevieron hasta a negar, que ha colocado cada acto de su vida, como una norma invariable de su existencia, al servicio de la patria.

Quiero destacar que nadie puede imaginar que el movimiento popular, que hemos logrado aglutinar en nuestro país, con la proyección y contenido que lo anima, pueda desviarse hacia venganzas de tipo pequeño, a prostituir la victoria del pueblo y a permitir un revanchismo que no puede caber en la generosidad del pueblo.

Sabemos perfectamente bien la gran tarea histórica que debemos realizar. No es fácil transformar la vida de un pueblo. Y al decir esto, no reniego del pasado de Chile. Sé que en cada época y en cada trozo de nuestra historia hubo hombres que no tuvieron el pensamiento nuestro, pero que también hicieron mucho por fortalecer los vínculos que dieron forma y continuidad a nuestra nación. No soy de aquellos que creen que el mundo comienza cuando ellos van a actuar. La historia de Chile tiene etapas demasiado significativas, en las que actuaron otros hombres, que constituyen una herencia que pesará en nuestra actitud. Pero vivimos la época inquietante de un mundo que cruje, donde el hombre hecho pueblo y el pueblo hecho hombre quieren estar presentes, no sólo en el derecho a vivir, en el derecho cotidiano al trabajo, a la educación, a comer, al descanso o a la recreación, sino también en la grande y noble dimensión histórica de construir con su esfuerzo, de poner los ladrillos del gran edificio que no se improvisa: de una nueva sociedad, sobre la base, también, de la moral de un hombre nuevo.

Por ello, he querido estar presente esta tarde; porque, para mí, los principios que se consagran en esta reforma constitucional tienen validez y contenido e implican y señalan de qué manera entendemos nosotros el futuro de Chile, en los nuevos cauces que van a contener las grandes y justas aspiraciones colectivas que no podremos defraudar.

Por eso he estimado conveniente, como siempre lo hice, improvisar frente a ustedes, pero con la sinceridad que abona una vida que aquí, en este sitio, tiene 25 años de permanente y cotidiana expresión de un ansia y de una meta: que Chile sea lo que debe ser y que el pueblo obtenga los derechos que legítimamente le pertenecen.

Como Presidente de Chile sé perfectamente bien qué compromisos he contratado ante el pueblo y ante mi conciencia; pero sé que, más allá de lo que puede un hombre, aunque tenga el poder, y más allá de los partidos o fuerzas sociales que forman la base política de su acción de gobernante, está el pueblo: el que ha conquistado los derechos, el que ha luchado y se ha abierto camino, destrozando la marcha de los intereses bastardos, para asomarse por su propio sacrificio a un pedazo de justicia que era tan necesario.

Es el pueblo de Chile: es su madurez, su conciencia, su nivel político, la suprema garantía. Y yo, que tanto he aprendido del pueblo, seguiré su ejemplo como Presidente de la patria.

Gracias, señores senadores. Voto que sí.

En sus *Memorias*, el general Carlos Prats describe esos días:

El jueves 22 de octubre me encontraba trabajando en mi oficina del quinto piso del Ministerio de Defensa Nacional, cuando a las 08:30 suena el citófono interno y siento la emocionada voz del ayudante del comandante en jefe, comandante Santiago Sinclair, quien me avisa apresuradamente que Schneider ha sido víctima de un atentado, que está herido y que fue trasladado al Hospital Militar.

Más adelante señala:

A las 13:00 del sábado 24 de octubre, es proclamado Salvador Allende Gossens como Presidente de la República: 153 votos a su favor de los partidos de la UP y DC, 35 votos a favor de Alessandri y 7 votos en blanco.

A las 19:00, los tres comandantes en jefe, almirante Tirado, general Guzmán y yo, con el general director de Carabineros, Vicente Huerta, cumplimos el deber protocolar de saludar al presidente electo en su domicilio. Es la primera vez que converso con Salvador Allende. Enseguida, me traslado al Hospital Militar donde recibo esperanzado el informe médico de que Schneider ha experimentado una leve reacción favorable.

El domingo 25 de octubre, a las 07:30, me avisan telefónicamente del Hospital Militar que Schneider ha sufrido un paro cardíaco. Llego a las 07:50 a la sala de operaciones, en el momento en que el comandante en jefe deja de existir.

Contemplo acongojado su noble rostro y experimento una pena indescriptible, mientras médicos y enfermeras atienden el cadáver del querido amigo de tantos años y excelso cultor de las más nobles virtudes militares. Siento que mi dolor personal se agudiza gradualmente en este instante

desgarrador y experimento una extraña sensación de angustia y soledad ante el presentimiento de días borrascosos para el Ejército y la patria.

A mediodía, los generales trasladamos los restos de Schneider al gran "hall" de la Escuela Militar, acompañados por el presidente Frei y el ministro Ossa.

El presidente electo Salvador Allende y el ex presidente Jorge Alessandri visitan, muy afectados, la capilla ardiente.

Allende declara a los periodistas:

"Comparto la justa indignación de las Fuerzas Armadas y del pueblo por este crimen deleznable y comprometo mi palabra de hombre y de gobernante de impulsar todas las acciones y agotar todos los medios para sancionar en la forma más ejemplar a los responsables".

Por su parte, el ex presidente Alessandri, declara:

"Nunca en mi larga vida creí que pudiera ocurrir en Chile algo tan alevoso. Es lo más vil que he visto. Les ruego no me pidan más declaraciones, porque me encuentro muy impresionado".

A su vez, el presidente Frei declaró lo siguiente:

"Las palabras sobran para referirse a este horrible crimen que ha hecho perder al comandante en jefe del Ejército. El general Schneider simboliza lo noble que tiene el Ejército de Chile.

Es algo muy doloroso para el país y también personalmente para mí. El Ejército ha perdido un gran soldado: Chile, un gran chileno, y yo, un gran amigo".

El lunes 26 de octubre, a las 08:00, trasladamos el féretro a la catedral. El pueblo humilde desfila toda la mañana junto a la urna, demostrando su dolor y su respeto por quien rindiera su vida en defensa de la democracia representativa.

A las 15:00 se oficia una misa de réquiem a la que asisten, juntos, el presidente y el presidente electo.

Los funerales de Schneider son un drama popular, como no se viera desde el entierro del presidente Aguirre Cerda.

A petición expresa de los comandantes en jefe y del general director de Carabineros, despido a Schneider, a quien conceptúo como "el héroe de la paz y mártir de la democracia" en nombre de las cuatro instituciones. En los párrafos iniciales de mi discurso digo:

"He aquí el primer fruto del holocausto de un soldado integérrimo. Un impulso espontáneo, recíproco y vigoroso ha consolidado—súbita e indestructiblemente—la cohesión de las Fuerzas Armadas y de orden de la República, en este momento histórico en que Chile enfrenta una encrucijada de

su destino que lo obliga a optar sólo entre dos alternativas dinámicas para la realización nacional: la de la violencia trastocadora o la del sacrificio solidario”.

Durante el funeral del general Schneider, Allende le afirmará en forma rotunda a Eduardo Frei que el sucesor del comandante en jefe será “el general que compartió con él su celo profesional; el general Carlos Prats”. En esa forma destruyó también Allende la ola de rumores interesados que habían difundido el inminente descabezamiento de los altos mandos para insuflar el golpismo.

Desde el 4 de septiembre al 24 de octubre se trató, por todos los medios de impedir la proclamación del Congreso Pleno. ¿Quiénes querían hacer dinamitar este país? ¿Quiénes promovían el enfrentamiento, la violencia, la guerra civil entre los chilenos?

La elemental retrospectiva de los comandantes en jefe del Ejército lleva a hechos irrefutables: los dos penúltimos comandantes en jefe del Ejército de Chile han sido victimados por obra de los mismos sectores sin que en las filas de la propia institución exista una clara conciencia de ello. ¡Triste récord entre las Fuerzas Armadas latinoamericanas!

Alessandri, se recuerda con frecuencia, recorría a pie el camino de su departamento a La Moneda. Hecho absolutamente real, porque no se temía que la izquierda utilizaría la violencia contra el presidente.

Allende, en la realidad de esos sesenta días anteriores a que asumiera como presidente constitucional de Chile, conoció la agresividad de los ciudadanos de la derecha. Ahí en su casa de Guardia Vieja, la hostilidad y la agresión obligó a buscar otra residencia –Tomás Moro, propiedad del Estado, inventariada por la Contraloría General de la República– y a organizar a los llamados GAP, compañeros de diferentes organizaciones de izquierda que actuaron como seguridad inmediata en el periodo previo a que asumiera el presidente. El propio Allende, que públicamente valoró siempre esa actitud, enviará,

como presidente, una iniciativa al Congreso para institucionalizar su posterior funcionamiento. La oposición la objetó.

La nominación del gabinete

La tensión existente en el país por la conjura, que sólo permitía dormir con un solo ojo, fue subordinando la designación de quienes asumirían las responsabilidades de gobierno en las estructuras del Estado.

Se inició el “cuoteo”, modalidad duramente criticada porque asignaba a los partidos determinada cuota de poder en la administración pública. Efectivamente, ello facilitó que se cometieran abusos y despropósitos. Pero la verdad estricta indica que la cantidad, por ejemplo, de funcionarios nombrados por contar sólo con la confianza del Presidente de la República era relativamente reducida, pese a ello, no se pudo impedir que en los niveles medios se magnificaran exigencias o se crearan expectativas mayores. El funcionario de mando medio, comprometido con el programa de la UP, temía con razón y a veces sin ella, que estuvieran los funcionarios medios “atornillando al revés”.

Allende fue celoso y exigente cumplidor de los acuerdos de la UP. Pero criticó públicamente los errores que cometíamos en la administración pública. Su frase “se pueden meter las patas pero no las manos” refleja con fidelidad una concepción de moralidad pública que puede enorgullecernos a quienes trabajamos en su gobierno.

En el ps se inició la discusión de los nombres que serían propuestos para ministros del gobierno popular. La cuota de tres ministerios se refería a Interior, Relaciones Exteriores y Vivienda. Con respaldo unánime fueron designados José Tohá, Clodomiro Almeyda y Carlos Cortés. A este último compañero, antiguo y auténtico dirigente obrero lo invitamos un día a almorzar al “Candil” con Carlos Lazo, el Coco Paredes y Altamirano, entre otros, y ahí, de pronto, le informamos que esa mañana había sido designado ministro de Vi-

vienda. Aguerrido, hombre de innumerables luchas políticas y sindicales, duro y endurecido por las experiencias, no pudo menos que pasar de la duda a la emoción.

Allende me llamó una noche y me dijo que estuviera a la mañana siguiente, temprano –31 de octubre– en Guardia Vieja.

Se estaba sirviendo su café con sus galletas de agua. Nuevamente esa mañana nos reuniríamos en el Comité Central para seguir viendo las designaciones partidarias.

–Jaime, ¿dónde va a trabajar usted conmigo? –me dijo directamente– ¿Como Secretario General de Gobierno o como subsecretario de Educación?

–Donde usted crea que pueda ser más útil –respondí.

–Entonces –me dijo– como ministro Secretario General de Gobierno, cargo que es de mi exclusiva confianza.

–Gracias, doctor, pero de todas maneras, debo solicitar la autorización del partido.

–Sí, claro, hágalo esta misma mañana y me avisa.

El Comité Central aprobó por unanimidad mi designación.

El 3 de noviembre de 1970, Salvador Allende Gossens, a las 10:45 asumió como Presidente de Chile en la ceremonia que se efectuó en el Salón de Honor del Parlamento, en el Congreso Pleno que presidía el senador Tomás Pablo. El primer gabinete lo integraban los siguientes ministros: José Tohá González, ministro del Interior (PS); Clodomiro Almeyda Medina (PS), ministro de Relaciones Exteriores; Américo Zorrilla Rojas, ministro de Hacienda (PC); ministro de Economía, Pedro Vuskovic Bravo (Independiente); ministro de Defensa Nacional, Alejandro Ríos Valdivia (PR); ministro de Educación, Mario Astorga Gutiérrez (PR); ministro de Justicia; Lisandro Cruz Ponce; ministro de Obras Públicas, Pascual Barraza Barraza (PC); ministro de Minería, Orlando Cantuarias Zepeda (PR); ministro de Agricultura, Jacques Chonchol Chait (MAPU); ministro de Tierras y Colonización, Humberto Martones Morales (PSD); ministro de Salud Pública, Óscar Jiménez Pinochet; ministro del Trabajo, José Oyarce Jara (PC);

ministro de Vivienda y Urbanismo, Carlos Cortés Díaz (PS); ministro Secretario General de Gobierno, Jaime Suárez Bastidas (PS).

Después de la ceremonia de la transmisión del mando se realizó por primera vez en la historia de Chile y a petición expresa del presidente Salvador Allende, un Tedéum Ecménico. El cardenal arzobispo de Santiago agradeció la actitud del señor Allende, afirmando que el gesto enaltecía la personalidad del nuevo Presidente de Chile por constituir una manifestación de delicado respeto hacia los valores religiosos del pueblo chileno. A la acción de gracias asistieron pastores católicos, evangélicos, anglicanos, luteranos, metodistas, pentecostales, Ejército de Salvación, bautistas, presbiterianos y de otras creencias religiosas.

El Mercurio, en un pasaje de su editorial del 3 de noviembre de 1970, dice:

Profundo significado reviste la ceremonia de hoy, tanto por simbolizar la continuidad de nuestra ordenada evolución republicana, como por marcar la ascensión al poder del abanderado de la Unidad Popular, que llega a suceder al régimen demócrata cristiano.

Los planteamientos de la combinación, encabezada por el presidente Allende, no admiten dudas acerca de que van a producirse en Chile cambios profundos y radicales, pero la propia ceremonia de hoy, mantenida firmemente a lo largo de la historia patria, da motivos para esperar que la continuidad del régimen democrático vaya más allá del plano formalista y constituya, efectivamente, conforme a la reiterada expresión del nuevo jefe de Estado, un perfeccionamiento y una profundización de las libertades.

En las calles de Chile el pueblo celebró alborozado la instauración del gobierno popular. Ante un Estadio Nacional multitudinario, el presidente Allende dirá:

Dijo el pueblo: “Venceremos”, y vencimos. Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanos en la distancia de Cuauhtémoc y Tupac Amaru. Hoy, aquí con nosotros, vence O’Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica. Hoy, aquí con nosotros, vence Manuel Ro-

dríguez, víctima de los que anteponen sus egoísmos de clase al progreso de la comunidad...

Tras una dramática sucesión de acontecimientos, ha prevalecido de nuevo nuestra característica dominante: la confrontación de las diferencias por la vía política.

El Partido Demócrata Cristiano ha sido consciente del momento histórico y de sus obligaciones para con el país, lo que merece ser destacado.

Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora.

La voluntad popular nos legitima en nuestra tarea. Mi gobierno responderá a esta confianza haciendo real y concreta la tradición democrática de nuestro pueblo.

Pero, en estos 60 días decisivos que acabamos de vivir, Chile y el mundo entero han sido testigos, en forma inequívoca, de los intentos confesados para conculcar, fraudulentamente, el espíritu de nuestra constitución; para burlar la voluntad del pueblo; para atentar contra la economía del país, y, sobre todo, en actos cobardes de desesperación, para provocar un choque sangriento, violento, entre nuestros conciudadanos.

Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado nuestra patria de una guerra civil.

INCONCLUSIÓN

Y con traje de calle entró a La Moneda.

Lo había visto en tantas manifestaciones, debates y dificultades, desde mi militancia socialista.

Allende llegaba al gobierno como un luchador de principios ineludibles, con el proyecto político más auténticamente sentido por esa mayoría que ni Nixon, ni Kissinger, ni la derecha chilena reconocerían jamás.

Con sabiduría, la reacción estaba consciente de que en Allende primaban las posiciones y no las posturas. Que no sería “un presidente más”. Entonces, conspira sin tregua, antes y durante.

El candidato de siempre, capaz de hacer bromas por esa misma condición, que no temía al ridículo porque le sobraba coraje moral y físico, pasó a ser, constitucionalmente, el Presidente de Chile.

Este Allende que sobredimensionaba su estatura real –por su prestancia– estaba lejos del joven senador que había conocido el año 1952, en Osorno.

Un pensador mexicano, Jesús Reyes Heróles, explica que la historia es el pasado de la política, mientras que la verdadera política es la historia del futuro.

Allende estuvo siempre de pie hacia el futuro, con una conciencia enorme de que era un hacedor de historia.

Nuestra generación, “los derrotados” –en el léxico militar de nuestros “enemigos”– no veremos con nuestros ojos el Chile que soñamos y, por el cual, sobre todas las cosas, entregamos nuestra pasión en el Partido Socialista de Chile. Mínimo aporte, si consideramos el sacrificio y la vida de miles de chilenos.

No veremos la Federación de Repúblicas Socialistas de América,

que concebía con vigor y lucidez Raúl Ampuero. No militaremos en ese partido fraternal y organizado que dirigió Salomón Corbalán, no caminaremos por las calles de esa patria soberana, socialista, pluripartidista y democrata de los trabajadores que para Chile y por Chile luchó Salvador Allende.

Pero esa no es la conclusión. En los últimos 50 años de este siglo, lo vivido por Chile recién empieza a conocerse por la juventud.

En nuestra historia, recién empieza Allende.

HOMENAJE EN MEMORIA DEL EX MINISTRO Y EX SENADOR SEÑOR JAIME SUÁREZ BASTIDAS*

El señor Núñez

Señor presidente:

Los partidos políticos, al igual que los pueblos, se ven a veces enfrentados a situaciones dolorosas y tristes, sobre todo, cuando deben lamentar la pérdida de figuras señeras o de hombres que dedicaron su vida entera a servirle con lealtad, con optimismo y con fraternidad.

Los socialistas nos encontramos, en estos momentos, en una de esas situaciones. Nuestro querido amigo y compañero de mil avatares políticos, Jaime Suárez Bastidas, se ha ido definitivamente y de manera muy imprevista. Su figura alta e imponente, así como el tono profundamente grave de su voz, han desaparecido para siempre, dejando un vacío entre quienes le conocimos y cultivamos con él una amistad sincera, plena de anécdotas y vivencias comunes. Aquellos que tuvimos ocasión de apreciar su gran calidad humana, sabemos que se trata de una pérdida irrecuperable.

La larga y fatigosa enfermedad broncopulmonar que le afectaba desde hace algún tiempo se agravó notoriamente cinco meses atrás, cuando Lily –su compañera de toda la vida– falleció víctima de un cáncer fulminante. Esa pérdida tan dolorosa fue minando temprana y progresivamente la resistencia de nuestro amigo, que llegó al término de su vida con apenas 62 años de edad.

Con Jaime Suárez se ha marchado uno de los personajes más sobresalientes del mundo socialista. Con él ha desaparecido un auténtico prototipo de nuestra manera de ser y de nuestro estilo de vida.

* Homenaje del Senado, sesión 11, ordinaria, miércoles 3 de noviembre de 1993.

Y es que Jaime supo captar, desde muy joven, esos rasgos humanistas y fraternos, tan llanos al contacto directo con la gente y a las nuevas ideas, tan cargados de la dignidad y sencillez que distinguen al socialista consecuente.

Suárez estudiaba en el Liceo de Osorno cuando se despertaron en él las inquietudes socialistas que lo llevarían a interesarse por conocer más y mejor a esa autoridad intelectual del socialismo chileno que fuera Eugenio González Rojas. Jaime leyó afanosamente todos sus escritos, así como aquellas obras de carácter social que llegaban a sus manos. Por eso, en 1950, cuando tomó el tren hacia Concepción –que llamaba “la gran capital del Sur”–, sus estudios universitarios comenzaron rápidamente a mezclarse con la vorágine política que sacudía al país en aquella época.

El mismo año que inició sus estudios en la Universidad de Concepción se hizo militante de nuestro partido y se convirtió en uno de los más fogosos dirigentes de la Brigada Universitaria Socialista.

En 1952 conocería a Salvador Allende, hecho que marcó de manera definitiva su vida. Suárez llegó a ser, con los años, uno de sus más estrechos colaboradores políticos y uno de sus más leales amigos. Esto lo llevó a participar en forma activa en sus cuatro campañas presidenciales. En las de 1964 y 1970 dirigió los famosos “trenes de la victoria” que recorrieron todo el país, llevando un mensaje de esperanza en cambios que condujesen a Chile hacia una verdadera justicia social.

Jaime Suárez nació en San Bernardo en 1931, pero muy niño se radicó en Osorno, ciudad por la que sentía un gran afecto. Por tal motivo, siempre se autocalificó de “provinciano”. Sin embargo, ya en 1962 se instaló en Santiago, desempeñándose como profesor e investigador en el Instituto Pedagógico Técnico de la Universidad Técnica del Estado y en la Universidad de Chile.

En ambas universidades, donde trabamos una sincera y leal amistad, aprendió a cultivar una relación muy cálida y abierta con las generaciones jóvenes, rasgo que lo distinguiría en los años posteriores.

Por este cariño tan especial que Jaime desarrolló hacia los jóvenes, no podemos dejar de transmitir en este instante tan emotivo, nuestro hondo pesar a su familia aquí presente, especialmente a sus dos hijos, Cecilia y Bernardo, y a sus nietos.

Sin embargo, nuestro amigo tenía un sentido de tanta pertenencia al Partido Socialista, que el luto no solamente lo compartían Cecilia y Bernardo, sino, también, todos los militantes de nuestra colectividad. Porque nos asiste la convicción de que le entregó a ella sus mejores energías y capacidades, como lo explica el hecho de que ya en 1967 se transformó en miembro de su Comité Central y, por consiguiente, en uno de sus más importantes dirigentes.

En aquella época junto con el senador Calderón y con el que habla, compartimos la misma responsabilidad en esa instancia del Partido Socialista.

En 1970, Allende lo designó ministro Secretario General de Gobierno. Su gestión al frente de este Ministerio tiene el enorme mérito de haber sido el primero en romper con el restrictivo esquema de trabajo de esa cartera, para pasar a ocuparse de manera activa de otros frentes políticos y sociales, especialmente del área de las comunicaciones.

En 1972, Allende lo designó ministro del Interior. Al año siguiente fue elegido senador del Partido Socialista, con la segunda mayoría individual, representando a lo que entonces se denominaba Octava Agrupación Provincial de Bío-Bío, Malleco y Cautín.

En su corta pero rica labor legislativa, Jaime Suárez puso de relieve su incansable preocupación por el desarrollo de las provincias; por tratar de dotar de mayores recursos a las municipalidades; por subsanar problemas relativos a la propiedad rural, al transporte de productos agrícolas y a la comunicación aérea entre Santiago y las zonas extremas del país. Una destacada actuación le cupo también en las discusiones que culminaron con modificaciones a la planta del Ministerio de Vivienda y Urbanismo.

En otra de sus actuaciones significativas, Jaime Suárez, en el he-

miciclo del Senado, rindió un sentido homenaje al edecán naval de Allende, Arturo Araya Peeters, asesinado un año antes.

Tras el quiebre constitucional de 1973, Jaime Suárez, como miles de otros socialistas, debió marchar al exilio. Allí conoció brazos generosos y tierras fraternas que le permitieron no sólo rehacer su vida familiar, sino que seguir participando de manera muy activa en el quehacer político y en la actividad intelectual.

Dieciséis años permaneció fuera de la patria, privado arbitrariamente de la nacionalidad. Lima, Buenos Aires, Moscú y Ciudad de México fueron su cobijo y fuente de calor que él siempre recordó con cariño y emoción.

Hace pocos días, tuvimos la ocasión de leer en un periódico capitalino las dos últimas columnas que alcanzó a escribir. Se trataba de notas publicadas con cierta frecuencia, con las que solía invitarnos a la reflexión. Esas dos últimas no eran otra cosa que emocionadas líneas dedicadas a Moscú y a Ciudad de México. En la primera, Jaime recuerda la nieve, los ojos de las muchachas rusas, el pan negro, el vodka y las palomas de la Plaza Lermontov, adonde solía ir a pasear con su inseparable compañera Lily. Sus últimos recuerdos de Moscú, los aprovecha para hacerse una saludable autocrítica al admitir que, a pesar de la cordialidad y trato fraterno del pueblo ruso, siempre se sintió en tránsito por esta ciudad y que debió haber aprendido el idioma para entender mejor la realidad local.

Hoy recuerdo emocionado las largas conversaciones que tuvimos con Jaime en la que fuera hasta hace poco tiempo la capital soviética.

De Ciudad de México, Suárez fue un enamorado del barrio de Coyoacán, de su actividad cultural, sus librerías, y sus salas de exposiciones y del ámbito histórico que rodea a ese barrio. Jaime Suárez vibraba también con la imagen de Emiliano Zapata. Se admiraba del magnetismo de ese caudillo campesino, que sin saber leer ni escribir, sin afanes ideológicos y sin charreteras fue un líder en todo el sentido de la palabra, con auténtico don de mando. En el esplendor de

Coyoacán y en la proyección social de la lucha de Emiliano Zapata, centró sus últimas cavilaciones.

Jaime fue un hombre que vivió con profunda emotividad los fenómenos sociales protagonizados por la izquierda latinoamericana, especialmente aquellos que tuvieron lugar en las décadas de los sesenta y los setenta. Jamás ocultó su simpatía y solidaridad con cada uno de ellos, principalmente con la Revolución Cubana. Siempre quiso ver en esas experiencias el ímpetu de libertad y las ansias de justicia social que las alimentaba. No obstante, reconoció errores y llegó a ser autocrítico de su propia actividad política.

Por ello, Suárez asumió la realidad del Chile de hoy con valor e hidalguía. Incluso, tuvo el coraje de escribir en su libro *Allende, visión de un militante*, editado a fines del año pasado, lo siguiente: “No veremos la Federación de Repúblicas Socialistas de América que concebía con vigor y lucidez Raúl Ampuero. No militaremos en ese partido fraternal y organizado que dirigió Salomón Corbalán. No caminaremos por las calles de esa patria soberana, socialista, pluripartidista y democrática de trabajadores que para Chile y por Chile luchó Salvador Allende”. Se trata, sin duda, de palabras escépticas, pero llenas de creatividad, ya que no son sino una protesta digna para que los socialistas sepamos mirar al futuro sin abdicar de nuestros valores esenciales; para que miremos la realidad política con altura de miras y visión de futuro y para que no olvidemos jamás a quienes nos precedieron.

Recuerdo hoy, que hace sólo tres semanas conversé largamente con Jaime acerca del significado de esas palabras con que él finalizó su último libro.

Señor presidente, hemos perdido, sin duda alguna, a un amigo leal y a un socialista de grandes convicciones. A un hombre que nos representó fielmente en momentos muy dramáticos de la historia nacional. Se ha marchado un hombre que, como él lo señaló, se entregó “lleno de pasión”, que jugó un papel de primera línea en las campañas presidenciales de Salvador Allende y en los tres años de su gobierno.

Con Jaime Suárez se ha ido prematuramente un pedazo importante de la historia del Partido Socialista de Chile.

He dicho.

El señor Ruiz (don José)

Señor presidente, estimados colegas, distinguidos familiares de don Jaime Suárez:

Se ha ido un hombre que durante mucho tiempo militó en una tienda contraria a la bancada que nosotros representamos, la Democracia Cristiana. Fuimos adversarios en momentos difíciles de este país. No lo conocí personalmente. Sin embargo, puedo dar un testimonio, porque a través de su vida política fructífera, en la lucha por sus ideas, supo ganarse un lugar entre los chilenos como un hombre consecuente.

Supe de él, en momentos en que como vicepresidente de la Democracia Cristiana y dirigente del movimiento sindical me tocó participar en numerosas actividades para recomponer el cuadro político chileno, y, al mismo tiempo, configurar una fuerza social que permitió irrumpir con energía en el nuevo escenario que vive hoy este país. Allí conocí a su hija Cecilia, así como a tanta gente que desde bancadas opuestas, nos reunimos para construir juntos un nuevo Chile.

Creo que, al final, Jaime Suárez nos dio un ejemplo al saber leer los signos de los tiempos, reconocer que el mundo cambia y, sin renunciar a principios y valores, entender que la construcción de una sociedad más justa y solidaria pasa por unir a las grandes fuerzas sociales y políticas de un país, a fin de levantar sobre bases sólidas una nación que le permita a todos los chilenos vivir en armonía.

Por esta razón, los senadores de la bancada de la Democracia Cristiana entregamos nuestro reconocimiento y rendimos homenaje a un hombre que se ha ido, y le pedimos a su familia cristiana resignación en momentos tan difíciles.

He dicho.

El señor Siebert

Señor presidente, honorables colegas:

Hace 45 años compartí responsabilidades con Jaime Suárez en el gobierno estudiantil del Liceo de Hombres de Osorno, ciudad a la cual él se sentía tan ligado.

En su época de estudiante, y en su posterior vida política, supo atraer, por la firmeza de sus convicciones, la adhesión y aprecio de sus partidarios. Los caminos divergentes a que nos llevaron nuestras respectivas actividades e idearios políticos no fueron óbice para que mantuviéramos cordiales –aunque escasos y esporádicos– contactos en torno a temas que nos preocupaban.

Su desaparición después de larga y penosa enfermedad, enluta a su familia y a la colectividad política a que perteneció, pero, también, a los coterráneos que fuimos sus amigos pese a diferir en nuestro pensamiento.

Por tal razón, en nombre de otro coterráneo, el honorable señor Larre, y en el mío propio, adhiero a este homenaje en memoria de don Jaime Suárez Bastidas, haciendo llegar a sus familiares nuestras más sinceras condolencias.

He dicho.

El señor Thayer

Señor presidente:

No quiero silenciar mi voz en este momento de recogimiento y recuerdo. Conocí al desaparecido ex ministro Suárez. Ante el misterio de la muerte se pliegan todas las banderas; sólo queda el recuerdo de la relación humana sincera, leal, que en mi caso fue tal vez escasa, pero inolvidable en lo personal, por circunstancias que no es necesario mencionar. Simplemente deseo expresar a su familia mi solidaridad en el dolor que la aflige, e igualmente a mis amigos del Partido Socialista, porque han perdido a un luchador que fue muy leal a sus ideales, y tal lealtad es un patrimonio común que a todos nos une.

Nada más.

El señor Navarrete

Señor presidente:

Ha fallecido un colega nuestro, que fue elegido senador de la República en 1973. Ese solo hecho exige de nuestra corporación tributar un homenaje de reconocimiento a su personalidad y lamentar sensiblemente su muerte. Pero más que eso, la figura de Jaime Suárez, como la de tantos otros chilenos, por sus particulares posiciones y concepciones de la vida, nos obliga también a lamentar su alejamiento del quehacer político, de la “cosa pública”, y a expresar a su familia y a su colectividad política, el Partido Socialista de Chile, nuestras condolencias por tan triste pesar.

Jaime Suárez fue parte de la historia de ese partido, y quizás la culminación de sus grandes aportes a esa línea de pensamiento haya sido el acceder a un cargo de tan extraordinaria importancia como el de senador, electo por una región que me honro en representar en esta corporación: la entonces llamada Octava Circunscripción Senatorial de Bío-Bío, Malleco y Cautín. Como se sabe, actualmente la circunscripción abarca toda la provincia de Malleco y parte de la de Cautín, cuyos electores también conoció, muchos de los cuales lloran y lamentan hoy su desaparición.

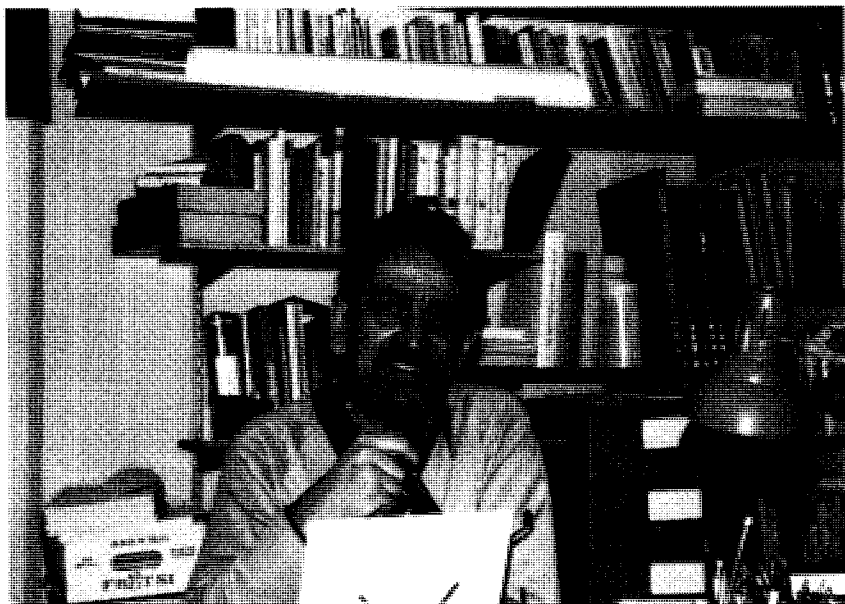
Fue ministro, y, por tanto, le correspondió la tarea siempre trascendente de enfrentar proyectos y programas que se inscriben dentro de la amplia gama de realizaciones que se han alcanzado a lo largo de la vida de la República y que merecen reconocimiento.

Tuve la ocasión de conocer a Jaime Suárez siendo muy muchacho y aprendí a ver en él a un hombre consagrado, de modo muy veraz y auténtico, a cada tarea, a cada quehacer de su vida; y, por sobre todo, a un hombre de profundas convicciones, que no varió en toda su trayectoria. Sin lugar a dudas, ellas deben haber inspirado las reflexiones últimas de su vida. Las palabras de su amigo, compañero y colega Ricardo Núñez así lo indican.

Quiero sumarme a las condolencias que se han expresado a su familia y al Partido Socialista de Chile, en nombre de la bancada de

senadores radicales, en el del Partido Radical de Chile y en el mío propio.

He dicho.



San Miguel, Santiago, 12 de marzo de 1993. Jaime Suárez y su esposa Lilia Indart.

J. SUAREZ B7

¿QUIEN ES JAIME SUAREZ?

Jaime Suárez Bastidas, 41 años, Profesor de Psicología Universidad Técnica del Estado. Casado con Lilia Indart Vargas, dos hijos, Bernardo 16 años y María Cecilia de 15 años.

Desde hace 22 años Militante del Partido Socialista, en donde ha desempeñado todos los cargos en los diferentes niveles, desde Jefe de Núcleo hasta Secretario General Subrogante del Partido. Miembro del Comité Central desde el Congreso de Chillán el año 1967.

Como dirigente estudiantil en 1948, fue Vicepresidente de los estudiantes secundarios. Dirigente de la Federación de Estudiantes de Concepción (FEC).

Como dirigente gremial Consejero Provincial de la CUT y de la FEDEC de Osorno.

Colaborador directo del Presidente Salvador Allende como Ministro Secretario General de Gobierno y Ministro del Interior.





Osorno 1961, candidato a diputado por el PS; su comando.



Campaña a senador en 1972, Bío-Bío, Malleco y Cautín.

**SUR
SUAREZ
SOCIALISMO**

**VOTE
POR
JAIME SUAREZ
A SENADOR
BIO-BIO CAUTIN MALLECO**

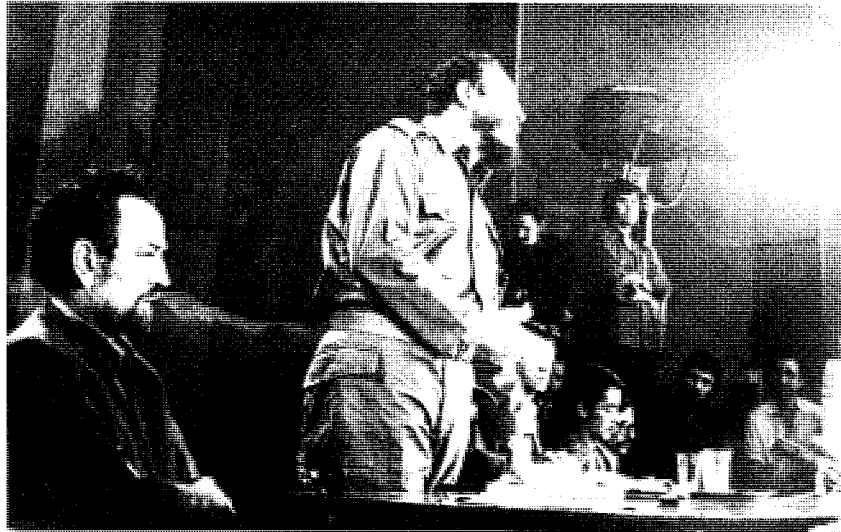


Acá en el Sur tenemos que pelear contra la naturaleza, contra la distancia, contra el centralismo y sobre todo contra LOS EX-PLOTADORES. Es grande la obra realizada por el Gobierno Popular de Salvador Allende. Pero, aún falta mucho por hacer. Aún son graves las dificultades. UNIDOS, ORGANIZADOS, LOS TRABAJADORES TENEMOS QUE LUCHAR POR:

UNA NUEVA LEY DE REFORMA AGRARIA.
FORTALECER LOS CONSEJOS COMUNALES CAMPESINOS ELEGIDOS POR LA BASE.
CONQUISTAR EL ESTATUTO DEL PEQUEÑO PROPIETARIO.
DESARROLLAR LA INDUSTRIA REGIONAL PARA TERMINAR CON EL CENTRALISMO.

SUR





Santiago 1971, durante la visita de Fidel Castro, en diálogo con los estudiantes.



Enero 1970. En el camino de la unidad. En la zafra en Cuba, José Tóhá y Jaime Suárez. Entre ellos, Luis Fernández de Oca.



Moscú, 1974. Semana de solidaridad del pueblo soviético con Chile.



3 de noviembre de 1970. Primer gabinete del presidente Salvador Allende G.

cales de gobierno de exclusiva actividad de gabinete y el presidente Allende lo destaca en los más variados frentes de trabajo político y social. Sus dos años como ministro del gobierno de la Unidad Popular conciben ataques constantes de la derecha chilena.

En las elecciones parlamentarias de 1973 es elegido senador por Bio-Bío, Malleco y Cautín con la segunda mayoría individual.

A raíz del golpe militar permanecerá en el exilio 16 años viviendo en Perú, Unión Soviética, México y Argentina.

Sin embargo, desde cualquier latitud denuncia permanentemente al régimen militar. Por su programa *Cientos de Clubs* desde radio Moscú, en favor de la democracia, la dictadura le quita su nacionalidad, que recupera en 1989.

En este libro Suárez entrega en forma de narrativa política su percepción del desarrollo del liderazgo de Allende en todo el período anterior a la instauración del gobierno de la Unidad Popular.